

Luis Enrique Délano

LA BASE

NOVELA

Copia privada para fines
exclusivamente educacionales.

Prohibida su venta

PERRERAC

<http://www.perrerac.org>

EDITORIA AUSTRAL

Portada: a base de un dibujo de W. Fangor y J. Tchorzewski

Es propiedad Inscripción N° 20241
Empresa Editora Austral Ltda.
Santiago de Chile, 1958

Primera Parte
LA FUENTE DE SODA

—HELLO, DARLING, ¿A QUE CINE vamos a ir esta noche?.

No bien terminé de decir esta frase, que había aprendido en una película de Rock Hudson, me di cuenta de su estupidez con sólo mirar a la muchacha a quien iba dirigida. La Olga me clavaba los ojos entre divertida y compasiva. La sangre se me agolpó en la cara, de pura vergüenza, dando consistencia a la sensación de ridículo que me invadió.

—¿Qué va a servirse? —me preguntó cuando juzgó quizás que yo ya tenía bastante.

Cacé al vuelo la oportunidad de hacer olvidar y olvidar yo mismo mi tontería y pedí un café puro con tostadas. Me sirvió con diligencia.

Desde la caja, don Pedro, el propietario de la fuente de soda, sonreía divertido, como si hubiera notado también mi azoramiento. Me hizo un saludo amistoso y yo me puse a revolver el café, en silencio pero activamente, como si en ello me fuera la vida.

La Olga me miraba con sus maravillosos ojos oscuros. El cabello casi negro, con reflejos rojizos, le caía hacia los hombros, cubriéndole la oreja derecha una gran onda; la izquierda quedaba a la vista; era pequeñita, blanca, casi transparente. Habría dado no sé qué por besar esa especie de flor que era su orejita. ¡Pero cómo, con lo estúpido que me estaba portando!

¡Qué distinta era de la María, la empleada anterior! A la María la había invitado dos días después de llegar a trabajar en “La Rancagüina”. Habíamos salido juntos por espacio de dos meses, hasta que me aburrí de ella y la dejé plantada. Pronto me encontró reemplazante en un muchacho del laboratorio; a éste siguió un gráfico de la imprenta “El

Águila”, con quien salía a besarse en la calle, apenas se descuidaba don Pedro. Cuando la largó el gráfico, se enredó con un concripto que venía a verla los sábados en la noche, se quedaba en la fuente de soda hasta que don Pedro cerraba y luego se perdía con la María en la sombra de la calle Maipú, en dirección a la Alameda.

La Olga había llegado una semana atrás a reemplazar a la María. Según dijeron, a ésta le había puesto casa un oficial de carabineros, lo cual no tenía nada de raro, porque la María no era fea, un poco ligera de cascos, algo blanda de corazón, si se quiere, pero de cuerpo bien modelado y bien asentado sobre dos piernas sensacionales. En los primeros días, la llegada de la Olga pasó más o menos inadvertida para la clientela, aunque no para los que, como yo, iban varias veces al día a “La Rancagüina”. Pero ella era así. Al principio uno la miraba y podía desviar la vista. No parecía encerrar nada de extraordinario. Había que mirarla varias veces para reparar en su piel de un blanco mate demasiado plana tal vez, sin color, porque no se pintaba, salvo un poquito de rojo en los labios; en sus ojos no muy grandes, pero profundos, llenos de luz, enmarcados por dos cejas que eran como arcos perfectos. Su boca, ¡qué boca!, grande, con los labios hermosos, delgados, y la colección de dientes más admirable que he visto jamás.

Me bebía el café con lentitud, sin sentirle gusto, saboreando más bien mi tontería y el ridículo de que me había cubierto, por mi propia culpa, ante los ojos de la Olga. Y sabe Dios que lo único que yo quería en ese momento era que ella me viera con admiración, como una muchacha lo hace en el cine con Dana Andrews o Kirk Douglas. De vez en cuando la miraba, pero no lograba cazar sus ojos. Por fin lo conseguí, pues coincidió que yo la miré al mismo tiempo que ella a mí. Entonces nos reímos y comprendí que mi estupidez comenzaba a ser olvidada.

—Señorita, una pilsener.

Tuvo que alejarse para atender al importuno, que quizás iba a arruinar con su pedido esa especie de reconciliación. Pero después de atenderlo, Olga volvió a instalarse en el mismo sitio, casi frente a mí.

—Usted pensará que soy un idiota —dije—. Quise impresionarla, pero ya veo que a usted no le caen bien esas tonterías... Tiene razón... En fin, lo que quería era invitarla al cine... Si no tiene nada mejor que hacer, me encantaría que fuéramos juntos.

—Gracias —dijo—, pero ahora no puedo. Tengo que trabajar hasta las once... Otro día...

—¿Mañana?

—¿Mañana? ¿Qué día es mañana?... Jueves. No puedo tampoco. Quizás el sábado... El sábado salgo a las nueve. Pero a lo mejor usted tiene algún compromiso...

—No, ninguno, y si lo tuviera, lo desharía... De acuerdo para el sábado... No se le vaya a olvidar.

Terminé mi café, que ya se había enfriado, y salí después de sonreírle a la Olga lo mejor que pude. Lo que se había iniciado tan torpemente, terminaba bien y me llevaba su promesa. Faltaban tres días para el sábado, tres días, un espacio bastante para ir intimando con ella, avanzando en su amistad y en su confianza. El sábado las cosas tendrían que estar lo bastante maduras como para que yo pudiera besar esa oreja tentadora, transparente como una flor.

Al día siguiente caí por “La Rancagüina” al filo del mediodía. Por lo general almorzaba en mi casa, con mi madre y mi hermano menor, pero ese día decidí hacerlo en la fuente de soda, que ofrecía un almuerzo rápido bastante malo. El local se llenaba de obreros del laboratorio y de la imprenta. Del garage donde yo trabajaba iba sólo el maestro Soto,

nuestro mecánico jefe, que vivía lejos, y el muchacho que atendía la bomba de bencina. Las mesas se repletaban de chiquillas del laboratorio, vestidas con sus delantales blancos con olor a ácido fénico. Algunas llevaban bolsitas de papel con sandwiches y naranjas y sólo pedían una taza de café o una botella de refresco.

La Olga y otra garzona (a mí no me gusta la palabra, pero así las llamaban en “La Rancagüina”) que iba para ayudar en las horas de mayor movimiento, se multiplicaban para atender a tanta gente. Don Pedro, desde la caja, lo vigilaba todo con mirada tranquila, pero vivaz. Se habría dicho que gozaba de ver su establecimiento repleto, no tanto por los billetes que iba guardando en el cajón de la máquina registradora como por el orgullo de que toda esa gente, los gráficos, los del laboratorio, prefiriera “La Rancagüina” a las otras fuentes de soda de la vecindad.

Me senté en un piso junto al mesón, con la esperanza de poder conversar un poco con la Olga. Me hizo un saludo silencioso, sólo con los ojos, y continuó atendiendo a los clientes. De la cocina surgían de tiempo en tiempo alarmantes llamaradas, cuando la sopa hirviendo rebalsaba de las ollas y caía sobre los quemadores de parafina. Se oía un chirrido y se percibía el resplandor de la llama y todos volvíamos los ojos, con el temor de que fuera a comenzar un incendio. No pasaba nada y la cocinera, doña Juanita, asomaba su sonriente cabeza.

La Olga iba de un lado a otro, tomaba el pedido, lo transmitía a la cocina, regresaba con dos platos humeantes que llevaba a las mesas, servía el café, ponía pan y servilletas de papel a cada comensal, todo con gran expedición, sin confundirse, con aire amistoso para todos los clientes por parejo. Dos días antes, don Pedro me había dicho en el momento en que le pagaba la pilsener que acababa de consumir:

—¿Qué le parece la nueva garzona, Pato? (Me llamo Patricio Ramírez, pero todos me dicen Pato). Esta no es como la María, ¿no? Mírela como

atiende a la clientela... No para un minuto y nunca se equivoca; jamás se enoja, aunque los pesados de la imprenta la apuren y le digan chirigotas... Y es seriecita, nada de cuentos. Esta muchacha vale un Perú, Pato, y el sábado, cuando le pague su primera semana, le voy a anunciar inmediatamente un aumento. Tengo que asegurármela, ¿no le parece?

La veía ir de una a otra mesa.

—Se terminó la Coca Cola. ¿Quiere una Bilz?

—Ya está, pues.

—A mí, un sandwich de queso con tomate, señorita.

—Inmediatamente.

Minutos antes de la una, la gente del laboratorio abandonó en masa la fuente de soda y sólo quedaron dos o tres linotipistas de “El Águila”.

—¡Qué trabajo ha tenido! —dije—. ¿Está cansada?

—Mmm... Un poco.

—¿Y a qué hora almuerza usted?

—Pronto, cuando termine de atender a los gráficos.

—Aquí no le debe quedar tiempo ni para...— Llevado por la costumbre, estuve a punto de decir “ni para mear”, pero algo, un impulso, una especie de advertencia interior me frenó, lo que no habría ocurrido tratándose, por ejemplo, de la María. Pero ese algo admonitorio me hizo comprender repentinamente que con esta muchacha no se podía hablar con tanta libertad...— ni para leer, —dije entonces.

—Hay mucho trabajo, pero entre el almuerzo y las once, siempre se produce una hora de calma y yo aprovecho para leer un poco...

—¿Le gustan las novelas?

—Sí.

—A mí me gustan las de emociones fuertes —dije con petulancia, quizás con la secreta esperanza de causarle admiración—. Ahora estoy leyendo una muy buena en el “Okay”. Se llama “Sangre en el Congo”... Si quiere se la presto.

La Olga sonrió de una manera que me hizo sentirme tonto por segunda vez en el espacio de veinticuatro horas. ¿Qué diablos leería entonces esa muchacha, que parecía compadecerme por mis gustos literarios?

—No me gusta mucho ese género— dijo.

—¿Prefiere las novelas de amor?

—De amor o de otras cosas. Me gustan las novelas que muestran la vida real y no fantasías—. Metió la mano debajo del mesón y sacó un libro—. Ahora estoy leyendo esta.

Era un libro titulado “Crónica de los pobres amantes”. Ajá, pensé para mis adentros, le gustan las novelas coloraditas, picantes, de esas que llaman pornográficas. Pero me guardé muy bien de decirle que me complacía empezar a conocerla a través de las lecturas que prefería. Pensé también que un temperamento ardiente era lo que me convenía. Ya le haría ver el sábado que el Pato Ramírez podía ser mejor, mejor que cualquiera de esos pobres amantes.

Preparé cuidadosamente el programa para el sábado. Revisé con atención “La Tercera” y encontré una película que por fuerza habría de gustarle: “La condesa descalza”, por la Ava Gardner. Iríamos a la nocturna y luego la convencería para que fuéramos al Zeppelin a bailar un par de horas. Después... bueno, eso dependería de mí más que nada, pero con mi experiencia... Para algo íbamos a estar dos horas a oscuras en el cine y luego, en el cabaret, bajo una luz muy tenue, bailando apretados tangos o alegres mambos. El mambo, dígase lo que se diga, es un baile bien sensual. ¿O no?

Estaba preparado para desbaratar cualquier oposición de la Olga a “seguirla”, después de la película. No podría alegar que tendría que levantarse temprano, pues el domingo “La Rancagüina” no abría. El laboratorio estaba cerrado y en la imprenta el trabajo se reducía mucho; sólo iba una parte muy pequeña del personal. Entonces ¿por qué no habríamos de pasar toda la noche juntos?

Terminé en el garage un poco después de las cuatro. El gringo me propuso que me quedara a ajustar el motor de un automóvil y me ofreció pagarme extra, pero le dije que era imposible, que no lo haría hasta el lunes y no tuvo más remedio que conformarse. Con las manos todavía negras de aceite, saqué la bicicleta para irme a la casa, pero antes pasé por la fuente de soda para remachar el compromiso. La Olga me recibió con los ojos llenos de sonrisas.

—¿A las nueve en punto?

—A las nueve en punto.

Le hice un saludo, monté en la chancha y pedaleé hasta la casa. Mi madre había salido, lo cual no estaba mal, porque me libraba de la serie de

preguntas que nunca dejaba de hacerme cuando me veía sacar del ropero el traje azul, la camisa nylon que le había comprado a un contrabandista de Arica y la corbata con rayas rojas y moradas. La había descubierto Raúl, mi hermano, en una tienda de la calle San Diego y me dijo una noche:

—Pato, vi una corbata igualita a la que usa Montgomery Clift en “Ambiciones que matan”—. Al día siguiente la fui a comprar. Me cobraron setecientos pesos los abusadores, pero era realmente una corbata de película.

Me di una buena ducha, me afeité y me vestí. Bien peinado, con el traje azul cruzado, no estaba tan mal. ¿Qué iría a decir la Olga? ¿O desmerecería yo de alguno de esos pobres amantes de sus novelas?

Hice hora en el centro y a las nueve en punto aparecí en “La Rancagüina”. El efecto que produjo mi tenida se reflejó en los ojos de ella, que se abrieron como si yo no hubiera sido yo, sino otra persona que iba a buscarla.

—Se vistió de parada —comentó cuando echamos a andar hacia la Alameda—. Le queda muy bien, pero muy bien, el color azul.

—Gracias.

Ella, aunque no lo pareciera del todo, también había elegido su mejor vestido de verano, un vestido café con adornos amarillos. Lo que quiero decir es que la Olga con su vestido no se veía tan espectacular como yo con el terno azul. ¡Pero estaba tan linda!... El pelo le caía hasta los hombros bastante descubiertos, ondeado, revestido de una luz especial. Los labios recién pintados daban a su boca una cosa de serenidad y belleza que me resulta muy difícil explicar; pero yo me entiendo: la boca más bonita que he visto jamás.

Caminábamos con lentitud, gozando de la tibieza de la noche. Ella balanceaba la cartera al compás de su brazo desnudo y parecía haberse olvidado de mí, de mi traje, de todo. Yo habría deseado más interés de su parte, que me hubiera dicho algo sobre la corbata o me preguntara qué marca de gomina usaba. Pero eso ya había pasado a segundo término y la Olga seguía caminando con un paso largo y elástico, mirando hacia adelante, sonriendo vagamente.

—¿A qué cine iremos? —preguntó de pronto.

Iba a proponerle “La condesa descalza”, pero tuve una súbita inspiración de galantería.

—¿Tiene interés especial en alguna película?

—Sí, —respondió con sencillez—, me gustaría ver “La calle”.

—“La calle”, “La calle”, —repetí desconcertado— ¿En qué cine la dan?

—En el Bandera.

—Ah, bueno, vamos allá.

“La calle” era una película bastante ruda, con actores desconocidos; la vida de un acróbata vagabundo que mata de desesperación a una pobre mujer. No tenía nada de aquello que a mí me gusta en el cine y que quizás habríamos encontrado en “La condesa descalza”: ni mujeres hermosas, ni sensualismo, ni esos admirables galanes de un metro noventa, elegantes, con corbatas como la que yo llevaba puesta. Pero había emoción en la película y varias veces me pareció que a la Olga se le apretaba la garganta. Quería decirme algo, pero la voz sé le estrangulaba.

Entonces, no sin temor, le tomé una mano. Al principio noté algo como sorpresa o resistencia, pero luego me la abandonó, sin despegar los ojos de la pantalla. Era el momento justo de estirar el brazo, rodearle la

espalda y acercar su cabeza a la mía; luego, el beso. La táctica habitual, que nunca había dejado de darme resultado.

Pero no me atreví. Había en ella algo que imponía respeto.

Sentí una terrible furia contra mí mismo. ¿De cuándo acá tenía que ponerme nervioso con una empleadita de fuente de soda? ¿A cuántas no había derribado sobre las camas, para que ahora me sintiera como un colegial? Decidido a abrazarla, la miré: la vi de perfil, con los ojos clavados hacia el frente, la nariz recta, un poquito arriscada en la punta, los labios plegados, algo caídos en los extremos, el mentón levantado, el largo cuello que la sombra desvanecía hacia los hombros, hacia el escote...

No pude, sencillamente no pude y si me preguntan por qué, tengo que decir que no lo sé.

Confundidos entre el gentío, abandonamos el cine. La sonrisa de la Olga era ahora un poco triste. La sentí distante y me pareció que invitarla a bailar al Zeppelín habría sido como proponer un partido de fútbol a un paralítico. Todo lo que en mi mente había elaborado se iba al demonio, debido quizás a esa maldita película, que había terminado con la alegría de la Olga.

Sin embargo me arriesgué.

—¿Quiere que vamos a tomar algo o a bailar un rato?

Me miró como sondeando mis intenciones.

—Bueno, aceptaría una taza de café.

Nos metimos en un café de la Alameda, frente a la Universidad, donde la Olga empezó a hablarme de la altura artística de la película y de otras cosas. ¡Si mis amigos me hubieran visto con mi traje de conquistador, mi

corbata de lujo, el pelo engominado... tomando café con una hermosa muchacha al frente!

3

El lunes, cuando la volví a ver con su delantal blanco, trasladándose de una mesa a otra con las manos llenas de platos, me pareció que no era la misma muchacha soñadora y algo melancólica que llevé a su casa, caminando lentamente por la Alameda. Una brisa refrescante movía las ramas de los árboles. La Olga marchaba con sus pasos largos y tranquilos, mirando hacia el suelo. De tiempo en tiempo levantaba los ojos y me sonreía. Tal vez notó algo en mí, tal vez advirtió el descontento que yo sentía porque las cosas habían resultado tan diferentes de como las imaginé y que en vano trataba de ocultar.

—Pato, esta noche ha sido muy agradable para mí —dijo—. Pero me parece que usted se ha aburrido un poco. Y es natural... Yo no soy la muchacha que usted necesita... No soy alegre, es decir, lo soy, pero de otra manera; encuentro mi alegría en otras cosas, no en el baile ni en las diversiones... Me parece como que usted se sintiera defraudado conmigo y no pudiera dar expansión a su carácter, ¿no es cierto?

Intenté negar, pero parece que soy transparente como una ventana y no puedo ocultar mis sentimientos.

La Olga prosiguió:

—Bueno, no es la primera vez que me pasa esto, que me gusta un hombre y no llego a entenderme con él por la diferencia de carácter o de gustos...

Esas palabras me sonaron a despedida y empecé a sentirme mal, mucho peor de lo que hasta ese momento me había sentido. Miré a la Olga en la penumbra de la noche y me pareció tan linda que creo que me estremecí. El pensamiento de que esa relación se iba a cortar apenas iniciada y de que nunca más saldría con ella, me resultó intolerable. La Olga me miraba también, con sus ojos oscuros; su boca estaba entreabierta, como pendiente de lo que yo iba a decir.

¿Romper así, porque no nos habíamos entendido la primera vez que estábamos juntos? No, no era posible. Me puse a analizar en qué consistía la diferencia y llegué a la conclusión de que ni siquiera existía tal diferencia. Simplemente yo pensé que esa noche me iba a acostar con ella; ella no estaba dispuesta a hacerlo, se veía a la legua. Pero no por eso tenía que acabarse nuestra amistad. Las cosas serían menos rápidas tal vez, pero era preciso que siguieran adelante.

Por la calzada pasaron dos automóviles a más de cien kilómetros, como empeñados en una competencia. Nosotros nos habíamos detenido sin saber por qué.

—Bueno —dije con timidez, porque mi fuerte no es pronunciar discursos—, es posible que seamos diferentes y tengamos distintos gustos, pero quizás con el tiempo eso pueda arreglarse, Olga... ¿Qué apuro tenemos? Nos queda mucho tiempo por delante y podemos aprender a conocernos mejor.

Vi que se le iluminaban los ojos y me sentí satisfecho de haber dicho por fin algo acertado. La Olga me tomó del brazo y me dijo casi con ternura:

—Eso es lo que esperaba oír, Pato—. Sus dedos apretaron suavemente mi brazo—. Me gustas, me gustas desde el primer día, y estoy segura de que me seguirás gustando cuando nos conozcamos mejor.

—Yo me enamoré de ti apenas te vi —mentí descaradamente, pero había que hacerlo—. Cada día me gustas más...

La Olga sonreía. La sonrisa parecía habersele pegado a los labios y se cogía de mi brazo con una intimidad que me hacía sentirme feliz.

Doblamos por Brasil en dirección a su casa. Cuando llegamos a la puerta, vi una casita modesta, quizás más modesta que la mía. Ya sabía muchas cosas de ella. Vivía con su hermana mayor, que trabajaba en costura. Eran huérfanas. Olga había cursado hasta tercer año de humanidades, pero luego tuvo que dejar el liceo y ponerse a trabajar. Así y todo había seguido en un colegio nocturno hasta terminar el cuarto. Le gustaban los estudios y los libros, pero la necesidad de sostener la casa la había alejado de ellos. Trabajó en varios oficios: haciendo clases, cuidando niños, como vendedora en una tienda del centro...

—Pero con tu instrucción, podías trabajar en una oficina —le dije.

Sonrió.

—Ya lo intenté. Estuve dos semanas en la oficina de un corredor de propiedades y me retiré el mismo día que me invitó muy amablemente a salir con él de noche... Esa gente quiere empleadas para todo servicio... Yo no sirvo para eso, Pato. Prefiero ser una obrera honesta que una empleada complaciente.

—¿Y te gusta el trabajo en la fuente de soda?

—Si yo pudiera elegir mi trabajo, seguramente buscaría algo distinto. Pero ahí, por lo menos, los obreros son gente decente y nadie me falta el respeto. —Se rio—. Vieras el primer día que llegué a trabajar... Era mi primera experiencia. Me empezaron a dar propinas: —“Señorita, tome para usted”. Me pasaban uno o dos billetes de diez pesos... Tuve que convencerlos, uno por uno, de que no me dieran propinas porque a mí me

pagan para atenderlos, que entre los trabajadores la propina no es propia, sino que es casi una ofensa... Esas son cosas de burgueses.

Llevábamos diez minutos conversando en la puerta de su casa; yo me sentía tan contento que habría seguido toda la noche ahí. La Olga me hizo contarle muchas cosas de mí, de mis estudios en la Escuela de Artes y Oficios, que tuve que abandonar para trabajar y sostener a mi madre y a mi hermano menor.

Se rio mucho cuando le hablé de las cosas que me gustaban, del fútbol, del cine, de las novelas de sensaciones fuertes, pero ahora su risa era distinta y no me hacía subir el color a la cara. Me ofreció libros y cuando llegó el momento de despedirnos, juro que me sentía mejor, mucho más feliz que si mis primitivos planes se hubieran cumplido por entero.

Me senté junto al mesón a esperar con toda paciencia que tuviera unos minutos libres. Hacía calor y pedí una pilsener. Ella también debió encontrarme diferente, con la camisa gris de manga corta, sin el traje azul cruzado y con las manos manchadas de aceite. Porque aunque uno se las limpie con el guaípe empapado en parafina, el aceite metido en las ranuras de la piel no sale tan fácilmente.

Vino donde yo estaba y se dejó caer en una silla.

El movimiento, el calor de mediodía, aparte de la atmósfera irrespirable de la cocina, le habían puesto en el color mate de las mejillas manchas rosadas que la hacían verse estupenda. Sacó un pañuelo y se limpió la frente.

—Estás muy ocupada...

—¡Uf!... Hay más gente que nunca—. Estiró un brazo para sacar una botella de refresco del aparador y vi una mancha húmeda en el vestido, debajo de la axila, que me excitó igual que si hubiera estado en el Bim

Bam Bum mirando a las frívolas. Pero tuvo valor para sonreírme. —Toma, te traje unos libros. Quizás no te gusten tanto como las novelas del “Okay”, pero cuando te acostumbres a este género, será diferente.

—Gracias.

Me puse a hojear las novelas. Una era la “Crónica de los pobres amantes” y la otra “La Madre”, por Máximo Gorki. Miraba en esta última obra el retrato del autor, un viejo con el pelo cortado en forma de escobilla de ropa y un bigotazo, cuando noté que la Olga se había corrido hacia un extremo del mesón y conversaba con un hombre. Al principio pensé que era un cliente, pero no vi que pidiera nada para comer o beber. Vestía una chaqueta gris y camisa con el cuello abierto y aunque parecía recién afeitado, la barba le azulaba el mentón. Le dijo alguna cosa y la Olga le contestó en voz baja. Alcancé a cazar la palabra “convenido”. Después el hombre sonrió y salió de la fuente de soda.

No me gustó el asunto, para qué voy a negarlo. Sentí que en mi interior se producía una protesta, pero me dije que quizás era demasiado temprano para sentir celos. El primer impulso de interrogar a la Olga fue ahogado por mí con mucha dificultad. Ella no aludió tampoco a la visita, pero yo sentí que la duda quedaba flotando dentro de mí. Algún día ella tendría que darme satisfacción por ese mal momento que yo había pasado. Algún día tendría que saber quién era el desconocido de chaqueta gris.

4

Me había dicho que saldría a las nueve y yo quedé de pasarla a recoger.

—Ando en la bicicleta —le dije— pero puedo dejarla en el garage hasta mañana.

—¿Para qué?... ¿Nos resistirá a los dos?

—¡Claro! He llevado a personas que pesan mucho más que tú.

—Entonces...

Se sentó en el fierro, delante de mí, y apoyó sus manos en el manubrio, junto a las mías. Empecé a pedalear más orgulloso que si fuera manejando un Cadillac modelo 56. Sus omóplatos se apoyaban en mi pecho y yo miraba hacia adelante por encima de su hombro, con su pelo casi pegado a mi cara. Para sostener el manubrio iba casi abrazándola. Eso, unido al intenso aroma natural de sus cabellos, me aturdió un poco. Era feliz y pedaleaba lentamente para gozar más tiempo de esa proximidad. Doblé por Agustinas hacia arriba, en dirección a su casa.

La bicicleta iba muy lenta, pegada a la acera, con el ocupante habitual y su dulce carga. Sentí que la cara me empezaba a arder y que nada iba a impedirme besar a la Olga. Pero al llegar a Brasil, fue ella la que volvió la cabeza y me dio un beso en el mentón, junto a la boca, muy suavemente. Le contesté presionando mi pómulo contra su pelo y tuve el valor de seguir pedaleando hasta llegar a su casa.

Saltó ágilmente de la bicicleta. Acomodé la chancha con un pedal en la cuneta y fui a reunirme con la Olga en la puerta de su casa.

—¡Qué paseo tan lindo! —me dijo. Luego me cogió de los brazos—. El traje azul es muy bonito, pero me gustas más así, en camisa, con el cuello abierto y los brazos desnudos. Te ves más fuerte, más alegre, más juvenil.

La cogí de la cintura y la besé, pero esta vez como quería besarla, con toda mi alma. Uno de esos besos en que uno siente que se le va la vida. Su cálido brazo desnudo apretó mi espalda y contra mis labios sentí sus dientes maravillosos. Luego aflojamos el abrazo y la Olga se separó de mí, encendida como una rosa.

—Te vas a quedar nervioso —dijo— y yo también... Tenemos que tener cuidado, Pato...

—Sí, mi hijita...

—No dejarnos llevar por los impulsos tan fácilmente...

—Mmm...

—Es peligroso.

No dije nada. Ella abrió con su llave.

—Hasta mañana, Pato. ¿Te vas a tu casa?

—Claro.

—Hasta mañana.

Me besó rápidamente y se metió en su casa.

Tuve que esperar unos segundos y calmarme antes de montar de nuevo en la bicicleta. Cuando me acuerdo de ese día y de esas primeras caricias de la Olga, me parece que fue entonces cuando empecé realmente a vivir.

El miércoles, en el garage y en “La Rancagüina” sólo se hablaba del paro nacional convocado por la CUT. Uno de los mecánicos me preguntó mi opinión y me encogí de hombros. Yo no era aficionado a la política. Cuando muchacho, en la Escuela de Artes y Oficios, los compañeros de estudio me habían hablado de todas esas cosas, pero yo las encontré demasiado complicadas. En la escuela había radicales, socialistas, comunistas y falangistas. Varios grupos me hicieron invitaciones, pero me mantuve siempre a un lado. Todos eran buenos muchachos, excelentes compañeros... ¿Por qué entonces pasarse peleando por los partidos y las ideas políticas? Mis héroes de ese tiempo, los hombres que más

admiraba, como el Sapo Livingstone, Rocky Marciano, Carlos Gardel, Tony Curtis, Johnny Ray, no tenían nada que ver con la política. Yo tampoco.

Así había seguido. Mi hermano Raúl, que era demócrata, me quiso llevar a sus asambleas, pero yo no acepté. En el garage había dos socialistas, muy buenos compañeros; a veces me echaban pullitas por mi apoliticismo. Yo me reía y seguíamos tan amigos como antes.

En la fuente de soda, los de la imprenta hablaban en voz alta, de mesa a mesa, asegurando que el paro nacional iba a ser portentoso.

—¿Caerá el gobierno?

—Quién sabe... ¡Ojalá cayera!

—Han amenazado con echar a los empleados públicos y a los profesores que se plieguen.

—¡Qué los van a echar!

—No se atreven.

—La Federación de Estudiantes acaba de aprobar un voto de adhesión al paro.

Yo me había instalado, como siempre, en el mesón, pues era el sitio donde tenía más oportunidades para hablar con la Olga.

—¿Ustedes se van a parar en el garage? —me preguntó.

—En eso estamos; todavía no se ha decidido, pero esta tarde vamos a votar. ¿Y tú, mi hijita?

—Yo no trabajo. Ya le advertí a don Pedro... Pollo demás no va a abrir, ¿no ves que paran la imprenta y el laboratorio?

—Entonces no te veré mañana.

Ella calló.

—Podríamos ir al cine.

—No va a haber cines ni micros, Pato. Yo voy a ir a la concentración en la Plaza Artesanos... Si quieres, me podrías llevar en la bicicleta...

—Por supuesto, mi hijita.

Nos dimos cita para el día siguiente y volví al garage. Todo el personal se había reunido en una de las rampas, para acordar si iba o no a la huelga. El gringo estaba ahí también, callado, fumando sus cigarrillos americanos. Era muy descuidado con ellos y dejaba las cajetillas en cualquier parte; estas desaparecían inmediatamente en los bolsillos de los obreros. Primero habló un mecánico y dijo que no correspondía ir al paro. — “Cuando se trata de una huelga por reivindicaciones económicas”, — aseguró— “soy el primero en votar afirmativamente”.

Después pidió la palabra el socialista Banderas y estuvo hablando cerca de veinte minutos. Se le pasó la mano en las cosas que dijo sobre las alzas y contra el gobierno. Terminó llamando al personal a un paro completo.

El secretario dijo entonces que los que estuvieran por adherir al paro de la CUT levantarán un brazo.

Los ojos del gringo, que se había mantenido muy sereno, desde su lugar, se avivaron como para registrar fotográficamente a los que votaran el paro.

Yo levanté el brazo, a pesar de que con o sin mi voto, la mayoría estaba en favor del paro.

Nos retiramos y saqué mi bicicleta. Cuando salía, el gringo estaba en la puerta del garage, alisándose el cabello canoso, que se cortaba muy corto, mirando hacia la calle. Siempre habíamos tenido buenas relaciones. Le gustaba pararse delante de mí cuando yo estaba haciendo algún trabajo delicado y quedarse mirando. De vez en cuando movía la cabeza, aprobando lo que yo hacía. Otras veces me daba alguna indicación:

—Es mejor que saque primero esa tuerca... Generalmente tenía razón. Era un gran mecánico, o lo había sido, pero ahí, en el garage, se limitaba a controlar el trabajo nuestro.

—Hasta pasado mañana, don Enrique, —le dije.

Gruñó algo que no entendí, pero me clavó los ojos con rencor, como reprochándome que yo, yo también, hubiera votado en favor del paro.

Me sentí un poco culpable. ¿Por qué había levantado el brazo? Seguramente porque mi instinto me dijo que eso iba a gustarle a la Olga cuando lo supiera.

Hacía mucho calor en el mitin de la Plaza Artesanos. No pudimos acercarnos a la tribuna a causa de la bicicleta, pero vi a bastantes conocidos, casi todos clientes de “La Rancagüina”. Los de la imprenta “El Águila” llevaban un lienzo pintado con el nombre de su sindicato. La Olga estaba realmente entusiasmada: aplaudía a los oradores, cantaba, gritaba las consignas que coreaban los grupos, compraba cuanto periódico o insignia le ofrecían los vendedores y cuando se hizo una colecta para la CUT la vi sacar de la cartera un billete de cincuenta pesos que echó dobladito en la alcancía. Era también muy popular. Varios manifestantes la saludaron alegremente y ella parecía estar en un día de fiesta.

Yo, en cambio, me aburrí de lo lindo. Habría preferido estar con ella en otra parte, por ejemplo en el Parque Forestal, que se veía con sus altos

árboles, desde la Plaza Artesanos; allí, sentados en un banco, con las manos tomadas. La Olga notó que me quedaba mirando a los carabineros que custodiaban desde lejos la concentración, o a los vendedores de hallullas y empanadas que circulaban atropellando a los manifestantes, gritando sus productos sin ningún respeto por los discursos. Después que habló Clotario Blest, me dijo:

—Si quieres nos vamos, Pato.

Acepté de buena gana y empezamos a abrirnos paso entre la gente. Luego de cruzar el puente del río, se sentó en el fierro de la bicicleta y salimos en dirección al poniente, por el costado de la Estación Mapocho. La tarde se había puesto plácida y agradable, lejos del gentío sudoroso de la concentración. Una brisa nos pegaba de frente y el pelo ondeado de ella a veces me cubría los ojos. La Olga en su blusa y yo en mi camisa llevábamos sendas cintas rojas con letras blancas: CUT. Quizás por esto, al llegar a una esquina, un carabinero nos echó una mirada hosca. Bah, ¿acaso uno no puede ponerse la insignia que se le da la gana? Bastante molesto, le sostuve la mirada al paco. ¿Qué podía hacerme? La bicicleta tenía patente, luz y freno. ¿Tal vez uno no puede llevar a su muchacha sentada adelante, en el fierro?

Dejé a la Olga en la puerta de su casa, después que nos besamos un rato. Todos los días me separaba de ella con un verdadero esfuerzo, pues era tan bueno estar a su lado. Yo ya había empezado a perder un sentimiento de temor que me invadía cuando estábamos juntos; una especie de tensión permanente, que me hacía estar alerta, siempre en guardia para no decir tonterías o expresiones demasiado vulgares. Le temía a las torpezas con que se había iniciado nuestra amistad y muchas veces me tragaba un juicio, una opinión, porque algo me decía que a la Olga iba a chocarle. La escuchaba, en cambio, con interés, sin hablar yo, por largo rato. Yo sabía qué estaba obrando de un modo antinatural, como si me

falsificara yo mismo, pero prefería eso a salir con alguna barbaridad que pudiera rebajarme a sus ojos.

Ese estado de alerta permanente estaba desapareciendo en nuestras relaciones, y para ser más exacto, creo que empezó a desvanecerse el mismo día que la besé por primera vez. No es que me sintiera el amo, pero si ella había recibido mis besos como lo hizo, era porque me consideraba su igual. Eso me quitó la sensación de inferioridad y empecé otra vez a ser yo mismo y a hablar con desenvoltura.

Mientras íbamos en la bicicleta y el suave viento nos pegaba en la frente y desparramaba los cabellos de la Olga, nos pusimos a proyectar un paseo a Cartagena. ¡Un día en el mar con ella!

—Escucha, podemos hacerlo así, Olga: estoy arreglando el motor de un Dodge antiguo. Le diré a don Enrique que el domingo voy a probarlo y nos vamos a la costa—. Pensé que iba a saltar de alegría, pero no hubo nada de eso. —¿No te gusta la idea, mi hijita?

—¡Me encanta! Pero no la del automóvil. Imagínate que le pase algo y te metes en un lío. ¿Para qué?... ¿Quién nos obliga a ir en automóvil? Podemos ir como todo el mundo, en tren. Al fin y al cabo el gasto de los pasajes debe andar por ahí con el de la bencina.

—No es lo mismo —dije amostazado—. ¿Qué le va a pasar al coche? Si no fuera un chofer experto, no te lo habría propuesto.

—No lo dudo, Pato, pero no se trata de eso. No quiero que hagas nada que pueda perjudicarte en tu trabajo. Además, no somos burgueses ¿no es cierto? Podemos ir perfectamente en tren.

Era la segunda o tercera vez que escuchaba la palabra burgueses de labios de la Olga. Yo no tenía bien claro quiénes son los burgueses, pero por algo

que había leído, me imaginaba a hombres gordos y ricos, muy elegantes, con levitas y sombreros de pelo.

—¡Claro que no somos burgueses! —protesté indignado.

—Entonces...

En un minuto lo arregló todo. Yo pagaría los pasajes y ella se encargaría del cocaví, para que no tuviéramos que almorzar en restaurante. Nos iríamos en el tren excursionista, a las siete de la mañana, y volveríamos lo más tarde posible, bien asoleados, llenos de oxígeno para todo el verano.

—¿Tienes traje de baño?

—Claro. ¿Y tú?

—También; es muy viejo, pero creo que servirá.

—¿Bikini?

—No, Pato, claro que no.

5

Imposible describir la algarabía que reinaba el domingo en la estación. Los micros desembarcaban a grupos y más grupos de viajeros que iban invadiendo los andenes, cargados de sacos, bolsas de comestibles, frazadas, carpas, chuicos de vino, sandías y guitarras. Cuando el tren excursionista de las siete se colocó, una avalancha se precipitó hacia las puertas. Tomé de una mano a la Olga y corrimos entre tanto viajero alegre. Logramos ocupar excelentes sitios mientras la multitud se peleaba

los asientos. Se oían voces, gritos, llamados; corrían niños de un lado a otro y en escasos minutos el coche estuvo repleto.

—Nos tocó el lado del sol, Sofanor...

—Bueno, mujer, hay que aguantarse. Siquiera tomamos asiento.

—Y tu prima, ¿dónde va?

—Debe ir en otro carro. Allá nos juntaremos.

La Olga estaba feliz como una chiquilla. Iba vestida con un *sweater* café y unos pantalones de cotelé de color verde botella que moldeaban sus muslos. Me recordó la silueta de Katherin Hepburn en una película cuyo nombre he olvidado, pero no quise decírselo. Ella se sentía parte de esa multitud que llenaba el tren, que cantaba, que pelaba frutas con cortaplumas y sacaba racimos de uva de sus bolsas de papel. Algunos grupos cantaban canciones de moda y estoy seguro de que si la Olga las hubiera sabido, se habría incorporado a los coros.

Cargado hasta los topes de pasajeros, el tren excursionista había tomado un agradable galope. La línea se internaba entre enormes viñedos y granjas avícolas, corría junto a extensiones que amarilleaban de trigo. En los techos de paja de los ranchos campesinos, los choclos dorados se secaban al sol.

Las estaciones comenzaron a desfilar: Maipú, Padre Hurtado, Malloco, Talagante, El Monte, Chiñigue, El Marco, Melipilla... Aquí el tren se detuvo y un ejército de vendedoras bien uniformadas se desplegó a lo largo del convoy. Desde ventanillas y puertas, los viajeros compraban sandwiches, dulces, frutas, queso.

—¿Quieres comer algo, mi hijita?

—Nada. Tomé un buen desayuno... Y llevo muchas cosas ricas para el almuerzo.

El tren siguió su viaje. Las estaciones eran ahora más grises, más solitarias: Esmeralda, Puangué, Leyda, Malvilla. Por las ventanillas del tren empezó a entrar un aire nuevo, picante y salado. La Olga y yo nos miramos: era el mar, el primer mensaje del mar en esa mañana luminosa, de fuerte sol de verano. Llo Lleo, San Antonio. Algunos grupos bajaron bulliciosamente a los andenes y el tren siguió, corriendo ahora paralelo a la costa rota y abrupta, hasta que se divisaron las casas de Cartagena.

Con la chaqueta al brazo, colgando del hombro el saco con el cocaví y llevando de la mano a la Olga, bajé al pueblo, que hervía de gente. En Playa Chica, en la terraza, una multitud incalculable jugaba entre las olas o paseaba, defendiéndose del sol con extraños sombreros y anteojos oscuros. Los excursionistas de nuestro largo tren tenían que abrirse paso casi a codazos. Formábamos un curioso desfile de muchachas con pantalones, niños, mujeres gordas y hombres cargando chucos o enormes sandías a la espalda. El lugar de la cita parecía ser Playa Grande, que es tan grande que ni los excursionistas de cien trenes podrían llenarla.

La Olga y yo dejamos atrás la zona de los baños y seguimos caminando en dirección a Las Cruces, cuyas rocas se divisaban en la lejanía. Nos habíamos sacado los zapatos y marchábamos por la arena mojada. A ratos una ola venía a morir junto a nuestros pies y con la espuma que se hundía en la arena, se soterraban enormes pulgas de mar. Ahora la playa estaba desierta. Habíamos dejado atrás los bañistas, los telones de los fotógrafos, la zona de carpas y hasta un campamento de gitanos.

—¿Estás cansada?

—No, pero creo que por aquí podríamos quedarnos.

Ese lugar solitario iba a ser nuestro cuartel general. Dejé caer el saco de provisiones y la chaqueta y me tendí de espaldas en la arena, con los ojos cerrados. El sol me arañaba la piel, pero una especie de voluptuosidad me mantenía debajo de sus rayos, con los párpados apretados, entregado a una suave modorra.

Cuando abrí los ojos, vi venir a la Olga en traje de baño, moldeado su cuerpo por la malla negra. La miré de un modo abarcador, como si yo hubiera sido uno de los jurados que eligen a Miss Chile. Y la elegí. Su cuerpo alto, sus hombros anchos, sus senos pequeños y levantados, su cintura, sus muslos, sus piernas, obtuvieron mi voto entusiasta.

—¿Cómo me encuentras?

—Increíblemente linda. La flor de Playa Grande, la reina de Chile, Miss Universo...

No me dejó terminar. Se tendió sobre la arena, junto a mí, y me aplastó los labios con un beso salado y ardiente.

6

Me puse el calzón de baño y estuvimos más de una hora en el agua entregados a un juego enloquecedor. La cogía de la cintura y la derribaba en la arena, junto a mí, manteniéndola sujeta hasta que llegaba la ola y nos llenaba la boca y los ojos de espuma. Se me escurría como un pescado y rodaba sobre la arena gris y yo tenía que alcanzarla. La arrastraba de los pies por varios metros, entre risas y gritos suyos, la sujetaba de los hombros y besaba sus labios con gusto a mar y su pelo lleno de granitos de arena. Sentía la dureza de sus senos bajo mi pecho desnudo y para evitar embarcarme ahí en el acto de amor, corría mar adentro y daba

unas cuantas brazadas. Luego volvía donde ella y las cosas recomenzaban, cada vez más terribles y peligrosas.

—¡Cuidado! Viene un hombre a caballo.

Venía lentamente por la playa. Las patas del animal dejaban hoyos en la arena, que la primera ola hacía desaparecer.

Nos tendimos de espaldas y el sol nos secó rápidamente la piel. La Olga empezó a sacar de la bolsa pan, sandwichs, tomates, carne asada, queso, frutas y unos dulcecitos que había hecho su hermana y nos lanzamos al asalto, como náufragos hambrientos. Hacia el lado de Cartagena la gente parecía una colonia de hormigas en Playa Grande. Nosotros estábamos solos, éramos los dueños absolutos de las dunas, de las olas, del sol que empezaba a dorar los hombros de la Olga y a hacerme picar el cuello, la frente y la nariz. A nuestra espalda, cerros, árboles de un verde quemado. Al frente, el mar como una lámina y en el horizonte algunas nubes que parecían barcos fantasmas.

—¿Feliz?— me preguntó.

—El domingo más feliz de mi vida, mi linda.

—¿No echarás de menos el fútbol?

—¿Fútbol? ¿Qué es eso?

En la noche le preguntaría a mi hermano el resultado del partido Colo Colo-Audax y me diría, como siempre, con su complicado lenguaje: —El primer tiempo estuvo mahoma (queriendo decir más o menos); pero el segundo fue realmente maluenda (malo)—. Yo no soy muy pulido para hablar, pero Raúl usa siempre una serie de términos que no sé de dónde saca. Desfigura las palabras, cambia unas por otras, cuando vamos a un bar pide maltusiana en vez de malta, un cañonazo por una caña de vino o

un clérigo en lugar clery; dice copacabana por copa, basoalto por vaso y clarín por claro.

Me tendí de lado y ella se instaló junto a mí y puso su cabeza en mi pecho. La abracé y nos quedamos así no sé cuánto tiempo.

—¿Qué hora es?

Busqué sobresaltado el reloj.

—Son las seis.

—¡Las seis ya!... Ay, Pato, que triste es tener que volver, no poder quedarme siempre aquí, en la playa, contigo y con este sol tan rico...

—De veras...

—Tener qué volver a Santiago, al calor, a las alzas...

—Mmm...

—Pero uno no se puede escapar de la vida, Pato.

—¡Esto sí que es vida!

—Ya lo creo... Pero no para nosotros. Los ricos pueden veranear tres meses. Nosotros tenemos que contentarnos con el tren excursionista.

—¿Ves? No quisiste aceptar el Dodge...

Se rio.

—Date vuelta, mira hacia Las Cruces. Voy a vestirme.

—Yo también.

Lentamente volvimos por la playa, mi brazo rodeando su cintura, su cabeza doblada sobre mi hombro. En el silencio maravilloso del mar, un

ruido iba produciéndose al ritmo de nuestros pasos, un rumor que nos acompañaba, como si hubiera sido alguien de la familia. Al principio no supe de qué se trataba, pero luego, escuchando con atención, lo descubrí: el roce de la tela de sus pantalones, al caminar. No se por qué ese ruido me produjo un sentimiento tan grande de ternura. Ese ruido es como una especie de música que llevo asociada a todos los recuerdos de la Olga.

En la estación, centenares de gentes esperaban el tren, hablando a gritos, algunos con voces estrepitosas de borrachos. Si se hubieran puesto boca abajo todos los chicos y botellas de los excursionistas, seguramente no habría caído ni una sola gota.

Asaltamos el convoy antes de que se detuviera y otra vez tuvimos la fortuna de sentarnos. Las caras de los pasajeros eran distintas, después del día de playa. Se veían narices coloradas, como cocidas a fuego lento, frentes cubiertas de cabellos desordenados, ojos soñolientos. Las camisetas de los niños tenían manchas oscuras de sudor. Un olor ácido y espeso llenó el vagón, tan diferente del salado aire marino que nos había sorprendido en la mañana. Junto a la costa oscura, la espuma del mar tejía encajes blancos.

La Olga iba cansada. Le puse un brazo en la espalda, porque el asiento de madera era duro y un poco más acá de Llo Lleo, su cabeza cayó sobre mi hombro, con respiración acompasada: se había dormido. Su frente estaba quemada por el aire salado y por el agua del mar. Yo no supe a, qué altura del camino me dormí también, después de la fatiga, el aire y el amor de ese domingo maravilloso.

A veces tuve la sensación de que la Olga, por razones incomprensibles para mí, me hacía algunas desconocidas. Es decir, me quitaba de golpe la confianza que creía haber obtenido de ella. Desde luego en cuestiones de dinero era muy escrupulosa y jamás quería dejarse pagar nada, como no fueran los diez pesos del micro, de vez en cuando. Un día fuimos al teatro Antonio Varas a ver "La viuda de Apablaza" y a pesar de que opuse toda la resistencia posible, terminó pagando su entrada.

—Pero, mi linda...

—Es inútil, Pato. Eres un trabajador, igual que yo, tienes que ayudar a tu familia y no puedo aceptar que pagues. No te olvides de que yo también trabajo y aunque no gano mucho, siempre me las he arreglado para sacar una entrada a balcón en el teatro, por lo menos una vez al mes.

Mi orgullo varonil sufría gravemente cuando estas cosas se producían. Pero la Olga sabía hacerlo olvidar. Bastaba una sonrisa, un beso, para que toda la molestia se desvaneciera de golpe.

Unos días después del paseo a Cartagena vi por segunda vez al desconocido de la chaqueta gris. Yo estaba conversando con unos amigos del laboratorio, de pie junto a la mesa que ellos ocupaban, cuando entró en la fuente de soda y avanzó hacia el mesón. La Olga se acercó vivamente a él y cambiaron unas palabras. Él le dio algo, me parece que un diario y salió.

Me mordí para no preguntarle quién era ese tipo y creo que hasta me puse colorado de puro fastidio. Disimulé todo lo que pude, pero cuando la Olga me dijo que no íbamos a irnos juntos a las ocho, como era lo convenido, estallé.

—¿Vas a salir con... con el otro? —le pregunté muerto de celos.

—¿Con qué otro, Pato?... Supongo que no hablas en serio.

—Con el de chaqueta ploma, el que te trajo el diario —dije envalentonándome.

La Olga me miró a los ojos y guardó un silencio tan prolongado que se volvió molesto, embarazoso. Se veía que ella no contaba con mis celos, con mi decisión de intervenir en cualquiera de sus actos capaz de poner en peligro la estabilidad de nuestro amor.

—Es un amigo... Casi un pariente —dijo—. Absurdo tener celos de él o de otro, Pato. Ya es tiempo de que me conozcas un poco y sepas que no soy capaz de engaños y cosas así.

—Pero, mi hijita, nos íbamos a ir juntos; llega ese señor, te dice algo y cambias de opinión... ¿Cómo no quieres que no crea que fue él el que te hizo cambiar de planes?

—En cierto modo fue él... Me avisó que tengo que hacer una diligencia muy urgente... Pero nada de lo que te imaginas, Pato.

No contesté. Me sentí quebrantado, deshecho, con los hombros pesados, como el que viene saliendo de una *grippe*. Me despedí de ella, que se quedó mirándome con una expresión pensativa, y volví al garaje.

Trabajé de mala gana, a ratos con rabia, apretando las tuercas casi hasta hacerlas reventar, golpeando innecesariamente las herramientas.

No tardó en acercarse don Enrique.

—¿Qué le pasa, Pato?... ¿Quiere romper ese *chassis*?

Lo miré con odio. “Gringo de mierda” fue la respuesta que se me ocurrió, pero me aguanté y no contesté. Por lo visto, esa tarde estaba hecha para que yo lo soportara todo en silencio, tragándome mis sentimientos.

La Olga no se alejaba de mi cabeza. Me sentía traicionado... ¿No estaría tomando las cosas demasiado en serio? ¿Con qué derecho quería convertirme en dueño absoluto de su vida? Recordaba entonces Cartagena, sus besos, esa tarde que habíamos dormido en las dunas, el uno en brazos del otro. Un amigo, casi un pariente, me había dicho la Olga refiriéndose al hombre de la chaqueta gris. Pero se había cuidado de no decirme cuál era la diligencia que tenía que hacer con él.

Dejé la llave inglesa con que estaba trabajando y me senté en el suelo. Yo tenía que saber de qué se trataba. No soy de éstos a quienes se puede pasar gato por liebre. ¿Y si la siguiera?

La idea, una vez que se me fijó en la cabeza, no pudo ser desplazada. No ignoraba a lo que me exponía, pues la Olga era orgullosa, y si llegaba a vislumbrarlo, las cosas podrían echarse a perder. Sí, pero yo sabría. Sabría a qué atenerme y no seguiría viviendo entre angustiosas dudas.

Un poco antes de las ocho la vi salir de la fuente de soda. Había dejado la bicicleta en el garage, para que no se convirtiera en un estorbo si ella subía a un micro o algo así. Pero se fue caminando a pie por Maipú y dobló hacia el oriente por Erasmo Escala. Yo la seguía a prudente distancia. Empezaba a anochecer. El vestido azul con dibujos blancos de la Olga se destacaba contra las paredes oscuras de las casas.

De pronto ella se detuvo, echó una mirada como para convencerse de que no era vigilada (yo me oculté rápidamente en una puerta) y penetró en una casita. Me quedé donde estaba, inmóvil, con el corazón apuñaleado por los celos. Habría dado un mes de salario, no, mucho más que eso, por estar en el interior de esa casa.

Dos hombres que venían por la acera del frente doblaron en ángulo recto y se metieron también en la casa. Y el que aún faltaba para completar mi ración de hiel llegó poco después: el hombre de la chaqueta gris. Pasó a mi lado sin parecer percatarse de mi presencia y se metió en la puerta de la maldita casa.

Esperé sin moverme unos diez o quince minutos, pero no llegó nadie más. Salí entonces de mi refugio y me puse a pasear, nervioso como el que espera un hijo. Pero yo esperaba una explicación, no un hijo; algo que me devolviera la calma y la fe en la Olga, que tambaleaba en mi corazón.

Compré cigarrillos y me puse a fumar como chimenea. Sólo fumo cuando estoy muy nervioso. En mis furiosos paseos por la cuadra, pase dos veces frente a la casa misteriosa. No se oía nada, nada anormal se veía.

Poco antes de las diez, ya estaba oscuro y en esa calle no hay muchas luces, vi salir una pareja. Se cruzaron conmigo, pasaron sin mirarme siquiera, pero yo los examiné como si fueran dos enemigos con los cuales tuviera que medirme. Ella era una mujer madura, de unos cuarenta años, no fea y bien vestida. Usaba cabellos cortos y unos anteojos con marco oscuros. El parecía un poco más joven y vestía como un obrero. La patilla le sombreaba la cara y sus ojos negros brillaban como los de los gatos en la oscuridad. Al llegar a la primera bocacalle los vi doblar hacia la Alameda.

Luego salieron dos hombres jóvenes, que iban hablando animadamente. Al pasar a mi lado, uno le decía al otro algo así como: —“No me pareció una intervención muy acertada”.

Cinco minutos más tarde abandonaron la casa cuatro personas: la Olga, el de la chaqueta ploma y los dos que yo había visto llegar juntos. Estos dieron media vuelta y se alejaron. La Olga y el otro hombre siguieron hasta la esquina, caminando lentamente. Allí se dieron la mano. El partió

hacia la Alameda y ella cortó hacia el norte, seguramente hacia Agustinas, donde vivía.

Nadie me había visto. Pensé correr y alcanzar a la Olga, pedirle una explicación, arreglar nuestro problema... Pero tenía que pensarlo un poco más. Volví lentamente y pasé otra vez frente a la casa. La puerta seguía abierta. Había una mampara humilde, con vidrios empavonados. Salía olor a comida, a sopa recalentada, a repollo cocido.

Emprendí el camino de mi casa, sumido en los más tenebrosos pensamientos.

8

Al día siguiente, apenas me atrevía a mirarla de frente, agitado en mi interior como estaba por los más contradictorios pensamientos. Por un lado, me parecía que acababa de ensuciar la limpia historia de nuestro amor con esa persecución y esa larga espera en la calle Erasmo Escala. Por otra parte, mis celos exigían perentoriamente una explicación. ¿Quiénes eran esas gentes que estaban con ella? ¿Qué habían hecho en esa casa humilde y disimulada?

Pensé las cosas más absurdas y oscuras bajo la presión de los celos y me dije mil veces que todo se había acabado, que nada podía tener yo de común con una mujer capaz de participar en esas escenas que mi mente inventaba.

¿Romper? No era tan fácil. La miraba atender a los clientes con la misma actitud de siempre y cuando entré, me sonrió como todos los días. Esto me envalentonó y le pregunté si podíamos vernos esa noche. Ella accedió y quedé de esperarla a las nueve.

Preparé en mi mente los más complicados alegatos, los discursos más severos, llamándola a una confesión completa, condición para que siguiéramos juntos. Pero en el momento de enfrentarme a ella, todo se hizo humo, empecé a tartamudear y le pedí casi con humildad que me dijera cuál era la diligencia que la había hecho romper su cita conmigo. La Olga vaciló, me miró de un modo raro, muy grave, y me aseguró que no había hecho nada malo, nada que perjudicara nuestro amor.

—Pero no me exijas que te lo diga, porque no puedo. Se trata de un asunto reservado, que no me concierne solamente a mí.

—¡Claro —grité, aturdido por su negativa—, les concierne al de la chaqueta gris, a la mujer de pelo corto y anteojos y a los otros cinco que estaban contigo en la calle Erasmo Escala!

Íbamos caminando cuando le dije esto. Se detuvo, vaciló, abrió la boca como para decir algo, pero pareció cambiar de opinión. Luego reanudamos la marcha. Seguramente estaba haciendo grandes esfuerzos para serenarse, porque fue por lo menos una cuadra más adelante cuando habló.

—Me seguiste, Pato. Eso me irrita mucho, porque significa que no tienes la menor confianza en mí. Y en estas condiciones, es mejor que nos digamos adiós—.

No respondí, aunque sus palabras me hicieron entrever algo como un abismo donde nada podría impedir que rodara. —Y créeme que lo siento, Pato —siguió diciendo— porque había llegado a quererte y a hacerme ilusiones... —tuvo una risita sardónica—, ilusiones... Te conviene buscar una muchacha que te inspire confianza para creerle lo que te dice y así no tengas que espiarla Como un policía.

Yo mantenía obstinado silencio.

—¿No dices nada, Pato?

—Nada... Yo también puedo quejarme de tu falta de confianza... No veo que tengas cosas tan terribles que no me las puedas confiar.

Anduvimos otra cuadra en silencio. En la esquina, la Olga se detuvo.

—Bueno, no hay necesidad de que sigas. —Su voz era glacial—. Tengo que empezar a acostumbrarme a andar sola. Hasta luego, Pato.

—Hasta luego —dije, procurando adaptar el tono de mi voz al de la suya.

Ella siguió caminando y yo me quedé en la esquina, parado como un imbécil, pensando que se me derrumbaba todo, que a partir de ese momento los días se me volvían vacíos.

A la distancia veía aún el vestido azul de la Olga. Me dieron ganas de correr, de alcanzarla y pedirle que lo olvidáramos todo, que empezáramos de nuevo. Pero me retuvo la certeza de que eso en nada podría cambiar las cosas. Ella seguiría manteniendo fieramente su independencia y yo sufriendo de celos. No, quizás era más sabio cortar por lo sano, aceptar la situación como la había propuesto la Olga.

Olvidar. Eso era todo. A eso había que dedicar todos los esfuerzos. Apretar los dientes unos días, apartarse de los lugares donde ella estaba, buscar distracciones. Eso era, buscar distracciones.

Llegué a tiempo a comer. Mientras tomábamos la sopa, Raúl comenzó a hablar de salir a dar una vuelta. Yo sabía lo que eran esas vueltas. Se empezaba en el bar “Nuevo Mundo”, donde por lo general estaban sus amigos. Después de despachar unas botellas o un par de jarros de borgoña con frutillas, se seguía la fiesta en alguna quinta o en un salón de baile. ¿Qué más daba? Me embarcaría con él.

—¿A dónde vamos a ir? —pregunté un poco inútilmente.

—Al “Nuevo Mundo”.

Me sentí desalentado.

—Está muy lejos...

—Nos vamos en un microbio (Quería decir un micro).

—Bueno, vamos.

Esa noche me convencí de lo absurdo que es pretender olvidar con unos cuantos tragos. Mientras más bebía, menos incorporado me sentía a la fiesta de mi hermano y sus amigos. La Olga no se apartaba de mí. Entre vaso y vaso, su rostro grave de la despedida, sus hombros anchos, las ondas de su pelo parecían hacerse presentes. Recordaba sus palabras, sus besos, las horas del domingo maravilloso en Cartagena, el roce de sus pantalones de cotelé. Mi lengua se volvía estropajosa, pero su imagen en mi pensamiento permanecía absolutamente clara. A ratos me venía como una ráfaga de desesperación, la sensación del término de todo. Entonces me bebía dos vasos seguidos, sin tomarles el sabor. Como a través de una cortina de niebla, los oía comentar.

—Tu hermano tiene buen declive.

—Sí, así lo veo... Se me ocurre que ha peleado con su amorcito.

—¿Era buena la mina?

—No era mina, era novia... Parece que le pegó el cadenazo.

No supe bien cómo salimos del bar y llegamos a un salón de baile, medio vacío, en la calle San Pablo. Unas mujeres pintarrajeadas como payasos vinieron a sentarse en nuestra mesa. Raúl y sus amigos salieron a bailar y me encontré solo con una de ellas. La miré entre la niebla de la borrachera y a la escasa luz del salón y vi unos ojos negros muy grandes

en una cara flaca y angulosa, con los pómulos salientes escandalosamente pintados de rojo.

—¿Usted no baila, mi hijito?

—No —dije— no bailo, estoy muy triste.

Quería que esa mujer me compadeciera, que todos me compadecieran, que el mundo entero tuviera lástima de mí.

—Por eso ha tomado tanto —reflexionó ella.

—Sí, y seguiré tomando toda la noche y mañana también, hasta que las velas no ardan.

La mujer llenó de vino su vaso y el mío.

—Salud —dijo.

Bebimos y pedí otra botella.

—¿Y por qué está tan triste?

No sabía si la mujer tenía interés en conocer la causa de mi pena o si todo era un pretexto para quedarse conmigo, bebiéndose mi vino. No me gustaba su cara de pescado, su boca con varios dientes menos ni el olor de una horrorosa esencia que se había puesto en el vestido. Pero quería contarle los orígenes de mi dolor, como si yo hubiera sido uno de esos compadritos de los tangos, que eligen los figones para vaciar su tonel de lágrimas.

—Me engañó —dije—. La Olga —expliqué como si ella supiera quien era la Olga—. Descubrí que me engaña miserablemente, en una casa de la calle Erasmo Escala...

Seguí contándole mis desgracias y cuando la mujer me preguntó qué pensaba hacer, me sentí tan confuso que le dije que no sabía.

—¿No la va a marcar, mi hijito, para que aprenda a serle fiel?... ¿O por lo menos a él?

—¿A quién? —¿De quién diablos hablaba esa mujer?

—A él, al querido...

Me eché a reír.

—No es uno, para que vea... Son varios... Son por lo menos cinco los que estaban con la Olga en Erasmo Escala.

—¡Es bien reputaza entonces!

Escuché el comentario sin saber a quién se refería. Es seguro que si lo hubiera comprendido, le habría hecho pagar caro el adjetivo.

Los bailarines habían vuelto a la mesa y mi hermano tuvo lástima de mí.

—Ya, Pato —me dijo—, peguémonos el último pen- cazo antes de irnos. Estás más borra que una cafetera.

9

Los días que siguieron fueron los más difíciles para mí. El hábito encaminaba mis pasos hacia “La Rancagüina”, pero a medio camino me detenía y regresaba al garaje diciéndome que nada tenía que hacer allá, que la Olga ya no existía para mí. Si quería tomar un café o una pilsener, iba a otra fuente de soda, aunque tuviera que andar un par de cuadras más.

Sin embargo, ¡qué ganas terribles tenía de ir! Verla aunque fuera de lejos, saber cómo estaba, si nuestra separación la había afectado en algo, si sufría como yo, si pensaba en mí.

Esta situación duró ocho días, ocho días que fueron como ocho años. En el trabajo, era imposible apartarla de mi pensamiento. Me proponía hacerlo y cuando conseguía que el arreglo de un radiador o de un carburador tapado me mantuviera veinte minutos con ella fuera de mi imaginación, me sentía como el vencedor de una prueba de resistencia. No había reincidido en el vino, que al fin y al cabo en nada me había ayudado.

Digo que después de ocho días de torturas, en que apenas dormía, decidí volver a la fuente de soda, sin llevar un propósito definido. Lo que quería por sobre todo, era verla. Llegué a las seis de la tarde, después de la hora de once, cuando “La Rancagüina” empieza a llenarse de vecinos en camiseta que van a sentarse ante una botella de cerveza y un dominó.

Cuando entré, lo primero que vi fueron sus ojos que estaban fijos en la puerta, como esperándome. Con la indiferencia más estúpidamente simulada, me senté en una mesa, después de saludar con la mano a don Pedro.

—¿Qué le pasaba, Pato?... ¿Estaba enfermo?

—No —dije—. Estaba muy ocupado.

Con gran lentitud, ella dejó su puesto del mesón y se acercó a mí... Se detuvo junto a la mesa y me preguntó con gran naturalidad, como si no me viera desde el día anterior.

—¿Qué te vas a servir, Pato?

La miré a los ojos.

—¿Podremos hablar cuando salgas?

—No querrás insultarme otra vez...

—No, Olga, quiero hablar contigo... Quiero pedirte... Bueno, después te lo diré.

—Salgo a las ocho.

—Gracias... ¿Me das una pilsener?

Me trajo la botella y el vaso y volvió al mesón. Me bebí la cerveza y salí después de hacerle un saludo, que me contestó con una sonrisa.

Volví al garaje con tan mala suerte que apenas me vio, el gringo me hizo una seña.

—Pato, arrégleme el carburador de este coche, que se pasa; aproveche para limpiarlo; tengo que irme a casa en él, porque el mío se lo presté al doctor Cerda...

—¿Al tiro, don Enrique?... Es muy re tarde ya.

—Sí, inmediatamente.

Miré al gringo que se alejaba. ¿Me iba a hacer fallar a la cita con la Olga, el desgraciado? Corrí a ponerme el overol y a traer las herramientas. Levanté el *capot*, era un tremendo Buick antiguo, y miré: en realidad el carburador estaba por fuera mojado en bencina... Claro, el flotador roto, lleno de bencina, se va al fondo y se rebalsa el depósito: hay que soldarlo y cambiar la empaquetadura. Por suerte era un coche de modelo viejo y desarmar el carburador para limpiarlo no es nada del otro mundo, como ocurre con los modernos, que hasta una línea eléctrica tienen.

Saqué el filtro del aire y la varilla del acelerador con sus resortes: retiré la parte de arriba y comprobé mi diagnóstico: el flotador hundido dejaba suelta la pepa que obtura la entrada de la bencina: ¡afuera el eje del

flotador! Lo sequé con guaipe, cosa que el gringo nos había prohibido, porque decía que las pelusas obstruyen las cañerías, pero esas son payasadas. Claro, estaba desoldado. Puse una gota de soldadura preparada y enchufé el cautil eléctrico. Listo. Otro poco de guaipe enrollado en el destornillador y asear el "Venturi"; ahora la "mariposa"; el destornillador especial, afianzador de "chicleros": fuera el afianzador, fuera el "chicler". Soplé y luego chupé: el aire pasaba bien. Listo, a su puesto.

¿Qué hora sería? Para mí la entrevista con la Olga era más importante que este horrendo Buick, que el gringo, que el garaje y que el mundo entero.

—¿Qué hora tiene, maestro Soto?

—Las siete diez.

Tenía que trabajar rápido. Estaba listo el de "baja"; repetí la operación con el de "alta". Un poco de "vetumine" y una tijera: en un segundo recorté una nueva empaquetadura. Armé y uní, puse el filtro, cerré el *capot* y subí al volante, di contacto y apreté el botón de partida; dejé calentar, puse el motor en marcha y aceleré... ¡Esa porquería no era un auto, era una verdadera carreta!

¿Por qué no acelera, me pregunté, cuando la alimentación está bien? En ese momento se acercaba el gringo,

—¿Está listo, Pato?

—No sé qué diablos le pasa que no acelera...

—Ah, claro —dijo don Enrique—; el doctor Cerda me advirtió que no aceleraba; me olvidé de decírselo.

¡Gringo del diablo! Por suerte lo dije entre dientes y no lo oyó. Pensé que si no aceleraba con el depósito rebasando era porque la bomba de pique

estaba mala. Tuve que desacoplar cañerías y agregados para disponer del carburador suelto; destornillar tuercas y contratuercas; saqué el émbolo con su vástago, resorte y gomas; ahí faltaba un pedacito. Fui a pedirle gomas de repuesto a don Enrique. ¡Y el reloj corría!

—Maestro Soto, por favor: dígame la hora.

—Falta un cuarto para las ocho.

—Gracias.

Armé, coloqué, acoplé lo más rápidamente que pude. Luego me puse a bombear repetidamente con el acelerador. Cuando lo puse en marcha, el Buick pegó un salto, porque en mi impaciencia había pisado el acelerador a fondo.

—¡Listo, don Enrique! —grité.

Recogí las herramientas y las eché al lote en la caja; al día siguiente habría tiempo de arreglarlas. Me lavé en un minuto y me saqué el overol en treinta segundos; me puse mi ropa y salí del garaje, pensando en las cosas que iba a decirle a la Olga. A las ocho en punto llegué a “La Rancagüina”. La Olga me vio, tomó su cartera y salió.

Caminábamos muy serios, sin que yo pudiera hallar la manera de comenzar. Escudriñaba la cara de la

Olga buscando algo especial, huellas de lágrimas, rastros del dolor de la separación, el mismo que yo había sufrido.

—Olga —pude decir por fin—, lo he pasado muy mal. Estos días han sido terribles...

—¿Y tú crees que yo he estado en un lecho de rosas?

La miré con gratitud. Ella también había sufrido por nuestra separación.

—Olga, quiero pedirte otra oportunidad. Me porté como un bruto, pero yo no soy así... Los celos me volvieron loco...

Ella comprendió que iba a ser muy difícil para mí seguir monologando.

—Lo comprendo, Pato, no creas que no me doy cuenta. Y, además, te diré otra cosa: para mí estos días también han sido espantosos y si no hubieras venido hoy a la fuente de soda, mañana te habría mandado una carta que te tengo escrita desde ayer... No podemos seguir atormentándonos, Pato... En cuanto a lo de la otra noche, quiero explicarte.

—No me expliques nada —le interrumpí—. Nunca volveré a seguirte, jamás te preguntaré nada y tendré absoluta confianza en ti.

Sus ojos brillaron de alegría.

—¿Crees que puedo darte un beso aquí, Pato, sin que sea demasiado escandaloso?

Caminamos unos pasos para alejarnos del foco y la besé y la estreché en mis brazos. Por la acera del frente iban pasando dos muchachos y nos gritaron algunas chirigotas. Pero no separamos nuestras bocas en unos cuantos minutos.

Se cogió de mi brazo y seguimos andando.

—Pato, no tengo ganas de irme a la casa... ¿Qué te parecería que nos fuéramos de farra, a comer juntos? Yo tengo plata.

—Y yo también —dije—. Claro, mi hijita, esto hay que celebrarlo. ¡Qué tontos hemos sido!... ¡Pasar estos ocho días sufriendo!... Conozco un restorancito en la calle Rosas...

—Donde quieras, Pato. Donde me lleves, estaré feliz.

Es increíble la rapidez con que uno pasa de un estado a otro. Unas horas antes, yo andaba desesperado y mi única aspiración era que la imagen de la Olga se apartara por unos pocos minutos de mi pensamiento. ¡Ahora me sentía tan feliz! Los largos días de desaliento estaban lejanos, ya olvidados definitivamente. La Olga y yo éramos como personas nuevas, sin problemas en la trastienda.

Nos instalamos en el bolichito de la calle Rosas y pedimos asado con ensalada de tomates, que apenas tocamos. Pedí una botella de vino para celebrar la reconciliación y le conté cómo la noche de la pelea había bebido para olvidar... La Olga se indignó.

—¡He pensado tanto estos días! Creo que yo fui la culpable de todo, Pato, porque no tuve confianza en ti. Claro que el secreto no era solamente mío, como te lo dije esa noche, pero de todos modos yo debí confiar, debí estar segura de que tú nunca podrías traicionarme...

—Mi hijita, naturalmente que jamás traicionaré tu confianza... Pero no tienes ninguna necesidad de decirme nada...

—No. De todos modos te lo voy a decir, Pato... Sólo que no sé cómo empezar... Bueno, la reunión que tuvimos en la calle Erasmo Escala no era una fiesta como tú lo creíste, sino una sesión política, ¿entiendes?

En mi cabeza se había hecho la luz casi antes de que la Olga me dijera eso. ¡Imbécil de mí! ¡Cómo no se me había ocurrido antes!...

—¿El Partido?— pregunté.

Me contestó afirmando con la cabeza.

Yo que nunca había tenido nada que ver con la política, miré a la Olga bajo una luz nueva, en la que no faltaba la admiración. Era eso, finalmente. El Partido.

Perseguidos en todas partes, tenían que esconderse para celebrar sus actos, tomar precauciones, avisarse secretamente los lugares de reunión. ¡Y yo paseándome ante la casa de la calle Erasmo Escala, mirando como un loco a los que salían de la reunión!

¡Con razón, en medio de su furor, la Olga me había dicho que parecía un espía de la policía!

Segunda Parte
LA COMPAÑERA OLGA

EL DISGUSTO CON PATRICIO me había puesto nerviosa, para que voy a negarlo. En la fuente de soda las cosas no anduvieron bien. Una parte importante de mi trabajo consistía en sonreír, en atender a todos los clientes con una sonrisa cordial. Esto no me costaba mucho, en realidad, pues casi todos son gente simpática, buenos muchachos: los de la imprenta, los del laboratorio, los del garage y los vecinos que suelen acudir, en mangas de camisa, a tomarse una cerveza. Pero esos días no podía sonreír. Me hacía falta Patricio, que se había alejado tan estúpidamente. ¿Pero qué podía hacer? ¿Le diría que sus celos no tenían razón de existir, que la casa de la calle Erasmo Escala no era un centro de diversión y que el hombre de la chaqueta gris, de quien parecía particularmente receloso, no tenía conmigo ningún vínculo amoroso?

Tampoco andaba mejor en mi trabajo político. Falté a una reunión de base sin motivo, es decir sin otro motivo que mi estado de ánimo. No habría podido concentrarme, escuchar con la cabeza clara las intervenciones de los compañeros.

Tuve intención de ir a conversar con Green (no se llama así, pero ese es su nombre en la ilegalidad) y pedirle consejo. Era el único amigo que podría haberme dado una idea atinada. Pensé en los demás compañeros de la base. A algunos no los conocía muy de cerca, íntimamente. La compañera Ofelia, en cuya casa celebrábamos nuestras reuniones, no creo que hubiera podido decirme mucho. Me habría servido una taza de té (a veces hacía largas colas para no privarse de él), me habría mirado por debajo de sus cejas finas y seguramente me habría dicho: “Sí, Olga, sigue los impulsos de tu corazón. ¿Qué importa que ese joven no sea miembro del

Partido? Luego lo ganarás y todo se arreglará”. Es decir, Ofelia me habría dicho precisamente lo que yo ansiaba escuchar.

Pensé en Lucho Castillo, un obrero ferroviario, hombre recio, de cuarenta y cinco años, que después de militar mucho tiempo en nuestra base, había sido promovido a un importante trabajo sindical; pero nunca nos abandonó y cada semana llegaba a nuestras reuniones, como de costumbre. Muchas veces habíamos hablado de política y de las cosas simples de la vida. Un día domingo, a la salida de una concentración en el Caupolicán, me invitó a almorzar. Vivía en la Avenida Matta, en una casa pequeña, limpia y extraordinariamente cordial. Recuerdo que pasé una tarde perfecta entre su compañera y sus hijos. En esa casa se respiraba hospitalidad y una devoción a nuestra causa que me penetró como una emoción. Castillo había estado en la Unión Soviética, después de la guerra, y tenía una fe inquebrantable en esa tierra, en sus hombres, en lo que allí se estaba haciendo.

¿Qué me habría respondido Castillo en el caso de llegar a plantearle un problema sentimental? No es que no fuese comprensivo, por el contrario. Pero adivinaba su respuesta, su solución: —“Claro, compañera Olga, su problema es serio, todos los problemas del corazón lo son, indudablemente. Tiene que examinarse mucho, analizar sus sentimientos y ver si son bastante profundos o si simplemente se trata de una... perturbación pasajera. En ese caso, compañera, póngase a trabajar, tome más tareas políticas, concrétese a ellas y olvídense del hombre. En la Unión Soviética, una muchacha en el caso suyo”...

Se habría extendido mucho, explicándome cómo allá la juventud, sin dejar de lado las cuestiones sentimentales, dedica una gran parte de su tiempo a la política, a la cultura, al arte, a hacer cada día más grande al Partido y al socialismo.

La otra compañera con quien había llegado a tener cierta intimidad era Sonia Torrealba, la escritora. Me había regalado un ejemplar de su novela “La red vuelve vacía”, que no me entusiasmó mucho. La encontré abstracta, demasiado intelectual, como era la propia Sonia. Algunas veces, después de las reuniones, caminábamos unas cuantas cuadras juntas o entrábamos a tomar un café. Yo sé que detrás de su pelo corto y rizado y de sus anteojos de montura ancha, de concha, se ocultaba una mujer sencilla, un poco solitaria desde que se había separado de su marido, una mujer quizás ansiosa de ternura. Pero su aspecto intelectual subsistía siempre, como una máscara o una coraza, en su casa, en las reuniones, en sus libros y en sus intervenciones políticas, que a veces se me hacía difícil seguir (Creo que a la mayoría de los camaradas les ocurría otro tanto).

¿Qué me diría Sonia una vez que le hubiera expuesto mi problema? Ya me lo imagino... Empezaría por preguntarme quién era Patricio y cuando yo le dijera que era un muchacho simple, poco cultivado, ajeno a la política y contagiado con algunas de las tonterías que se ven en las películas, hasta algo vulgar en ciertos aspectos, Sonia, con una mueca desdeñosa me conminaría: —“Lárgalo, Olga; ese no es el compañero que tú necesitas. Tu hombre aparecerá en el momento justo. Espera”. Habría sido inútil argumentarle que yo no era una intelectual, como ella, sino una empleada modesta. Su veredicto implacable sería: —“Espera”.

Pero es el caso que yo no quería esperar, porque alguien, mi propio corazón, me decía que Patricio era mi hombre, a pesar de todos sus defectos, y que no debía dejarlo irse por una simple cuestión de celos. Quizás había llegado el momento de decirle quién era yo y por qué iba una vez por semana a la casa de Erasmo Escala.

Y Green, ¿qué me habría dicho Green? Tampoco era difícil suponer su actitud. Habría metido la mano en el bolsillo de su chaqueta gris, tan vieja

y gastada, y sacado la pipa antes de pronunciar una sola palabra. Luego habría empezado a hablar lentamente, con los ojos bajos, como si no se dirigiera a nadie en particular. De vez en cuando levantaría los párpados y me clavaría sus ojos, grises como su chaqueta.

Seguramente me habría dado consejos excelentes, capaces de aliviarme de mi tensión. Siempre había sido mi paño de lágrimas y el de casi todos los compañeros de la base... Pero yo no podía consultarlo sobre un asunto de esta naturaleza.

Es que una mujer sabe cuando le gusta a un hombre. No quiero decir que Green estuviera loco por mí, no, nada de eso. Pero una nota ciertas cosas, el modo de mirar, la voz que se suaviza cuando se dirige a una, las atenciones mínimas. En todo se conoce. Green es cordial con todos y particularmente amable con las otras dos mujeres que pertenecen a la base, Sonia Torrealba y la compañera Ofelia. Pero en su trato conmigo hay una cosa tierna muy especial, que posiblemente los camaradas no adviertan, pero que yo no puedo dejar de notar. Parecería que estoy hilando muy delgado, pero yo sé, por lo menos en lo que se refiere a mí, distinguir el límite entre la cortesía de un hombre y sus otros sentimientos... Muchas veces me di cuenta de eso, aunque Green hacía lo posible por ocultar cualquier emoción. En fin, yo sé, y eso es bastante.

¿Por qué Green, si es que yo no estoy equivocada, no ha tomado el único camino lógico en estos casos? Sencillamente porque es un hombre honesto. Es casado y jamás se atrevería a ofender a una compañera hablándole de amor, aunque se estuviera quemando en las llamas más abrasadoras. Con su aspecto sencillo, Green es un militante ejemplar y en el Partido se le tiene una alta estimación. Pienso que los sentimientos que involuntariamente le he inspirado deben haberle causado más de un trastorno.

¿Tiene flaquezas? Supongo que es un hombre como todos, pero sabe apretar los dientes y mantener íntegras sus decisiones. Eso lo vi un día que Green, otro camarada de la base y yo fuimos a cumplir una tarea partidaria bastante arriesgada.

Fue un domingo. Fingiéndonos representantes de una casa vendedora de ampliaciones fotográficas, nos metimos subrepticamente en un fundo cerca de Melipilla, una de las muchas propiedades del senador Maury. Estábamos de acuerdo con un inquilino que simpatiza con el Partido y recorrimos una buena parte de la propiedad hablando con los campesinos, conociendo sus problemas y sus miserables condiciones de vida, para denunciarlos después en la prensa partidaria. Había que trabajar rápido, porque en cualquier momento los capataces de Maury podían descubrirnos. Mientras el compañero Esteban y Green hablaban a los grupos de inquilinos que habían acudido, instándolos a constituir un sindicato y a buscar contacto con los peones de los fundos vecinos, yo conversaba con las mujeres, les daba diarios y revistas y unos caramelos para sus niños.

Al atardecer, el inquilino amigo nuestro vino a avisarnos que la cosa se volvía difícil. Alguien había delatado nuestra presencia y el carácter de nuestras conversaciones con los campesinos y el senador Maury estaba haciendo ensillar su caballo para salir a buscarnos, rebenque en mano y quizás también pistola al cinto. Maury tiene fama de no hacer las cosas a medias. Ni sus negocios, para los cuales la senaturía le sirve mucho, ni esa especie de república centroamericana que mantiene en su hacienda. Nos miramos, inquietos.

—Vengan conmigo —nos dijo el inquilino—. Voy a esconderlos por ahí, mientras pasa el temporal.

Nos condujo a una especie de cobertizo con dos murallas medio derruidas, donde se guardaba paja para los animales. —Quédense aquí, bien escondidos. Volveré cuando no haya moros en la costa.

Tardaron varias horas los moros en alejarse de la costa, mientras nosotros, cubiertos a medias por la paja, esperábamos en silencio. Yo no puedo decir que estaba tranquila. El corazón me saltaba pensando en lo que podría ocurrir si el senador Maury nos encontraba. Supongo que estaría pálida y visiblemente alterada. De pronto pensaba en Maury como en un inquisidor que, de sorprendemos, iba a encadenarnos en un subterráneo de su hacienda y luego a torturarnos con fierros calentados al rojo para que confesáramos nuestros siniestros propósitos... Luego, bajando a la realidad, pensaba en los carabineros de Melipilla, quizás en los agentes de investigaciones, de cuya ferocidad había testigos en nuestra propia base... De pronto sentí una mano sobre mi brazo. Una mano cálida y amiga cuya presión me decía que estuviera tranquila, que nada malo iba a pasarnos. Volví la cara y entre la penumbra me encontré con los ojos de Green. Movié la cabeza suavemente, de arriba a abajo y desde ese mismo instante sentí que no había nada que temer. Estábamos muy cerca, tendidos en la paja, no sólo por lo reducido del lugar, sino también porque el peligro aproxima a la gente. Hasta mí llegaba el calor que emanaba del cuerpo de Green.

De pronto desapareció la presión de su mano sobre mi brazo e inmediatamente me invadió de nuevo la intranquilidad, como si ahora todas las posibilidades siniestras volvieran. Fui yo la que buscó entonces su mano. Green oprimió la mía y su calor volvió a infundirme ánimo.

Más tarde nuestro amigo vino a rescatarnos y nos condujo por alejados atajos hasta el camino, donde nos sentamos en tierra, bajo las estrellas, a esperar un micro que nos llevara a Santiago. Habíamos dejado puesta una

semilla en el feudo del senador Maury y en mi interior existía una especie de turbación tierna.

Nunca más volví a recibir de Green sino esas muestras sutiles, imperceptibles a los ojos ajenos, pero que a mí me indicaban que sus sentimientos hacía mí estaban sometidos a un control riguroso.

Por eso no podía consultar con Green el problema que había surgido en mis relaciones con Patricio.

2

Pero lo más interesante fue que las cosas se arreglaron solas. Mi desconcierto persistía, pero no hablé de Patricio con ninguno de los compañeros de la base. No me atreví a hacerlo tampoco con mi hermana. Chela es una de esas personas que se aferran a un pasado mejor, digamos social y económicamente un poco más elevado, y se quedan viviendo en él, dando la espalda a la realidad.

Chela es ocho años mayor que yo y cuando murieron nuestros padres y quedamos en la miseria, con un montepío tan ridículo que da vergüenza mencionarlo, se empeñó en sacrificarse para que yo continuara estudiando. Desgraciadamente la defraudé. No pude llegar más allá del cuarto año de humanidades. Es decir podría haber continuado, pero a costa de que mi hermana se gastara los ojos cosiendo toda la noche y todo el día. Le dije que no y busqué empleo. Esto la afectó mucho.

Pero el golpe de gracia para ella se produjo cuando dejé, después de varias tentativas de mantenerme en un plano de decencia, el trabajo de secretaria en distintas oficinas, para entrar en una fuente de soda. Yo no

lo hacía porque ansiara cambiar mi situación de empleada por la de obrera, no. Eso habría sido vano y ridículo. Chela no me reprochó directamente el paso que acababa de dar. Se limitó a suspirar y miró un retrato de nuestro padre que colgaba en la pared.

—¡Si él hubiera visto esto! —dijo— ¡Qué golpe, Olga, qué golpe!

No quise discutirle, porque no me gusta perder el tiempo. Ella sufría, hacía mandas y me encomendaba a los santos cuando empezó a adivinar que mis rebeldías de muchacha se habían encauzado por un camino organizado. Nunca me preguntó si había entrado al Partido, pero supongo que no le cupieron dudas cuando vio los libros que yo llevaba a casa y los diarios que leía. Yo sé que temblaba y se torturaba cada vez que había una huelga o una concentración política y yo tardaba en llegar a casa. Se condolía de que yo, hermana suya e hija de un oficial de ejército, viviera entre “rotos” y trabajara sirviendo a obreros mal vestidos, á gráficos con las manos sucias de tinta, a gentes que ella consideraba de condición inferior.

—¿Habrías preferido que siguiera trabajando con el corredor Manríquez, aunque tuviera que acostarme con él?

No respondió. Fruncía las cejas, porque le disgustaba mi costumbre de llamar a las cosas por sus verdaderos nombres. Ella prefería no hablar de asuntos de esta naturaleza y si obligadamente tenía que hacerlo, empleaba en su lenguaje los eufemismos más divertidos. Y con todas sus añejeces, aun viviendo mentalmente una vida tan alejada de la realidad y de la verdad, Chela es de una bondad conmovedora, de una adhesión a mí que va más allá de sus deseos de conservar la integridad de una familia venida a menos y casi desbaratada.

De mi asunto con Patricio era poco lo que sabía. Varias veces nos había sentido llegar juntos, besarnos en la puerta, antes de que yo entrara, y luego partir el Pato en su bicicleta. Me imagino que el solo hecho de estar enamorada de un ciclista debe parecerle tan inverosímil como si lo estuviera de un mau-mau. Así pues, Chela me vio preocupada, más silenciosa de lo que me es habitual y supongo que a veces me oyó llorar un poco, con la boca apretada contra la almohada. Pero me guardé muy bien de contarle cosas que no habría podido comprender. ¿Para qué? Habría comenzado por preguntarme quién era, si pertenecía a una familia decente, en qué trabajaba. Y me parece ver su gesto al saber que era mecánico en un garage, un obrero que se veía muy bien con su traje azul, cruzado, pero nada más que un obrero.

A veces me pongo a pensar que me porto mal con Chela. Me disgusta mucho hacer este tipo de autocrítica, quizás porque cada vez que pienso en mi hermana llego a la conclusión de que soy egoísta con ella. Si me inquietan los pesares de los compañeros, también debería preocuparme lo que amarga a mi propia hermana. ¿Pero qué puedo hacer? Si yo la abandonara para vivir una vida superficial, la vida más corriente entre las mujeres de mi edad, la falta sería grave. Pero no me he alejado de ella y de su insignificante manera de vivir para entregarme a la frivolidad, sino a una causa grande. A veces me digo que al participar en la lucha del Partido, trabajo también para ella, para arrancarla un día, ¡quizás cuándo! de su pequeño mundo fosilizado, de sus doce horas diarias de coser en casa. Porque ni siquiera ha tenido coraje para aplastar los prejuicios y emplearse en un taller, donde ganaría más y trabajaría menos.

Las cosas se arreglaron la noche que el Pato me fue a buscar. En medio de mi alegría y sin que él me lo preguntara, le dije lo que en realidad hacíamos en la casa de la calle Erasmo Escala. Quizás fui indiscreta, pero cuando se lo conté a los compañeros y les di a conocer mis proyectos de

incorporar a la base a Patricio, encontré en ellos la más maravillosa comprensión.

Claro que antes de llevar al Pato a una reunión, hablé mucho con él de política. Recibía las cosas con un entusiasmo conmovedor. Empezó a comprender quiénes éramos y qué queríamos. Le presté algunos libros, los más elementales que encontré y los que me aconsejó Green. Los camaradas sabían todo y seguían conmigo, paso a paso, los progresos del compañero en potencia.

Cuando juzgué que Patricio estaba preparado, una noche lo llevé a una reunión. Estaba nervioso, terriblemente excitado. Yo había desaparecido de su imaginación, reemplazada por la idea del Partido. Se había puesto su traje azul y llevaba bajo el brazo un par de libros que había leído en los últimos días.

—¿Crees que estoy bien así?

—¿Cómo?

—Con este traje...

—De todos modos estás bien, Pato. Los compañeros no hacen cuestión de la ropa...

—Claro, pero como es la primera vez... No tendré que hablar, ¿no es cierto?

—Si quieres decir algunas palabras, hablas... Si no quieres, nadie te va a obligar.

—Porque al principio... Yo no sé mucho, nada más que lo que tú me has enseñado...

—Nadie es sabio en la base, Pato. Nos limitamos a estudiar las cosas, a cambiar ideas sobre ellas... Cada uno dice lo que piensa y en la forma que quiere... ¿Comprendes?... No es preciso hacer discursos ni conferencias...

—Sí, pero yo no voy a decir nada ahora... Más adelante tal vez...

—Claro, Pato, cuando estés más familiarizado...

Era lo que más le preocupaba. Llegamos casi los primeros a la casa de Ofelia. Sólo estaban ella y Esteban, un compañero joven, de la misma edad del Pato. Los presenté y empezaron a hacerle preguntas sobre su trabajo. Luego llegó Green, quien estrechó sonriendo la mano de Patricio. Vi que éste ya no tenía ni la sombra de un recelo. Aún más, estuvo a punto de decirle algo, quizás de confesarle que dos meses antes lo odiaba mortalmente.

Después llegaron Morales, Castillo y Sonia Torrealba. Esta miró a Patricio con interés desde detrás de sus anteojos intelectuales. Era su manera de mirar, su manera de miope, quizás un poco impertinente, demasiado escrutadora. Temí que al Pato pudiera resultarle algo ofensiva esa especie de sostenido examen de Sonia hacía de él. Pero estaba conversando activamente con Morales, que también era mecánico. Hablaban de un amigo común, que había trabajado en el mismo garage en que estaba empleado Patricio.

Nos hallábamos reunidos en una pieza que servía a Ofelia de comedor y de sala de trabajo. Había un estante con algunos libros, un calendario, un retrato del marido muerto. De pronto Green miró su reloj pulsera.

—Estamos en la hora, compañeros... Yo creo que podríamos comenzar.

Vi que el Pato movía nerviosamente las manos. Éramos ocho, ocho comunistas a punto de iniciar una reunión de célula.

—Muy bien, compañero.

—Un camarada que presida...

—Propongo a la compañera Olga —dijo Castillo.

Me defendí un poco. Me habría gustado que ese día fuera otro el presidente de la reunión, que pudiera guiar mejor los primeros pasos de Patricio. Pero no hubo caso y tuve que disponerme. Green me indicó la tabla de materias y se dio comienzo a la reunión.

Quizás a Patricio ese primer acto político a que asistía debió parecerle algo aburrido, como suele ocurrir, aunque después me dijo que todo había sido muy interesante. Hablamos de varias cosas. El informe se refirió principalmente a las alzas de artículos alimenticios y el camarada que hablaba explicó que era indispensable dar a conocer a la gente a qué se debían estas alzas y hacer sentir al gobierno la indignación pública. Acordamos salir a la noche siguiente, divididos en dos grupos, a una tarea de rayado mural, a escribir en paredes y postes del barrio frases alusivas a la situación.

Al final de la reunión, Green pidió la palabra y en nombre de todos dio la bienvenida a Patricio. Dijo que desde ese momento era como un hermano nuestro, que todos esperábamos de él que estudiaría la teoría revolucionaria y la ciencia marxista, transformándose en un militante destacado. Miré a Patricio como ofreciéndole la palabra y éste empezó a tartamudear, muy colorado y confundido. Pero terminó por arreglárselas y dijo que esas mismas eran sus intenciones y pidió la ayuda de todos para iniciar su formación política.

—... y no sé cómo agradecerle a la camarada Olga que me haya abierto los ojos, que me haya traído aquí...

Así terminó su intervención, tan sencilla, tan elemental como era él mismo. Pero yo sentí un calor en la garganta cuando dijo “la camarada Olga”, como si ese soló término de camarada hubiera sido la más dulce palabra de amor salida de sus labios.

Abandonamos la casa sin que Ofelia nos ofreciera una taza de té, como era su costumbre. Pensé que debía estar muy pobre esos días, para romper ese rito y me propuse volver al día siguiente por si podía ayudarla. Pero Green, que había salido con nosotros, nos convidó a tomar un café. Hablamos de la tarea de rayado del día siguiente, dividimos a los compañeros en dos grupos y estuvimos también redactando algunas de las frases con que íbamos a llenar las paredes de la comuna.

Eran las once y media cuando nos despedimos de Green. El Pato me tomó de un brazo y me estrechó mucho, con una ternura que me pareció revestida de un calor nuevo. Iba callado, pero de vez en cuando me miraba y sus ojos sonreían.

—Me parece que ahora estamos más cerca —dijo—. Ahora no tienes ninguna reserva conmigo.

—No, ahora somos camaradas, aparte de todo lo demás.

—Camarada Olga... —repetía, como si la palabra fuera algo que se podía paladear, guardar en la boca con una sensación agradable.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, me besó con calor, con ternura, como en Cartagena, como en todas esas ocasiones en que me había hecho salirme del mundo, dejar de ver las estrellas que brillaban en el cielo o las casas grises y chatas de la calle.

Nuestro grupo quedó compuesto por el camarada Martínez, un obrero moreno, de ojos vivos como relámpagos; Miguel Robles, estudiante de leyes, Patricio y yo. Nos reunimos a las once de la noche en una esquina que habíamos fijado y allí nos encontraron Robles y Martínez, que traían los tarros de pintura y los pinceles.

Allí mismo comenzamos. Había un muro liso, largo y parejo y los compañeros empezaron a escribir, mientras yo servía de “loro”. Mi vista recorría las calles con atención, pues estábamos, desde luego, haciendo un trabajo ilegal. Muchas veces habíamos salido a rayar o a pegar carteles, como parte de la propaganda electoral. Pero entonces la cosa no tenía complicaciones; bastaba con ir a la comisaría y pedir una autorización. De buenas o de malas ganas, el oficial de guardia la escribía en una tarjeta de cartulina y le ponía el sello. Cuando nos topábamos con las parejas de carabineros, la enseñábamos y seguíamos de largo. Pero ahora la situación era distinta y había que estar alerta para no ponernos al alcance de los carabineros.

Patricio trabajaba a la par con los otros compañeros, lleno de entusiasmo, y el muro iba quedando condecorado con grandes y chorreantes letras, de treinta centímetros de altura. Se leía:

*ALZAS: UN CRIMEN CONTRA LA SALUD DE LOS
CHILENOS*

Más abajo:

¡FUERA LA MISION KLEIN-SAKS!

Terminamos ese muro y nos marchamos en busca de otro adecuado a nuestras necesidades. Rayamos varias cuadras de nuestro sector con inscripciones parecidas, sin encontrarnos con las parejas. En la esquina de la calle Maipú, descuidé un poco la vigilancia para ayudar al Pato a escribir sobre una espléndida pared pintada de verde oscuro. A una cuadra de nosotros, los compañeros se ensañaban con los muros de una escuela pública escribiendo algunas frases que habían improvisado:

PAN PARA LOS ESCOLARES ¡FUERA LOS YANQUIS!

El carabinero apareció de pronto. Después pude deducir que había estado sentado, quizás dormitando, en el hueco de una puerta, en la acera del frente. Se instaló silenciosamente junto a nosotros y empezó a balancearse con ironía sobre sus pies, mientras Patricio, que aún no lo había visto, escribía con la mayor euforia:

GUERRA A LAS ALZAS ¡QUE SE VAYAN LOS...

No había posibilidad de escapar. Habría sido como brindarle la oportunidad de dispararnos. Pensé que tenía que obrar rápidamente, para impedir que el Pato, militante novicio e inexperto, fuera a emprender alguna acción disparatada. El carabinero seguía mirándome con ironía. Patricio dio vuelta la cabeza y lo vio, con su guerrera verde y la pistola en su funda, como una mancha oscura al costado. Me miró entonces como interrogándome sobre lo que debía hacer.

—Buenas noches —dije lo más serenamente que pude.

No respondió.

—¿Qué hora será? —pregunté—. ¿Tiene hora, carabinero?

—Es hora de estar acostada —dijo secamente—. Pero esta noche parece que no la va pasar en su cama, sino en el calabozo.

—¿Por qué? —pregunté con aire inocente.

—Por estar ensuciando las paredes con insultos al gobierno.

—¿Insultos al gobierno? Ahí dice “Guerra a las alzas”, me parece, carabinero... Seguramente usted gana demasiado y las alzas no lo afectan, ¿verdad?

Guardó silencio. Era un hombre de edad madura, con un bigote grueso y ya entrecano, pero no llevaba jinetas ni galón alguno que hicieran pensar en algo más que un simple hombre de tropa.

—Las alzas nos alcanzan a todos —refunfuñó.

—Bueno, por eso nosotros las combatimos —aventuró el Pato.

—Sí, con letreritos...

—Algo es algo, carabinero... Aunque sea con letreritos se expresa el disgusto del pueblo —dije.

—Bueno, bueno —replicó con acento severo— no estoy para discusiones. Váyanse luego, si no quieren que me los lleve a la comisaría...

—*Okay* —dijo el Pato—. Nos vamos...

—Un momento, Pato—. Me volví al carabinero y le dije sonriendo: —Sí, nos vamos, pero antes quiero decirle que usted es el carabinero más comprensivo que he conocido...

—Mmm...

—¿Por qué no nos deja terminar lo que estaba escribiendo el joven?

—Pero...

—Total, medio minuto...

Patricio no había esperado la respuesta. Metió el pincel en el tarro, lo sacó chorreando y escribió con gruesas y bien perfiladas letras:

KLEIN SAKS!

—Buenas noches.

No nos contestó y con pasos lentos cruzó la calle, seguramente para echar otro sueño en su puerta.

Quizás sea muy optimista, pero pensé que antes de dormir iba a meditar un poco en lo que habíamos hablado sobre las alzas.

En la esquina siguiente nos encontramos con Robles y Martínez, que habían hecho una obra maestra en la escuela pública.

—¿Estaban en dificultades?

—No, una discusión amistosa con un verde.

—Ah... A nosotros se nos acabó la pintura. ¿Te queda algo, Patricio?

Patricio echó una mirada a su tarro.

—Alcanza para un par de letreros chicos.

—Buenazo... Los hacemos aquí mismo.

Terminó la tarea y nos separamos de los camaradas. Patricio tenía las manos sucias y algunas manchas de pintura en el pantalón. Por su expresión vi que iba contento.

—¿Te gustó?

—Claro, uno siente que es útil, que sirve para algo...

Me cogí de su brazo.

—¿Verdad que sí?

—¡No sé cómo he vivido tanto tiempo como un imbécil, metido en los bares y en los salones de baile!

—Bueno, Patricio, alguna vez hay que bailar... ¿Por qué no? Una noche me puedes llevar.

—¿Tú, a bailar?

—Sí, ¿por qué no? ¿No soy mujer... no soy joven?...

—Si, mi hijita... Claro que sí, pero no me imagino... La verdad es que no puedo compararte con esas niñas que se pasan bailando... Creo que ahora te admiro más... ¡Estuviste tan serena cuando apareció el paco!

—Serena, sí... Pero si supieras el miedo que tenía...

Sobre todo pensando en cómo ibas a reaccionar.

—Si te hubiera tocado, le habría encasquetado el tarro de pintura en la cabeza.

Me eché a reír.

—Mala táctica, Pato.

—¿Y qué iba a hacer, entonces?

—Bueno... Avisar a los camaradas.

Íbamos hacia mi casa. Al doblar una esquina vimos venir un grupo y el corazón empezó a saltarme. Es esa cosa que llaman presentimiento... A mí me ocurre muy a menudo ese fenómeno. Pensé que... Lo que pensé comenzaba a ser más real a medida que el grupo se acercaba. A la luz de un foco del alumbrado público vi con claridad quiénes eran.

—Pato, no vayas a decir nada cuando pasen... Como si no los conociéramos...

—Pero...

—Silencio, Pato...

Ya casi nos cruzábamos con ellos. Eran Green y Castillo, entre dos carabineros. Los miré aparentando esa curiosidad que siempre despiertan los presos cuando son conducidos por las calles. Se oían palabras de una conversación que había empezado antes. Al cruzarse con nosotros, Green, sin mirarnos, decía a uno de los verdes:

—... no es ningún delito, carabinero... Precisamente ayer estuve hablando con el diputado Amengual y me decía...

Lo que había dicho se perdió mientras se alejaban en dirección a la comisaría.

—¿Y vamos a dejar que se los lleven presos, Olga?

—No, vamos a trabajar para que los pongan en libertad... ¿Dónde hay un teléfono por aquí?

—¿Por aquí?... Espérate... En García Reyes hay uno, en la estación de servicio.

—Vamos allá.

Llamé al diputado Amengual a su casa y le conté lo que ocurría. Me prometió que en quince minutos estaría en la comisaría y antes de veinte los camaradas presos saldrían en libertad.

4

Unos días más tarde apareció Green en “La Rancagüina”. Me entregó varios ejemplares de una publicación partidaria que acababa de aparecer y me dio una noticia que me dejó preocupada.

—¿A qué hora sales esta noche? —me preguntó.

—A las ocho... Pero si es necesario, don Pedro me da permiso para salir antes...

—No, no es necesario, Olga. Se trata de Sonia... Está con otra de sus crisis. Sería muy bueno que pasaras a verla. En la base, nadie como tú tiene tanta influencia sobre ella.

Yo no estaba muy convencida de eso. Por el contrario, Sonia cuando quería, sabía ser arbitraria y burlarse de mis consejos. Pero si algo podía hacer por ella, estaba dispuesta a intentarlo.

—El mismo problema...

—Sí, ella pretende que no, pero la verdad es que antes de separarse de Juan Matas parecía una mujer normal. Nunca tenía estos trastornos.

—Sí, creo que tienes razón. Bueno, iré esta tarde. No hay inconveniente.

—Gracias, Olga... Me voy. Tu patrón me está mirando feo... ¡Cómo se ve que sabe cuidar los intereses de Patricio!...

Levantó una mano, me saludó y salió riendo.

Green poco pensaba en sí mismo. Estoy segura de que tenía problemas en su casa y en su interior, pero se los guardaba y en cambio siempre estaba pendiente de las dificultades de los otros. ¡Qué gran compañero era Green! A Patricio lo había acogido con ostensible simpatía. Le prestaba libros, a menudo lo esperaba a la salida del trabajo y se iban ambos a conversar, sentados en un banco, por ahí, en alguna plazuela. No sólo hablaban de política, sino de mil cosas diferentes.

Una tarde que el Pato y yo estábamos citados para salir juntos, lo vi aparecer inesperadamente en la fuente de soda a las seis de la tarde. Iba a disculparse. Green le había pedido que fuera con él a arreglar el motor del automóvil de un dirigente del Partido.

—De modo que me dejas plantada, para irte con el hombre de la chaqueta gris —le dije fingiendo enojo.

—Mi hijita, yo quisiera salir contigo, pero se trata de un camarada buscado por la policía, que no puede exhibirse en la calle, ¿entiendes? No tiene más remedio que andar en auto.

—¿Y no puede quedarse en casa? —pregunté con falsa indignación.

—¡Claro que no! —protestó el Pato—. Es un dirigente, un miembro del secretariado y tiene que ir a reuniones, qué sé yo...

—Bueno, si es así...

Se marchó, la cara llena de orgullo de que se le llamara para una misión de confianza. Al día siguiente le pregunté, más por distracción que por probar su discreción, dónde había estado. Habló vagamente de Ñuñoa, sin decirme la calle ni nombrarme a la persona que había visto. Me gustó su reserva. El Pato empezaba a comprender que pertenecía a un Partido a cuyos hombres había que cuidar.

En la noche, a la salida de la fuente de soda, me fui al departamento de Sonia Torrealba, en la calle Cumming. Me abrió la puerta y penetré en su desaliñado santuario. Sonia estaba vestida sólo con un pijama y su cama deshecha mostraba a las claras que ese día había pasado tendida, sin vestirse siquiera, presa del tedio, fumando interminablemente. Los ceniceros desbordaban de colillas.

—Hola...

—Hola, entra Olga... ¿Quieres café?

—Bueno, si me dejas prepararlo...

—Está listo... He estado todo el día tomando café...

—Y fumando como una chimenea...

—Qué quieres, Olga, me agarró el *spleen* y eso es preferible a... Anoche tuve un dolor de cabeza espantoso... Era como si la piel me quedara chica, como si el cráneo me hubiera crecido... Tuve que tomar tabletas para dormir y hoy amanecí medio atontada...

Entré en la pequeña cocina, que estaba igualmente en desorden. Abrí la ventana, puse agua a calentar, lavé unos cuantos platos y tazas y volví a la gran habitación, la única del departamento, donde Sonia dormía, comía y

escribía. Había profusión de ropas sobre las sillas, libros en el suelo reluciente y mil cosas dispersas. .

—Mientras se calienta el agua, voy a ayudarte a ordenar un poco...

—Pero, hija, puedo hacerlo mañana... Ya a esta hora no vale la pena...

Yo no le había hecho caso y ya estaba recogiendo cosas del suelo y de las sillas, vaciando los ceniceros, levantando papeles, hojas escritas a máquina y ordenándolas sobre la mesa. Sonia me miraba hacer; luego comenzó a ayudarme. Estiramos las sábanas y el cubrecamas, trasladamos a la cocina las tazas con gruesos sedimentos de café en el fondo, y guardamos en el *closet* los vestidos arrugados y la ropa interior de Sonia. Luego, mientras ella se arreglaba un poco en el baño, me fui a la cocina y serví dos tazas de café, una cargada para mí y otra simple, aguada, para Sonia. Encontré jamón y preparé sandwichs con la misma expedición con que lo hacía en la fuente de soda. Hallé también duraznos en conserva y serví dos porciones. Duraznos para dos. Puse todo en una bandeja y volví a la habitación. Sonia me esperaba sentada en un diván, de espaldas a su biblioteca, con un rostro menos ajado, menos fiambre; un rostro empolvado, los labios con un toque de lápiz de ese extraño color ladrillo que usaba.

Me miró con una especie de ternura agradecida.

—Es curioso... Apenas llegas tú, se arregla todo, Olga. Eres como una especie de ángel...

—Sí —dije riendo— el ángel de los sandwichs de jamón... Come, niña... Juraría que no has comido en todo el día... Y no protestes porque el café está simple; te lo serví así... Ya debes estar medio intoxicada.

—Ahora que recuerdo, tienes razón... No he comido desde anoche... A mediodía me dio un poco de hambre, pero no tuve voluntad de levantarme a preparar nada. Esto me pasa cuando estoy en período de creación... Empecé una novela, es decir no he comenzado todavía a escribirla, sino a tomar algunas notas, a estructurarla mentalmente, ¿sabes?... Se va a llamar “Adiós a la niebla” y trata de una mujer que abandona a su marido, a quien no ha dejado de querer, cuando descubre que él está conectado con la policía. Ella es simpatizante del movimiento popular... Se apodera de los papeles del marido y los lleva a la organización. Por ellos se descubre que está en marcha una inmensa provocación... —Tomó la taza de café y bebió un sorbo—. Uf, qué porquería, Olga. Esto...

—Tómalo así, Sonia. Es mejor.

Dejó la taza a un lado y atacó los duraznos al jugo. Al parecer se había olvidado del argumento de la novela. Yo estaba en una silla, frente a ella, mirando los lomos de los libros. Virginia Woolf: “Al Faro”. Vasco Pratolini: “Crónica de mi familia”. Sonia Torrealba: “Sobre la arena oscura”. Aldous Huxley: “Contrapunto”. Rubén Azocar: “Gente en la Isla”. Tomás Wolf: “Del tiempo y del río”... No sabía cómo provocar las confidencias de Sonia. Para ella sería mucho mejor hablarme de su problema, del problema de su soledad, que de la novela que iba a comenzar. Quizás Sonia estaría buscando también la manera de traer a la conversación ese tema. De pronto me preguntó:

—¿Cómo te va con Patricio?

—Bien. No hay problemas... Desde que entró al Partido es otro. Lo veo menos. Lee, conversa con los compañeros, trabaja...

Sonia jugaba con sus anteojos de concha. Para decir algunas cosas se los ponía, como quien esgrime una herramienta indispensable. Luego se los quitaba y los conservaba abiertos en su mano.

—Es un muchacho muy interesante, muy varonil... Tienes que cultivarlo, Olga, hacerlo avanzar desde el punto de vista intelectual...

—Pero, Sonia, yo soy una mujer sencilla... No tengo nada de intelectual...

—Querida (usaba la palabra querida desde que había vuelto de Europa, el año anterior), querida, no te disminuyas ni te falsifiques... Tú eres una empleada de fuente de soda circunstancial... Supongo que aspiras a algo mejor, más interesante...

—Naturalmente. Algún día dejaré este empleo... para buscar otro. Pero creo que te he contado que no pasé del cuarto año de humanidades, Sonia...

—Lo sé... ¿Qué querías ser, cuando chica?

—Pensaba ser... profesora de historia.

—Oh, magnífico... Podrías serlo todavía, aunque sin título universitario... Estudiar historia, comprenderla verdaderamente y enseñarla desde nuestro ángulo...

—Interpretación marxista de la historia...

—Exacto.

—Oh, Sonia, yo nunca podré hacer eso —dije—. Soy incapaz...

Pensé que habíamos llegado a un punto muerto. Era yo tan estúpida que había dejado a Sonia llevar la conversación hacia mí, cuando mi intención

era, por el contrario, que habláramos de ella. Me decidí entonces a tomar el toro por las astas.

—El domingo vi a Juan Matas en el Frente del Pueblo.

—¿Lo viste? ¿Estuviste con él en una reunión?

Se puso los anteojos.

—No, él estaba en una reunión de profesionales. Lo vi al salir...

—¿Hablaste con él?

—Sólo tres o cuatro palabras.

—¡Ah!... ¿Te preguntó por mí?

—Sí...

—¿Qué te dijo?

Sonia se había sacado los anteojos como un actor que se quita la barba postiza para estar más cómodo. Ahora era ella, la verdadera Sonia, la mujer ansiosa de saber.

—Bueno, ya te digo que hablamos muy poco. Me preguntó si trabajabas bastante en el Partido y yo le dije que sí. A Juan le habían contado la detención de Green y Castillo y me pareció que estaba preocupado por ti...

—Oh, querida, esa es una apreciación tuya nada más...

—Sí; por eso te digo: me pareció... No se refirió a ti en especial, pero cuando dijo: "Tienen que cuidarse", yo creo que pensaba más en ti que en

nosotros... Salvo a Green y a mí, no creo que conozca a otros compañeros de la base...

—¿Lo crees de veras?

—Por cierto, Sonia, ya te lo digo...

Volvió a ponerse los anteojos y encendió un cigarrillo..

—Me habría llamado por teléfono si estuviera preocupado de mí...

—Quizás... —dije—. El primer paso siempre es difícil... Yo también tengo mi experiencia... Tú sabes que Patricio estaba celoso... Estuvimos ocho días peleados... Yo estaba que me moría... Al último, no resistí más y le escribí una carta... Pero anduve con suerte, porque él me buscó antes de que se la mandara...

—Claro que no es fácil... ¡Si lo sabré yo, querida! (Se quitó los anteojos). Hace seis meses que estoy fingiendo que Juan no me importa nada y hasta por momentos llegué a convencerme de que era verdad... ¡Pero no hay caso, Olga, no hay caso!... Es más fuerte que yo... Es la primera vez que lo digo, Olga, y te lo digo a ti que eres mi amiga, pero por fuera tengo que continuar con la farsa de que soy más feliz separada de Juan...

—Si tú me permitieras...

Se puso en guardia de inmediato. Aplastó su cigarrillo contra el fondo del cenicero de cristal y se caló los anteojos intelectuales.

—¿Si te permitiera qué? —preguntó con deliberada lentitud.

—Bueno, se me acaba de ocurrir algo... La fiesta del domingo próximo en la quinta de Rosita Castro... ¿Vas a ir?

—No sé... Compré una tarjeta, pero no he pensado todavía...

—Quizás yo podría ir a venderle a Juan una tarjeta... Es natural que uno vaya a ofrecerle este tipo de cosas a los camaradas que pueden comprarlas, ¿no te parece?

—¿Y le dirás que yo voy a ir?

—Si me lo pregunta, se lo diré... Pero de todos modos él lo comprenderá.

Sonia se levantó del diván y paseó unos minutos por la habitación. Abrió el *closet* y sacó un delgado vestido gris, con pintas negras y blancas. Se quitó el pijama y se vistió.

—¡Cuando digo que eres un ángel, querida!... Entrás aquí y todo parece que se ilumina...

—Y ahora que me voy... vas a quedar a oscuras...

—No, te acompaño, querida. Quiero caminar un poco... He estado tanto tiempo metida aquí dentro, tomando café y fumando... Necesito salir, respirar... Vamos, Olga.

5

La casa de Rosita Castro, en La Reina, era ideal para estas fiestas de verano. Era una quinta llena de árboles, de flores, de caminitos de tierra olorosa, de quioscos perdidos entre la ramazón. Por el fondo pasaba una ancha acequia de transparente agua cordillerana, donde al atardecer se ponían a cantar las ranas. No era sencillo llegar hasta allá, desde que una dejaba el bus; pero una vez que se estaba entre los inmensos árboles que crecían en la quinta y bajo la mirada cordial de Rosita, la verdad es que una se sentía feliz. Santiago, con sus treinta grados de calor y el

pavimento que quemaba los pies, parecía una ciudad lejana que al anochecer se insinuaba con el resplandor rojizo de las luces subiendo hacia el cielo.

Rosita Castro era una buena amiga del Partido. Su casa estaba siempre dispuesta para esa clase de fiestas, que tenían dos propósitos: reunir a los camaradas y a los amigos para que se divirtieran y fraternizaran y juntar fondos, que harta falta nos hacían para el trabajo político. Rosita no sólo prestaba su casa sino que se ponía toda ella a disposición de los invitados. Andaba de grupo en grupo con su cabeza blanca y sus ojos oscuros, vestida con una sencilla falda gris de lana y una blusa negra. Conversaba con unos, arrancaba un rosado durazno de un árbol y lo ofrecía al que estaba más próximo, jugaba con un grupo de niños a la ronda o se detenía a participar en una discusión, diciendo algo agudo, sin abandonar su bella sonrisa.

Era una mujer de cerca de sesenta años, admirablemente llevados. Tenía un hijo, ingeniero, compañero nuestro, y dos o tres nietos. Rosita, de familia rica, se había criado en Europa, donde estudió pintura y canto, según lo hacían las niñas de su época y de su clase como parte integrante de la educación, aunque nunca llegarían a ser pintoras o cantantes. Pero su voz era agradable y bien timbrada. A veces nos acompañaba en los coros que se improvisaban en su casa. Aquella tarde me vio llegar del brazo con el Pato y me tendió su mejilla para que la besara.

—Olga, hija, nunca te había visto tan bien acompañada... Preséntame a tu amigo.

—Rosita Castro... Patricio Ramírez —dije.

Patricio estaba maravilloso con su traje azul y su camisa blanca. Se inclinó y estrechó la mano de Rosita, quien le retuvo la suya.

—Olga, has hecho la gran conquista de tu vida, según parece...

—Este... muchas gracias —dijo el Pato.

Rosita me vio reír con los ojos.

—Y en cuanto a usted, Patricio, ¿qué puedo decirle?... No hay dos Olgas en todo el mundo...

—Lo mismo pienso yo, señora —dijo el Pato con galantería.

—Bueno, pasen, muchachos, y diviértanse. Me parece que en el *living* están bailando...

Ya se había olvidado de nosotros y estaba saludando a nuevos invitados que llegaban. Patricio miraba la suntuosidad de la casa y la extensión de la quinta. Lo vi mover la cabeza en gesto de aprobación. Pero nada de eso lo intimidaba. Le ocurría lo mismo que a mí, que me sentía tan a mis anchas entre la riqueza sin ostentación de Rosita, como sentada en una silla de paja donde Ofelia. Lo que vale es la forma en que a una la reciben, el ambiente que existe donde una se encuentra.

Recorrimos la casa palmo a palmo. Le mostré una estatua que había en el jardín y el Pato se quedó mirándola extasiado. Me dijo que hasta entonces había creído que las estatuas se hacían sólo para los parques públicos. Nos encontramos con muchos conocidos y amigos y fui presentando a Patricio, muy orgullosa de él.

—¿Todos son camaradas?

—No, tonto, ni la cuarta parte... Son amigos o simpatizantes...

Algunas muchachas lo miraban de un modo provocador que no me gustó, como si se les hiciera agua la boca. Les clavé los ojos con dureza, me

esponjé el pelo y estiré mi vestido de seda amarilla, que me quedaba un poco estrecho en los hombros. Patricio me había tomado del brazo y lentamente recorrimos los caminitos del huerto, cubierto de hojas. Un grupo de compañeros discutía de cuestiones teóricas. Lancé una carcajada cuando pasé junto a ellos y les dije que el Partido debía prohibir que se hablara de esos temas en las fiestas.

—Claro, para ti que vas tan bien acompañada...

Incliné mi cabeza sobre los bíceps del Pato y seguimos andando.

—¡Qué bonita casa!... Parece algo de...

Se detuvo de repente, como si hubiera estado a punto de decir una cosa absurda.

—¿Algo de qué?

—Nada, iba a decir una tontería...

—Dila.

—Bueno, que parece una casa de película—. Me miró con aire interrogante.

—Es verdad —dije—, parece una casa de película. Sobre todo... ¡Mira, Pato!

Había un escaño de piedra en esa parte del jardín, junto a una higuera de enorme copa. Sentados en él, hablando en voz baja, se hallaban Sonia Torrealba y su marido, Juan Matas.

—Es Sonia.

—Sí. No sigas... —Juan estaba encendiéndole un cigarrillo—. Volvamos mejor, Pato, éstos están hablando de cosas íntimas.

Regresamos paso a paso entre la frescura que venía de la cordillera y esa cosa indescriptible que parecía desprenderse de la tierra y de las hojas de los árboles. Un hombre fumando en pipa avanzaba hacia nosotros. Era Green. Lo acogimos con entusiasmo.

—¿Vamos a tomar un trago?

—Vamos.

En uno de los quioscos repartidos en el huerto se había instalado un *buffet* atendido por media docena de compañeras.

—¿Qué tomas, Olga?

—Limonada.

—¿Tú, Pato?

—Una pilsener.

Dejamos los vasos vacíos y seguimos caminando los tres. A esa hora, el jardín parecía volverse loco, emanando todos sus olores al mismo tiempo.

—¿Han visto a alguien de la base?

—Sólo a Sonia —dije—. Pero no hay que interrumpirla. Está en dulce coloquio con Matas.

—Te lo debe a ti —me dijo Green— y luego agregó: —Me tiene preocupado Miguel Robles, ese compañero joven. Acaba de pelearse con su padre, por cuestiones políticas... El padre es radical de derecha... Lo echó de la casa después de una terrible discusión...

Patricio dijo precipitadamente:

—Mi casa es muy modesta, pero si el compañero Robles quiere, yo le puedo hacer un hueco en mi pieza.

—No, Pato, no hay necesidad... Está alojando en mi casa desde antenoche... Pero el problema no es ese, sino la situación moral de este compañero. Está muy deprimido. Quiere mucho a su padre y adora a su madre... Le parece que está cometiendo un crimen contra ellos... Por otra parte, él no puede caer en renuncios ideológicos, ¿entiendes?... Hay que ayudarlo de otra manera, darle ánimos, fortalecerlo...

—¡Ahora le toca a nuestra base! —dije—. Cuando uno todavía no acaba de arreglar un problema, a otro se le descomponen las cosas...

—Así es... Pero hay que ayudar a Miguel... Vamos a pensar un poco y en la reunión de base próxima, veremos...

En el *living* estaban bailando mambo algunas parejas de muchachos de las Jota Jota. Revoloteaban las anchas faldas, se quebraban los cuerpos en movimientos rápidos, que mareaban. La gente seguía llegando, mientras algunos se retiraban. Sentí que unos brazos me estrechaban el hombro. Me di vuelta y me encontré con el rostro radiante de Sonia. Me besó elocuentemente y salió, acompañada de su marido. Después oímos el motor de un automóvil que se alejaba en la noche.

6

El lunes volví al trabajo con una sensación de malestar y aburrimiento. Cada vez que lo hacía, después de pasar un domingo feliz, de libertad, con

el Pato o con los camaradas, en un medio alegre, como había sido nuestro domingo en la Playa Grande de Cartagena, o la fiesta en la quinta de Rosita Castro, me resultaba pesado volver a la fuente de soda. Empezar otra vez la rutina cotidiana, servir el café aguado a los obreros y el pan con margarina; hacer sandwiches y destapar botellas de cerveza para los clientes. A veces me decía que ese trabajo era un poco embrutecedor por lo monótono y repetido, pero la verdad es que por lo menos no me demandaba más que esfuerzo físico. Casi siempre mi imaginación estaba lejos de “La Rancagüina”, puesta en otras cosas y en otras gentes.

Algunos compañeros de la base estaban pasando por momentos de quiebra espiritual y era preciso sostenerlos. Quizás yo era tan feliz como la propia Sonia de haber ayudado un poquito a crear la atmósfera necesaria para su reconciliación con Matas: Ahora era otra mujer, quién podía dudarlo, rejuvenecida y alegre. Se la veía de nuevo trabajando bien en el Partido y estaba escribiendo organizadamente. La novela “Adiós a la niebla” avanzaba, según me contó, de un modo que ni ella misma habría sospechado.

Pero le había tocado el turno a Miguel, que era hijo mimado de un abogado famoso. Miguel había llegado a la organización después de un largo proceso intelectual y de años enteros de estudiar el marxismo y no como yo y como muchos otros camaradas, por impulsos emocionales. Miguel era uno de los más jóvenes de nuestra base, pero sus intervenciones políticas resultaban sorprendentes. Sabía analizar los problemas, descubrir sus mecanismos más intrincados y sacar conclusiones claras y que nos parecían justas. Por eso era más duro verlo ahora en dificultades sentimentales, separado de sus padres, a quienes quería entrañablemente, por diferencias políticas.

Se había instalado en casa de Green y allí se pasaba las horas entre los libros de éste. A veces, cuando calculaba que el padre no estaba en casa, telefoneaba a su madre o la iba a ver. O era ella quien llegaba en un taxi a la casa de Green, llevando ropas y dinero para su muchacho.

El Pato y yo nos habíamos propuesto levantarle la moral y lo íbamos a buscar a menudo para llevarlo a un cine o a dar una vuelta por las calles, en la noche. No estábamos en situación de hacer más. Prácticamente todos los compañeros de la base, menos yo, que no podía hacerlo, le habían ofrecido sus casas para que viviera, pero se me ocurre que ese era el aspecto menos importante del problema que abrumaba a Miguel. No se trataba de una casa u otra, sino del calor de la suya propia.

Mi hermana había estado resfriada y varias noches me quedé a cuidarla. Nunca Chela estaba enteramente bien, nunca subía de los cincuenta kilos, jamás desaparecía de su cara su palidez enfermiza y cenicienta. Yo hacía lo posible por sacarla un poco de la casa, por llevarla al cine o pasear por el Parque Forestal. Hasta hice cuentas para que fuera a pasar una semana en la playa, pero se negó. En la mañana salía a hacer las compras para el día y los domingos a la iglesia o a hacer una que otra visita a familias cuya amistad venía desde los tiempos de nuestros padres. Yo había cortado casi todos esos viejos vínculos y a esas amigas de Chela no las veía más de una vez por año, el día del santo de mi hermana, cuando iban a saludarla y se quedaban a tomar once en casa. Chela hacía un postre, compraba unos bollitos, los partía en dos y los recubría de pasta de hígado, de palta o de mantequilla. Compraba refrescos y pasteles. Las amigas iban llegando una a una, vestidas de negro, a veces con los paraguas chorreando gotas. Cada una traía un pequeño regalo, unos pañuelos, un broche, un pañito tejido a *crochet*. Chela abría los paquetes y celebraba cada cosa. Después les mostraba mi regalo, que era generalmente un libro. Entonces se ponían a hablar de libros, de lo que habían leído en el

último tiempo, si es que algo habían leído. Cerca de la hora de comida, invariablemente descubrían que era muy tarde y que se les había pasado el día sin sentirlo. Yo me aburría de lo lindo, aunque procuraba disimularlo.

Al fin y al cabo una parte importante de mi trabajo diario era eso: sonreír a gentes que tomaban café y comían pastelitos. Cuando yo me marchaba, llamada por alguna reunión que no podía eludir y Chela quedaba sola con sus amigas, lo más seguro es que todas juntas entonarían un coro de piedad por mí... Esta chiquilla loca, metida con los comunistas, ¿han visto ustedes?

Pero Chela no abandonaba sus propósitos de volverme al buen camino y estoy segura de que me encomendaba a Dios en sus oraciones. Habría sido dichosa si hubiera podido conseguir que frecuentara a las antiguas amistades, que abandonara mis locuras políticas, a mis amigos “de medio pelo” o sencillamente del “roterío”, que consiguiera un empleo de institutriz en una casa rica o quizás un puesto en un ministerio.

Una noche que me oyó bajarme de la bicicleta del Pato y después que éste se marchó de la puerta —nunca entraba a la casa— Chela, haciendo visible violencia sobre sí misma, pues generalmente era discreta, me preguntó quién era ese amigo. Se lo dije.

—¿En qué trabaja?

—En un garage.

Suspiró.

—En un garage... ¿Pero es persona decente?

—Si te refieres a que no es un ladrón, un aprovechador ni un borracho, o a que nunca ha estado en la cárcel —dije sonriendo, pero un poco picada— es persona muy decente.

—¿Culto?

—Mmmm... bueno, estudió más o menos como yo. Tuvo que salirse del colegio para ayudar a su madre.

Pero ahora está cultivándose como puede: lee mucho, vamos al teatro y hasta lo he llevado a algunos conciertos de la Sinfónica.

—¿Y su familia?

—No la conozco, pero se me ocurre que deben ser gentes como nosotros.

Pensé que con esto iba a deshacer las amargas dudas que mi hermana tenía en su interior. Pero estaba muy equivocada al creer que terminaba ahí el implacable interrogatorio.

—Y las relaciones... ¿andan muy avanzadas?

—No en el sentido convencional, Chela. Nos queremos... Pensamos casarnos más adelante, cuando tengamos ambos mejor situación económica...

—Pero, Olga, casarse no es una cosa así no más... Tienes que hacer averiguaciones... Quién es, quiénes son sus padres, si ese joven no tiene vicios...

—No los tiene.

—De todos modos...

—No hablemos de eso ahora, Chela. Cuando llegue el momento...

—Claro que para casarte tendrás que dejar ese empleo que tienes y que no me gusta nada... Supongo que tu novio no querrá que su esposa trabaje en...

Era su obsesión. Que abandonara “La Rancagüina”.

—Pienso dejarlo pronto —la consolé— apenas consiga algo mejor. Unos amigos me están buscando trabajo y quizás me emplee en la oficina de un arquitecto.

Chela sonrió y yo me alegré de haber provocado esa sonrisa. Era verdad que unos camaradas arquitectos que iban a instalar una empresa de construcciones habían pensado en mí como secretaria y dactilógrafa. Pero era un proyecto que parecía ir para largo. Andaban buscando capitales para montar la firma y en estos tiempos no es muy fácil encontrarlos.

—Podías invitar un día a ese joven a comer, o a tomar once un día domingo.

—¿Al Pato?

—Así he oído que lo llamas.

—Bueno, un día lo invitaré. Es un poco... tímido, pero estará encantado de conocerte, Chela.

Noté que desaparecía uno de los motivos de la tensión en que permanentemente vivía mi hermana. Si conocer al Pato iba a ser agradable para ella —y creo que lo iba a ser— ¿por qué negarle esa mínima alegría? Yo estaba segura de que iba a quedarse cautivada cuando viera al Pato tan buen mozo, con sus hombros anchos, bien peinado, esbelto con su traje azul y su corbata a listas, atento y sencillo. ¿Por qué regatearle ese pequeño placer?

Marzo llegó como de repente. Los calores del verano aún no habían terminado cuando la ciudad pareció poblarse de nuevo. Las niñas de las escuelas con sus delantales blancos y las liceanas vestidas de azul empezaron a pasar por las calles, los micros a llenarse más, si eso es posible, y la ciudad recuperó en escasos días el ritmo que pierde en los meses calurosos, cuando los que pueden hacerlo se van de vacaciones. Sonia Torrealba y Matas habían vuelto de El Quisco, donde pasaron dos semanas. Miguel seguía leyendo gruesos libros de economía que le prestaba Green. Cuando el Pato y yo llegábamos a buscarlo, lo encontrábamos en mangas de camisa, en el escritorio de Green, una pieza pequeña con ventana a la calle, donde dormía en un diván. Siempre estaba leyendo y tomando notas. Sus padres habían ido a pasar su temporada habitual en Viña del Mar, desde donde su madre le escribía largas y conciliadoras cartas, en las que incluía algún billete. El abogado radical no daba señales de vida y aunque se supone que sufría tanto como su mujer por el repentino alejamiento del hijo único, seguía empeinado en no romper el *statu quo*.

Entonces fue cuando se anunció una serie de alzas y nosotros, los militantes de la base, que vivíamos en contacto con la gente más modesta, comenzamos a notar síntomas de desesperación. Yo lo palpaba a diario en la fuente de soda. Hablaban de ello las muchachas del laboratorio, que llegaban sin quitarse el delantal, a tomar nuestro almuerzo económico de ciento sesenta pesos, un plato de sopa y un guiso en el cual, entre la aguachenta verdura recocida y molida, sobrenadaba, como un náufrago, un pedacito de carne diminuto y solitario. Hablaban los obreros de la imprenta “El Águila” y éstos lo hacían sin ningún recato, con furia, a veces con palabrotas dedicadas a nuestros gobernantes.

Renegaban los mecánicos del garage, compañeros del Pato, y los clientes aislados. Nadie dejaba de protestar con desesperación por las alzas.

La presión se levantó más cuando publicaron los diarios que subiría también el precio de los micros.

Entonces hubo verdaderos rugidos. Un gráfico dijo una tarde, mientras le destapaba su pilsener.

—¡Esto se acabó!... Hay que salir a la calle para que este gobierno de m... vea que todavía no estamos muertos. Uno puede disminuir el pan y reducir el té y la comida, pero no puede atravesar todo Santiago a pie para venir al trabajo. ¡Ya no queda otra cosa que salir a la calle!...

Yo lo miré y asentí en silencio. Se veía venir una gran movilización de masas... Había que conseguir que se hiciera organizadamente para que el gobierno no aprovechara la oportunidad de desatar una matanza en las calles. Esto es muy fácil decirlo, claro; en la teoría las cosas caminan como sobre rieles. ¿Pero cómo hacerlo en la práctica?

La Central Única se agitó y los estudiantes universitarios que recién volvían a sus cursos, llamaron a salir a la calle al pueblo, para combatir el alza de los micros, que era como la gota que había rebasado el vaso.

Un viernes llegó a “La Rancagüina” Ofelia. El día anterior la habían dejado cesante en la fábrica en que trabajaba. Ya sabíamos lo que era eso: la reducción de faenas a causa de la crisis. Hablé con don Pedro a ver si podía darle algo en la fuente de soda, pero perdí mis palabras. Allí no había nada que hacer.

—Olga, haría cualquier cosa que usted me pide, pero ya ve... ¿Dónde la metemos y con qué le pagamos? No he subido los precios, aunque hay

autorización, porque veo que la gente no puede pagar más... Todo se ha echado a perder. Más adelante, si la naipada se compone...

Asentí sin hablar y dejé a don Pedro metido en su caja.

—Vamos a buscar en otro lado —dije—. Aquí no hay trabajo... ¿Te hace falta dinero?

—No. Tengo para unos días.

Ofelia había trabajado en veinte fábricas diferentes y era capaz de desempeñar cualquier labor. Unas veces había salido por encabezar huelgas y otras por motivos como éste: cierre, reducción de faenas, la crisis, en fin. A pesar de su aspecto delicado y menudo, era fuerte y animosa. Había cumplido los treinta y cinco, y cuatro años antes había quedado viuda. Su compañero había sido un buen cuadro del Partido, un obrero de la construcción con grandes bigotes y anchas espaldas. En esa época yo todavía no militaba, pero algunos compañeros y la propia Ofelia, se hacían lenguas hablando del valor y la tenacidad de Pedro Gutiérrez. Había muerto en un accidente del trabajo, al derrumbarse un andamio en una gran construcción.

—Cuando pasó, creí que se me venía el mundo abajo, —me contó Ofelia—. No teníamos hijos, no tenía nadie a quien aferrarme, y mi hombre hecho un montón de huesos en el suelo, junto a las bolsas de cemento y a las tablas quebradas... No quería creerlo... El, que era tan fuerte, lo hubieras visto, si parecía un toro, con sus espaldazas, sus brazos y sus manos tremendas. Cuando me abrazaba, me parecía desaparecer en su cuerpo, Olga... Era un hombre maravilloso... Y se me fue tan de repente... Un día frío, en agosto, me vinieron a decir que había muerto. Nadie me preparó. Me lo dijeron brutalmente y yo no lo creí, aunque estaba como loca. No lo creí ni cuando lo vi en el suelo, todo quebrado.

Tenía la boca entreabierta y un hilo de sangre que le manchaba los labios, el cuello y el overol. No quería creerlo ni cuando lo enterraron, Olga... Ojalá no sepas lo que se sufre cuando pasa algo así... Me salvó el Partido, en realidad... No sé qué habría hecho si no hubiera sido por los compañeros. Me puse a trabajar de un modo tremendo, estábamos en plena ilegalidad, hasta el punto de que no faltó quién me creyera una provocadora... Ahora ya me he acostumbrado a vivir sola. A todo termina una por acostumbrarse...

—Pero, Ofelia —le dije— creo que vives demasiado para el pasado. Eres joven, podrías volver a casarte...

Me miró. Tenía unos ojos muy bonitos, de color café claro, el pelo oscuro y crespo y cejas finas y perfiladas.

—Claro, podría casarme. Algunos me han seguido y hasta me lo han propuesto... Pero me acuerdo del mío, del que se mató y me pongo a compararlos. No hay ninguno que resista la comparación, Olga... ¡Era un hombre maravilloso!

Hablé con el Pato y con otros compañeros. Había que buscarle trabajo a Ofelia, rápidamente. El día que llegué a la reunión de base, llevaba tres o cuatro direcciones. Pero me encontré con una Ofelia radiante. Me ofreció una taza de té y me dijo que ya no estaba cesante. Martínez había encontrado para ella un trabajo mejor que el que tenía antes. Ese había sido su primer día y todo marchaba bien.

Golpearon a la puerta. Eran Castillo y Martínez. Este último venía como siempre, con su cara sombreada por una patilla espesa. Nunca lo había visto recién afeitado. Bajo sus cejas abultadas brillaban sus ojos negríssimos como carbones.

—¿Qué tal, compañeros?... Ofelia... ¿resultó?

—Claro. Hoy fui a trabajar y anduvo todo de primera. Estoy contenta, compañero Martínez. Es una buena pega... Muchas gracias.

—Qué agradece, compañera...

Los camaradas fueron llegando de uno en uno, o en parejas. Los últimos, Green y Miguel, venían juntos. La tetera de Ofelia iba del fogón de la cocina a la mesa del comedor y la taza usada por uno era lavada rápidamente para que sirviera a otro.

—Rico el té, Ofelia —dijo Martínez.

—Claro que tú preferirías una pilsener o un borgoña...

—No me des mala fama, Castillo... ¿Y cómo dicen que acalora?

—Psh... Los chinos lo toman caliente para refrescarse...

—Y sin azúcar.

—No... Sin azúcar no puede ser...

—Bah, me lo contó el compañero Chacón, que estuvo en China... En un vaso de agua caliente echan unas hojitas verdes y listo...

Green miró su reloj pulsera. Era siempre el que nos llamaba al trabajo, pero no dijo nada porque había dos compañeros que aún no terminaban sus tazas de té. Metió mano al bolsillo, sacó la pipa, que siempre parecía tener lista, ya cargada, y la encendió. Se desprendió una nube de humo aromático, aunque acre. Patricio lo miraba como fascinado y me preguntó en voz baja si le quedaría bien a él una pipa.

—Claro que sí, tonto.

—¿De veras?

—¿Por qué no?

—En Green parece natural, con esa chaqueta gris, con el pelo así, medio desordenado...

Lo miré con ternura y me dieron ganas de darle un beso. Admiraba a Green tanto como antes lo había odiado, en los días de las sospechas. Ahora era para él una especie de ídolo. Le habría gustado saber lo que sabía Green, tener esa manera clara y desenvuelta de expresarse, ese trato sencillo que era igual para todos, para el compañero más modesto o para la militante más sofisticada. Admiraba hasta la chaqueta gris, suelta y gastada, él, que con su traje azul se veía tan estupendo.

Le tocó presidir la reunión a Esteban y hacer el informe político a Miguel, que lo había preparado de acuerdo con Green. Habló cuarenta minutos sobre las condiciones políticas que se estaban creando, determinadas por las alzas. En forma tranquila fue mostrando el panorama nacional, la desesperación de los sectores asalariados, los más golpeados por la crisis, la decadencia industrial, la cesantía, la anemia del comercio. Se preguntó cómo iba a responder el pueblo y dijo que todo hacía prever que saldría a la calle a luchar colectivamente contra las alzas. ¿Es bueno esto o es malo? Es bueno, si esa lucha es bien dirigida por la Central Única y los partidos populares. Pero si la gente, llevada por la desesperación, se lanza a pelear sin control, sin plan, sin dirección, las acciones de masas pueden convertirse en un desastre para la clase obrera.

Todos seguíamos el informe más que atentos, casi anhelantes. Miré a Patricio y vi brillar sus ojos, como le ocurría cuando comprendía una idea nueva. Era como si la luz que se hacía en su mente se reflejara en su mirada.

Miguel seguía hablando. ¿Qué tenemos que hacer nosotros?, se preguntaba. Y luego él mismo se respondía: salir a la calle, procurar ponernos a la cabeza de este movimiento, no dejar que degenera o que se esterilice y evitar las provocaciones. Eludir también la persecución. Una fuerte represión estaba comenzando a desarrollarse y el gobierno, como primera providencia iba a dirigir su artillería contra nosotros. ¿No era acaso esa la ley, la tradición, la costumbre? Así, era preciso cuidarse, no celebrar reuniones que no fueran absolutamente indispensables, pero mantener siempre un contacto estrecho entre todos los elementos de la base. El contacto, quedó acordado, se haría a través de mí, en “La Rancagüina”, y del Pato, que era poco conocido, en el garage.

Hablamos todos en esa reunión. Cada uno expresó lo que pensaba, hasta Patricio, que por lo general no pedía la palabra, por timidez. No se trataba de hacer ninguna revolución —él lo expresó de un modo tan directo que nadie dudó que había comprendido claramente la situación— sino de hacer ver al gobierno que el pueblo no aceptaba nuevas alzas y exigía una política económica diferente.

Me parece que cuando abandonamos la casa de Ofelia íbamos animados de una luz nueva, de un espíritu combativo que no tardaría mucho en manifestarse.

8

Las protestas se generalizaron de tal modo que era visible que las cosas se ponían negras. Pero el gobierno, en vez de buscar una solución a los problemas que aquejaban a la gente, empezó a movilizar a los soldados y a ofrecer castigos a todo el mundo. Los obreros, los empleados, los

estudiantes, los ferroviarios, los profesores, los funcionarios públicos, amenazaron entonces con paros y movilizaciones callejeras.

Para mí, un síntoma de que las cosas estaban muy malas era la actitud de mi hermana. Había empezado a inquietarse, a mirarme con sus ojos cargados de súplica.

—¿A qué horas sales de tu trabajo esta tarde? —me preguntó. Evitaba mencionar a la fuente de soda y siempre hablaba sólo de “tu trabajo”.

—A las ocho. ¿Por qué?

—¿Te vendrás a la casa?

—No sé, Chela... A lo mejor voy a mirar un poco lo que pasa en la Alameda.

—Olga, no te vayas a meter allá, por favor... Nadie sabe lo que puede pasar.

Habría podido decirle... en fin, muchas cosas, pero pensé que no era esa la oportunidad y preferí eludir una conversación más profunda.

—No, no —dije—, no hay cuidado. Voy con el Pato y solamente a mirar un poco.

—Me da miedo cuando andas por ahí. Hay tanto disturbio... Pueden disparar.

—No, Chela, sé cuidarme bien... Además pienso llegar temprano.

—Te voy a esperar para que comamos juntas.

—No, no te preocupes. Ya sabes que siempre como algo en la fuente de soda, antes de salir. Pero llegaré temprano, Chela.

Si Chela estaba inquieta era porque sabía lo que pasaba, por los diarios y la radio. En todas partes, además, sólo se hablaba del alza de los micros, del despliegue policial y de los disturbios estudiantiles en la Alameda, en las inmediaciones de la Universidad y del cerro Santa Lucía.

A la hora de once llegó el Pato y sin decirme nada, con un gesto algo melodramático, me tendió un ejemplar de “Ultima Hora”, señalándome un párrafo de la página de atrás. Se había descubierto (aseguraba el Ministerio del Interior) un comando secreto que preparaba la huelga de los ferrocarriles. Todos los miembros de ese comité estaban presos y se les instruía un proceso de acuerdo con la ley de defensa de la democracia. Naturalmente había caído Lucho Castillo, en cuyas ropas (aseguraba el Ministerio del Interior) se había encontrado un buen número de variadas proclamas revolucionarias.

Le devolví el diario.

—¿Qué te parece? —me preguntó el Pato.

—No sé... Puede ser una mentira del gobierno o puede haber algo de verdad. Tenemos que ir a ver a la compañera de Castillo esta misma tarde, Pato. ¿Tienes algo que hacer?

—No.

—Pásame a buscar a las ocho, entonces. Viven lejos, por la Avenida Matta...

—Muy bien, si quieres vamos en la bicicleta.

—Es mejor.

Me había acostumbrado a viajar en la bicicleta de Patricio. El fierro no era un asiento muy cómodo, pero me gustaba ir cerca del calor del Pato,

quien a veces inclinaba su cabeza y aplastaba su boca contra mi pelo. De su pecho se desprendía un olor sano y masculino que a ratos me trastornaba un poco. De haberme dejado llevar por mis impulsos, me habría vuelto violentamente hacia él para besarlo y estrecharlo contra mi pecho, con todas las consecuencias que aquel abrazo podía tener, puesto que íbamos en equilibrio sobre una bicicleta.

Cuando llegamos, nos preparábamos para encontrar a una familia sumida en el pesar, pero no había nada de eso. María, la compañera de Castillo, estaba tan tranquila como la había visto otras veces. Nos contó que los agentes habían llegado a las seis de la mañana a registrar la casa. Castillo había caído en la noche, en el sindicato.

—¿Y qué ha sabido de él, compañera? —preguntó el Pato.

—Está en el anexo de la cárcel —dijo—. El abogado consiguió que los cambiaran de la cárcel al anexo de calle Capuchinos. Le fui a dejar ropa, un colchón, la navaja, algunos libros y comida.

—¿Se le puede ver?

—No, todavía no. Está incomunicado. Si el domingo le han quitado la incomunicación, se le podrá ver de diez a doce.

—¿Podemos ayudarla en algo, María? Si está necesitada de fondos...

—No, gracias, el sindicato me dará un subsidio... Por lo menos lo ha hecho otras veces que Lucho estuvo preso...

—¿Ha caído muchas veces? —preguntó el Pato, como si hubiera sido un periodista en pleno trabajo.

—No muchas, pero algunas ha caído —respondió sonriendo—. Ya estamos curtidos... La última vez fue cuando volvió de la Unión Soviética.

Lo tuvieron una semana preso, le quitaron todo lo que traía so pretexto de que era propaganda comunista, hasta una blusita bordada que le había comprado a la Elena, nuestra chiquilla mayor... Así es que no nos agitamos mucho por una detención más.

Tuvimos que desprendernos casi a la fuerza de esa mujer valiente y serena, empeñada en que nos quedáramos a comer con ella y sus hijos. Pero había que ir a mirar un poco las cosas en la Alameda. Montamos en la bicicleta y nos fuimos por Arturo Prat. Vidrios rotos en las calzadas mostraban que la Alameda había sido escenario de peleas callejeras. Aún algunos grupos de universitarios daban gritos en las inmediaciones de la Federación de Estudiantes, pero lo mejor había pasado ya y los carabineros empezaban a abandonar el campo de batalla.

—¿Qué hora es, Pato?

¡Qué tonta!... Tenía ante mis ojos el reloj de la iglesia de San Francisco, que marcaba las nueve veinte.

—Llévame a la casa, Patito. Chela debe estar inquieta... Aquí no hay mucho que hacer, ¿no te parece?

—No, ya pasó todo —dijo Patricio como con pesar—. Mañana vendremos más temprano.

Precisamente en “El Siglo” del sábado se anunciaba que los ferroviarios detenidos habían sido puestos en libre plática y el domingo, a las diez en punto, formábamos parte de un grupo que esperaba que se abrieran las puertas del anexo de la cárcel. Tuvimos que dejar nuestros carnets de identidad en manos de un sargento de gendarmes, antes de penetrar en un gran patio dorado por el sol, con bancos de madera, donde los presos esperaban a sus visitantes.

Desde lejos vimos venir a Castillo, recién afeitado, con una camisa oscura, que avanzaba hacia nosotros.

—Hola, Olga; hola, Patricio—. Nos estrechó efusivamente las manos—. ¿No han visto a mi compañera?

—La vimos el día que se supo su detención... Pero es de suponer que no ha de tardar.

Llegaron Green y Miguel y un poco más tarde Ofelia y Sonia Torrealba.

—Somos siete —dijo Castillo humorísticamente—, hay número y podríamos celebrar una reunión de base... No estaría mal una reunión en plena cárcel... ¿Y cómo andan las cosas, Miguel?

—Bueno —dijo éste— ha sido sólo una semana de finteos. A partir de mañana la cosa va a tomar más calor... Anoche estuve conversando con los compañeros de la FECH y me dijeron que la movilización estudiantil va a tomar un ritmo mucho más violento...

—A usted, compañero, ¿cómo le ha ido?

—Así, así... La acusación se basa en mentiras de soplones, en un noventa por ciento. El ministro sumariante nos ha dicho que pronto nos va a dejar en libertad... ¿Me permiten, compañeros, hablar unas palabras con Green? Ah... pero ahí viene mi compañera... Con permiso...

María venía vestida como de fiesta, con sus dos hijos: una chiquilla de doce años y un niño menor, que al divisar a su padre se precipitó hacia él. Era un espectáculo impresionante ver a ese feroz revolucionario, acusado de los más truculentos delitos contra la seguridad interior del Estado, abrazarse a esos mocosos, casi con lágrimas en los ojos. María se quedó junto a nosotros, respetando esas expansiones. Después se acercó a

Castillo, lo abrazó muy ceremoniosamente y le entregó una bolsa con frutas.

—Papá, ¿cuándo te vas a ir a la casa? —preguntó la chiquilla.

—Oh, mañana o pasado... ¿Cómo te has portado, Nena?

—Muy bien.

—Así me gusta... Hay que ser obedientes y no hacer rabiar a la mamá.

El patio estaba lleno de grupos alegres. Junto a un muro, un preso jovencito parecía que iba a comerse a su novia. Los hijos de Castillo se habían incorporado a un corro de chiquillos que jugaban.

Sonia se quitó los anteojos y miraba esa visita carcelaria con un interés ostensible, como si hubiera estado registrando cada detalle en su memoria, para utilizarlo después en alguna de sus novelas.

—¿Estuviste anoche en la Alameda? —me preguntó.

—Sí... ¿Y tú?

—No pude. Pero desde mañana me propongo no perder ni un solo día. El baile en grande todavía no ha comenzado.

—Así parece.

Castillo estaba paseándose con Green. Hablaban muy animadamente y sospeché que le estaba contando los pormenores del movimiento de los ferroviarios para que Green diera cuenta a la dirección. Vimos llegar a los dirigentes de la CUT que iban a saludar a los presos. Green y Castillo se separaron y éste último fue a reunirse con el grupo sindical.

—Nosotros nos vamos —dijo Green—. ¿Te quedas, Olga?

—No, nos vamos. ¿Le entregaste los cigarrillos a Castillo, Pato?

—Sí.

—Vamos, entonces. ¿Vienes, Ofelia?

—No, todavía no. Voy a esperar a la María y a los niños.

Saludamos a Castillo y a los demás ferroviarios y abandonamos el anexo, donde los presos seguían disfrutando de su día de visitas. En la calle Bandera nos separamos. Sonia, el Pato y yo nos fuimos a tomar un café a la Alameda, mientras Green y Miguel se dirigían al Mercado Central a comprar algunas frutas.

9

Si Dios descansó al séptimo día, los estudiantes también podían hacerlo. Ese domingo de sol, no muy caluroso, fue un día de una calma maravillosa, en que los troles y los micros corrieron a sus anchas, raudos y despreocupados, sin que nadie se propusiera entorpecer su marcha. Los carabineros, que patrullaban en pequeños grupos, bostezaban ostensiblemente, en descanso sus armas, quietos sus bastones blancos, cuyas caricias conocían tan bien las espaldas de universitarios y obreros. Un domingo perfecto, en fin, para pasarlo en la Quinta Normal o en algún parque público.

Pasé a tranquilizar a mi hermana, le dije que Santiago entero parecía una taza de leche, y luego seguí con el Pato, dispuesta a gozar con él de un hermoso domingo. Compramos unos sandwichs y unas frutas y nos fuimos a tender al fresco, entre los grandes árboles de la Quinta Normal.

Sonia se había despedido de nosotros en la Alameda, para ir a buscar a su marido, que los domingos acostumbraba a darse verdaderas orgías de sueño. Ahora la veíamos poco, absorbida como estaba por esa segunda (¿o sería tercera o cuarta?) luna de miel. Matas la mimaba y cuando estaban ambos en presencia de amigos o compañeros del Partido la trataba aún con mayor delicadeza. Seguramente quería que ella recuperara lo perdido y que los demás olvidaran que durante unos meses habían sentido por Sonia la compasión que habitualmente se experimenta por una mujer abandonada. En realidad, nadie conocía la causa exacta de la separación, pero cuando se ve que un hombre buenmozo, alto, de gran situación profesional como era Juan Matas, ingeniero muy cotizado, se separa de su mujer, se da por supuesto que es él quien la abandona y ella quien se queda llorando. Yo no sé si en el caso de Sonia era eso lo ocurrido, porque la verdad es que nadie vio a Matas, un tipo de aspecto distinguido, con las sienes grises, como nos gustan a las mujeres, y muy bien vestido, enredado en aventura alguna, ni se supo tampoco que anduviera en amoríos. Por el contrario, las pocas veces que hablé con él durante el período que duró la separación, me pareció melancólico y distraído. Yo no sé si eso se debe a que conocía mi amistad con Sonia, pero me inclino a creer que era una actitud sincera. Recuerdo que cuando le fui a vender una tarjeta para la fiesta en casa de Rosita Castro me preguntó, mirándome a los ojos, con una especie de aire de complicidad.

—¿Va a ir... toda la gente de su base, compañera?

—Toda no —respondí— pero sé que algunos van a ir, como Sonia, Miguel Robles, Green...

Creí ver una sonrisa en sus ojos penetrantes y oscuros. Me dio los quinientos pesos de la adhesión y me aseguró que iría. Más aún, me dijo que tendría gran satisfacción en ir.

Todo eso me da motivo para pensar que ambos sufrían por la separación y no sólo Sonia, como creía la mayoría de la gente. Era la eterna pelea de enamorados. Los dos se mueren de pena, pero ninguno quiere dar su brazo a torcer y ensayar el primer paso. Algunas veces las cosas se agrían estúpidamente y los belicosos caen en la desesperación, hasta en la locura y después... en el olvido. Pero otras, la capacidad de resistencia sucumbe en ambos al mismo tiempo y dan el paso hacia la reconciliación casi simultáneamente. Es lo que les había ocurrido a Sonia y Matas y también al Pato y a mí.

Claro que todas estas cosas que digo pueden ser o no ser así, o ser lo contrario, simplemente. Yo no tengo una experiencia muy grande y además, si hay algo misterioso en el mundo, algo que se rige por leyes que nadie ha podido descubrir, eso es el amor. Nadie sabe por qué se enamora una, por qué un hombre la atrae y otro, que sin duda es más buenmozo, mejor, más culto, más perfecto en fin, la deja completamente fría.

Por ejemplo, ahí estaba mi propio caso, si me ponía a pensar en él. Dos hombres habían pasado casi simultáneamente por mi vida y yo sabía que a ambos les gustaba. ¿Cómo lo sabía? Oh, eso es fácil para una mujer. A veces basta una actitud, una palabra, una mirada. A veces no es necesario ni siquiera eso. Esos dos hombres eran diferentes, de esferas distintas, de grados de madurez tan separados como los grados del termómetro en verano y en invierno. Si alguno de los dos correspondía al tipo de hombre que yo vagamente prefería (no soy como esas muchachas que tienen una especie de ideal prefabricado o sacado de las películas, del cual no las arranca nadie), ese era Green. Me gustaba todo, o casi todo en él; su pelo largo, de un color rubio ceniciento, sus ojos grises, metálicos, sus modales reposados; me gustaba su calma, la forma desapasionada y casi científica en que abordaba los problemas, su enorme cultura, de la que jamás hacía

ostentación, su sensibilidad para comprender las dificultades humanas, esa especie de antena que le permitía saber cuando un compañero estaba agobiado por una preocupación, aunque una se esforzara en guardarla para uso exclusivamente personal... Me gustaba hasta su despreocupación en el vestir, aunque muchas veces me pregunté si efectivamente Green, en los años que lo conocía, no había logrado juntar dinero para comprarse un saco que reemplazara su famosa chaqueta gris, ya arrugada, gastado el *tweed* en los codos y en las solapas. .

El otro hombre era el Pato, un perfecto desconocido, un muchacho que al principio me pareció bastante tonto, con ese falso desparpajo aprendido en el cine, tan postizo, tan antinatural en él, que era de naturaleza tímida. Indiferente en política, sin otra cultura que la que podía obtener en las películas o en las revistas de historietas, sin sentido de clase, y además, con una vida amorosa algo turbia. Desde nuestros primeros finteos sentimentales, la cocinera de “La Rancagüina” se había encargado de ilustrarme sobre los amores de Patricio con una antecesora mía en el mesón, una tal María.

—Vieras, niña... —me dijo la voluminosa doña Juanita— es un demonio, un Don Juan... Tienes que tener mucho cuidado... A la María se la sacaba todas las noches, pero ligerito se aburrió y le tiró la cadena... Claro que ella tampoco era un dechado de virtudes, pero de todos modos el Pato se portó mal con ella y de repente la largó...

—¿Y qué se hizo María? —pregunté en esa ocasión, con curiosidad femenina y un poco de celos.

—Dicen que un teniente de carabineros le puso casa... ¡Era muy fresca esa muchacha!

Así, pues, dos hombres habían llegado a mezclarse en mi vida. No quiero decir que me asistiera la facultad de elegir entre los dos. No, estoy hablando en abstracto, porque Green era casado y tenía dos hijos. No soy destructora de hogares y creo que tampoco Green tenía la menor intención de deshacer el suyo. No, es demasiado sensato. Pero en fin, a veces el amor suele saltar ciertas barreras, una no sabe cuándo. Lo que quiero decir es que yo sentía, cuando estaba junto a Green, que había algo, algo que salía de él hacia mí, sobreponiéndose a su propia voluntad, buscándome. Lo percibía muy bien y, repito, las mujeres no solemos engañarnos en estas cuestiones. Ahora bien, entre los dos, yo me había inclinado sin vacilar por el Pato, que como tipo humano era el más imperfecto; no porque fuera más joven, no porque fuera soltero, no porque viera en él a un ser maleable, plástico, a quien poder hacer evolucionar. No... ¿Y por qué entonces? No sé, esa decisión tiene que ser cargada simplemente a la cuenta de la esencia misteriosa e intraducible del amor.

Estuvimos en la Quinta tendidos en el pasto, muy cerca uno del otro. Por nuestro lado pasaban corriendo chiquillos que escapaban de los *picnics* familiares, ancianos adoradores del sol, apoyados en sus bastones, gitanas arrugadas con refulgentes dientes de oro, grupos de protestantes que se detenían y cantaban por horas enteras monótonos himnos religiosos, muchachas con *blue jeans* que ceñían escandalosamente sus muslos, seguidas por enjambres de adolescentes; vendedores de barquillos, de helados, de maní, de frutas, de remolinos de papel, de globos; carabineros francos (ya les tocaría trabajo) con sus enamoradas; padres que volvían con sus hijos, después de admirar juntos los animales embalsamados del Museo y la momia de la princesa incaica, que lucía como una *vedette*, sentadita en su vitrina.

Yo estaba sumida en una especie de ensueño. Patricio me arrancó bruscamente de él para ofrecerme un sandwich.

—No quiero, gracias.

Para una persona que se pasa la vida haciendo sandwiches en una fuente de soda no es ningún atractivo comerse uno comprado en otra parte... Todos son igualmente desabridos. Me pregunto si los cocineros comerán alguna vez.

—¿Quieres entonces un racimo de uvas, mi linda?

—Bueno.

Un sol perfecto, que no quemaba sino que parecía desparramar una luz tibia, manchaba el pasto. Cerca de nosotros se erguía una enorme palmera de copa pequeña y muy alta.

Me senté junto al Pato y empecé a comer uva. El atacaba su sandwich con una alegría sana y primitiva,

Las risas de los niños daban a la tarde un aire de parque infantil que no sé por qué ese domingo me sacudió, me impresionó tanto. Era como el preludio sereno de una sinfonía tempestuosa. Era como si me hubiera asistido el temor de que algo pudiera quebrar de un modo violento la alegría de los niños.

10

Los primeros disparos en la Alameda casi no sorprendieron a nadie, porque una exasperación con olor a pólvora, con un acre sabor a violencia

reinaba en las calles. Es muy difícil definir esto, hacerse comprender, pero los que han andado estos días por las calles, ayer y anteayer, el martes y el miércoles, entienden muy bien lo que quiero decir. La gente está exasperada, los estudiantes no han cesado de apedrear los vidrios de troles y micros y los disparos parece que no hicieran otra cosa que aumentar la cólera popular.

El Pato y yo íbamos de grupo en grupo, gritando contra el alza, mostrando, con el ejemplo, que había que resistir a los carabineros, mantener la moral combativa para ganar esa batalla que se estaba librando. Yo no soy valiente ni soy cobarde. Soy una mujer como todas, más bien sensible al tirón que dan los nervios cuando a diez metros de una suena sordamente el disparo de una carabina. Pero estos días me he sentido extraordinariamente serena, y andar con los exaltados grupos, atravesar la Alameda entre piedras y balas, para escapar de los carabineros, rehaciendo en la acera del frente las fuerzas dispersas, no era una tarea que me hiciera temblar de miedo. Creo que ni una sola vez tuve miedo y eso se debe a que no me sentía sola, sino parte de un movimiento. Me parecía tener detrás de mí un respaldo invencible en los universitarios y los obreros que peleaban conmigo; en el Pato, que mostró ser un hombre de nervios duros, tal vez demasiado audaz.

Casi toda la gente de la base andaba en la Alameda, animando a los estudiantes, distribuyendo propaganda, desfilando y dando gritos. Yo sentía la presencia invisible de mi base, invisible porque en medio de la confusión, de las carreras, de los ataques y contrataques, a veces se me perdían, aunque el Pato nunca estuvo lejos de mí. Pero de pronto, en medio del tumulto, veía correr a dos hombres que tiraban del cordel del tomacorriente de un trole y obligaban a los pasajeros a bajar, y me daba cuenta de que eran Esteban y Martínez. Los ojos negros de éste brillaban en la noche con un fulgor que parecía de fuego. O en una esquina, una

mujer con anteojos de concha peroraba contra el alza, reuniendo a gentes, a transeúntes a su alrededor: era Sonia. Cuando los carabineros se acercaban, sus propios auditores la protegían, escamoteándola a la furia de los verdes. El jueves en la noche, mientras peleábamos en la Alameda, vi pasar a Green con su chaqueta sucia de tierra. A Miguel lo divisé dos veces entrando al local de la FECH con otros estudiantes.

Mi base estaba cumpliendo como podía sus resoluciones. Todos peleaban contra el alza. En un desfile que se organizó en la Alameda, frente a la Universidad y cortó por Ahumada en dirección a la Plaza de Armas, me encontré con Ofelia y María, la compañera de Castillo, quien seguía preso.

—¿Has visto a Green? —me preguntó Ofelia.

—Ayer lo divisé.

—Quiere hablar contigo.

Al llegar a Huérfanos chocamos con un escuadrón de carabineros que nos cerraba el paso. La cabeza de la manifestación se detuvo y algunos estudiantes parlamentaron.

—¡Tienen cinco minutos para disolverse! —gritó el mayor que mandaba a los carabineros.

—Formamos un desfile pacífico y estamos ejerciendo un derecho —respondieron los estudiantes.

—Derecho o no, las instrucciones que tengo son esas... De modo que ya saben...

Era un suspenso amenazador. Se echó a correr la consigna de llegar a la Plaza de Armas, ya fuera por Ahumada, ya por otras calles. Las tiendas

comenzaron a cerrar precipitadamente, mientras la columna pugnaba por romper el cerco policial.

—¡El plazo ha vencido y voy a tener que disolverlos por la fuerza!

El oficial gritó una orden y un corneta que estaba junto a él dio un toque de atención, que no dejó de sonar impresionante. Oí martillar carabinas y comenzó entonces la fiesta, el apaleo, los disparos, las imprecaciones, las carreras. Desde las ventanas de los pisos altos, voces anónimas gritaban contra el alza y contra la brutalidad de los carabineros. Algunas balas rompieron vidrios en las ventanas y los trozos que caían en peligrosa lluvia a la calzada se quebraban con estrépito que sonaba a violencia...

El Pato me cogió por un brazo y corrió conmigo por la calle Huérfanos en dirección a Estado. Un bastón policial había caído sobre su hombro y marchaba furioso, dando gritos con toda su voz. Nos mezclamos a la multitud que corría y al llegar a Estado doblamos hacia la Plaza, donde los primeros manifestantes comenzaban a afluir. Un grupo se había apoderado del quiosco de los músicos, desde donde una universitaria, jovencita y muy hermosa, arengaba a la gente.

Sentí que alguien me cogía de un brazo y al volverme sobresaltada me encontré a Green, que sonreía.

—Vengan —dijo—, tenemos que conversar... Hay tiempo antes de que comiencen a cargar los verdes.

Nos encaminamos por la calle Veintiuno de Mayo hacia el río. Ese sector se hallaba tranquilo. El comercio había cerrado puertas y vitrinas, temeroso de los disturbios.

—Ya los vi peleando como leones —dijo Green sonriente—. Parece que a ti te alcanzaron, Pato.

—¡Ese desgraciado! —refunfuñó Patricio sobándose el hombro dolorido—. Me gustaría tenerlo solo, frente a frente...

—A ti también te tocó, Green —dije—. Ayer te vi pasar bien revolcado...

—Sí, caí al suelo en una carga que hubo en la esquina de Arturo Prat... Pero no fue nada.

Rápidamente nos informó de la situación política, de las gestiones que hacían algunos parlamentarios con el gobierno para disminuir la tensión reinante.

—Claro que la única gestión autorizada por los estudiantes y la CUT se basa en la derogación del alza —dijo—. Si no la dejan sin efecto, no hay arreglo posible... Pero si las conversaciones no están respaldadas por un fuerte movimiento de masas, el gobierno no cederá, ¿comprenden?

—Sí.

—Nuestra base, como muchas otras, tiene que seguir en la calle. La consigna es: del trabajo a la calle... mientras haya trabajo. La CUT está estudiando la posibilidad de decretar algunos paros parciales y escalonados... Se están imprimiendo proclamas llamando a mantener la agitación callejera. Mañana en la mañana estarán listas y les llevarán a ustedes varios miles, metidas en canastos... Tienen que guardarlas hasta que otros compañeros las recojan... ¿Es posible?

—Por mi parte, sí —dije—. Las guardaré en la cocina de la fuente de soda.

—Tú... ¿tienes algún inconveniente, Pato?

—No, ninguno. Puedo meterlas en uno de los autos que están en compostura y nadie sabrá nada.

—Espléndido... Eso es todo. —Lejos se oyeron unos gritos—. Parece que las cosas se han calmado un poco en ese sector —dijo Green—. Hay también focos de lucha en la Avenida Matta y cerca de la Estación Central... ¿Vamos a echar una mirada a la Plaza?.

La tensión había bajado mucho y sólo unos grupos subsistían, discutiendo animadamente. Los carabineros se habían retirado. Tuvimos que caminar largas cuadras antes de encontrar un sitio abierto donde tomar una taza de café. Green nos contó que esa tarde, estando en su casa, había oído detenerse un automóvil a la puerta. Pensó que era la camioneta de la policía política y se dispuso a huir por la casa vecina. Pero no se trataba de eso. Eran los padres de Miguel.

—Por fin don Samuel se decidió a dar el paso. Su esposa había estado insistiendo mucho con él para que fuera en persona a buscar al hijo... pródigo. Desde que sonaron los primeros disparos, la madre de Miguel empezó a vivir sobre ascuas, pero don Samuel seguía guardando su actitud empecinada. Hoy se decidió a dar el primer paso hacia la conciliación y llegaron a buscarlo a mi casa. Yo estaba en la pieza vecina y no tuve más remedio que escuchar la conmovedora escena familiar... El padre le tendió la mano y Miguel la estrechó con emoción...

Pero la misión paternal —como nos siguió contando Green— no fue nada de fácil. El abogado radical, por lo visto, había creído que el solo hecho de tender la rama de olivo bastaba para recuperar el dominio sobre su hijo, pero se encontró con un Miguel mucho más firme y resuelto de lo que había imaginado. Cuando don Samuel le dijo que volviera al hogar con una sola condición: la promesa de no mezclarse en los incidentes callejeros, Miguel respondió que no, que no podía prometer tal cosa, porque era su decisión la de participar en la lucha de sus compañeros, en la Universidad, en la calle y en todas partes. El abogado se quedó sorprendido, la madre

se puso a llorar y Miguel se mantuvo en sus coloradas. “Mamá, no temas, le dije, soy prudente y no me va a pasar nada. Pero yo no puedo sustraerme a lo que considero mi obligación... Mamá, no querrás que tu hijo sea un miserable cobarde, ¿no es cierto?”

A esa altura, las negociaciones se rompieron. El abogado se despidió secamente de su hijo y la madre abandonó la casa hecha un mar de lágrimas. Miguel se quedó preocupado por ella, le prometió que la llamaría a menudo por teléfono y que se cuidaría mucho.

—Era la posición justa, lo único que podía hacer —terminó Green.

El Pato y yo asentimos. Era lo único digno de Miguel.

Cerca de la medianoche nos separamos de Green y echamos a caminar. Soplaban un airecillo fresco, que me hizo estremecer, al salir a la calle. El Pato me echó su brazo a la espalda y apuramos el paso. Yo sabía que en casa me esperaba una escena, pues era imposible que Chela estuviera tranquila.

No bien había abierto la puerta, cuando oí su voz.

—¿Olga?

—Sí, soy yo.

No se había acostado. Tenía la tetera puesta en el fuego y me ofreció una taza de té.

—He estado todo el tiempo pegada a la radio —dijo, y esa sola frase era como un amargo reproche—. Claro que anduviste metida en los disturbios estudiantiles...

—Claro.

—¡Pero, Olga, ya no eres una niña!

—No, soy una mujer y tengo responsabilidades... responsabilidades sociales —dije quizás un poco presuntuosamente.

—Y yo sobre ascuas aquí...

—No tienes por qué preocuparte tanto, Chela. Sé cuidarme bien...

—Sí, lo mismo dicen todos... Lo mismo habrán dicho los heridos... ¿Sabes que hubo doce heridos hoy día?

—¡Doce heridos!

—Sí, casi todos graves; lo oí por radio. Y más de setenta presos, entre estudiantes y comunistas...

—Los comunistas no decretaron el alza de los micros a quince pesos.

—Pero por cinco pesos más o menos no se va a matar la gente.

No respondí.

—Olga...

Se detuvo, pero el tono lastimero de su voz me hizo ponerme en guardia.

—Olga, prométeme que no vas a salir mañana... Los carabineros tienen orden de disparar... Lo dijeron también por radio...

—No puedo prometerte eso, Chela. Lo siento...

—Pero, Olga, te lo exijo, soy tu hermana mayor.

Recordé a Miguel enfrentando a su padre, a su madre bañada en lágrimas.

—No —dije—. No, Chela, no puedo engañarte. Por el contrario, tengo que decirte que saldré mañana, pasado y todos los días, mientras el pueblo quiera seguir protestando en las calles.

Tercera Parte
LA CHAQUETA GRIS

POR PRIMERA VEZ TENGO dificultades en la redacción de un informe para el Partido. Estoy tan habituado a este tipo de trabajo que una vez que he preparado los materiales, la pluma corre sobre el papel como si estuviera escribiendo la más elemental de las cartas familiares. Pero ahora...

Anteayer los agentes fueron a buscarme a mi casa, pero yo no estaba. Alejandra, mi compañera, se las ingenió para hacerme avisar, y no regresé a dormir. Así como van las cosas pasarán muchos días antes de que me sea posible volver. No es que me sienta mal en este refugio, la casa de un buen amigo del Partido; tengo todo lo que necesita una persona que salió de la suya sin prever que no volvería; pero me faltan muchas cosas, desde mis hijos hasta la máquina de afeitar a la que estoy acostumbrado, desde mis libros hasta el tarro de tabaco.

Yo debería haberme “fondeado” antes, es decir, debí prever que tarde o temprano los agentes llegarían a mi casa. Cada vez que hay una situación política especial, lo hacen. Y ahora, en este hervidero que es Santiago después de los sucesos del 2 de abril —que naturalmente quieren cargar a nuestra cuenta— las cosas no podían suceder de otra manera. No tengo otra justificación que no sea la de que he estado abrumado por el dolor.

Claro que el Partido sabía de antemano que mi refugio estaría en esta casa. Ayer se presentó el Contacto, por quien supe algunas cosas y a quien, a mi vez, informé de otras. Así, por ejemplo, nuestra base después del desastre del día 2, se halla casi desbaratada y tardaremos un tiempo en rehacernos. Patricio está en el hospital, grave; Castillo sigue en el anexo de la cárcel; Miguel, Esteban y Martínez, presos; Sonia, escondida. De los otros compañeros el Contacto nada pudo decirme. Y Olga, Olga... es tan difícil siquiera pensarlo... Olga, ángel querido, perdida, perdida para siempre.

“Camaradas: son de todos conocidos los orígenes de los sucesos que se han desarrollado los últimos días en Santiago y que culminaron el 2 de abril, de modo que no considero necesario referirme en particular a ellos...Me limitaré en consecuencia a dar cuenta a la dirección central de la forma en que perdió la vida nuestra querida compañera Olga...”

Es imposible escribir que ella está muerta, que no la veremos más, que su sonrisa, su bondad, su hermosura, se han acabado, cegadas por una bala, en una calle, un día de represión para abatir la cólera popular. Es imposible pensar que no la volveremos a ver. Somos realistas, pero siempre la muerte de un ser íntimamente ligado a nosotros nos parece increíble. ¡Cuánto más ahora que es Olga la muerta, Olga, tan cercana al corazón de sus camaradas!

Me parece verla cuando llegó por primera vez a nuestra base de calle, una noche del invierno de 1953. A la primera mirada pensé que era una de esas muchachas sofisticadas, de las que no faltan en el Partido. Algunas llegan sinceramente a nuestras filas, deseosas de entregar a la revolución lo mejor de sí mismas; otras vienen porque en ciertas épocas, sobre todo en los días de represión, de ilegalidad, consideran de buen tono ser comunistas. Sus amistades saben que lo son y mientras algunos las admiran como heroínas, otros las compadecen como chifladas. Hablan del Partido a media voz, con un marcado aire de misterio. Generalmente no resisten mucho; se aburren porque no saben ver en el trabajo partidario sino los aspectos monótonos o de rutina. Han pensado que ser miembros del Partido es sólo un hecho intelectual y no una entrega completa. Algunas se cansan pronto, otras se sienten terriblemente afectadas la primera vez que se critica su trabajo; la verdad es que casi todas terminan por marcharse por una razón mucho más simple: jamás llegan a adquirir conciencia de clase; nunca logran cortar el cordón umbilical que las une a su mundo burgués, falso y complicado.

No sé realmente por qué tuve esa idea cuando Olga apareció en nuestra base. Quizás fue por sus cabellos, que le caían sueltos, en grandes ondas sobre los hombros; una parte de ellos le cubría la oreja derecha, proyectando una sombra violeta sobre su mejilla hundida. Las muchachas sencillas no suelen peinarse así; indudablemente había algo peculiar, inusitado, en ella.

Olga hizo una intervención tímida en esa primera reunión, pero a medida que transcurrió el tiempo fue mostrando sobresalientes cualidades. Su carácter, su decisión, su rapidez para comprender, la sobriedad de su vida, su voluntad de trabajo... Podría señalar tantas condiciones más en Olga... Pero seguramente lo que más queríamos todos en ella era su sentido de las relaciones humanas. Se habría dicho que los problemas de los demás eran los suyos propios. Como esos maridos que sufren al mismo tiempo que sus mujeres los dolores del parto, Olga parecía hacerse partícipe de las amarguras de todos sus compañeros de base. Siempre estaba trabajando para los otros, buscando dinero y ropas para los presos o empleo para el camarada que había quedado cesante; acompañando por días de días a la militante que acababa de perder a su marido o a su madre o dando consuelo a la que había roto con su novio. Para ella no existían compañeros privilegiados ni problemas menores. En la única en que no pensaba era en sí misma y alguna vez tuve que llamarla al orden, exigiéndole que por lo menos destinara los días domingos al descanso.

Creo que cuando Olga llegó a la base, todos nos enamoramos de ella, no sólo por su belleza sino también por su corazón, por la calidad de sus sentimientos. Ángel querido, ahora ya no te tenemos entre nosotros y una luz —la tuya— nos faltará en nuestras reuniones y en nuestro trabajo.

“Nuestra base acordó tomar parte activa en la lucha callejera iniciada por los estudiantes y a la cual se plegaron más tarde las masas trabajadoras.

Todos los compañeros participaron en el reparto de proclamas en las que se exigía la derogación del alza de las tarifas de la movilización, como también en las batallas de la Alameda. La compañera Olga se distinguió en estas acciones por su decisión y entusiasmo. Estuvo presente todos los días. Los compañeros de la base y yo mismo la vimos muchas veces animando a los estudiantes y obreros a resistir los ataques policiales, encabezando ella misma los grupos, con un valor que es preciso saludar con respeto y destacar como actitud ejemplar en un militante de nuestro Partido”.

Claro que la había visto en la Alameda convulsionada, que en el sector comprendido entre el cerro Santa Lucía y la Plaza Bulnes parecía una gran barricada revolucionaria asaltada por el enemigo. Los comerciantes bajaban precipitadamente las cortinas metálicas de sus negocios; pasaban automóviles a toda velocidad, entre piedras que rompían vidrios y bajo balas policiales. Se escuchaban gritos y órdenes militares; por las bocacalles aparecían furgones que frenaban con gran estrépito; de ellos se desparramaban los verdes con sus carabinas e inmediatamente iniciaban sus movimientos para envolver a los grupos de estudiantes y obreros.

En medio de ese ambiente duro, tenso, Olga con su vestido azul y su cabellera negra suelta, encabezando a los más audaces y combativos...

“El día anterior al de su muerte, la compañera Olga fue agredida por un carabinero atacado de furia homicida. De acuerdo con la versión de dos camaradas que presenciaron el hecho (Ofelia y Esteban), este individuo se precipitó sobre ella y la golpeó salvajemente con su bastón. El compañero Patricio, que estaba a su lado, la defendió con valentía, enfrentándose al carabinero, a quien derribó a bofetadas. Patricio y Olga huyeran entre los manifestantes sin que el policía, en tierra, medio aturdido, pudiera hacer

uso de su arma. Pero dos de sus congéneres siguieron a la pareja y lograron, a fuerza de palos y culatazos, abatir a Patricio, a quien golpearon en forma brutal. Luego se lo llevaron detenido, en estado de semi inconsciencia y cubierto de sangre”.

Patricio... Había sido el caballero que venga el honor de su dama, pero también el comunista que defiende a su camarada y el amante que pelea con desesperación, con los dientes apretados, contra veinte asaltantes, para proteger a su compañera. Los que lo vieron me dicen que pocas veces han presenciado una decisión y un valor parecidos. La bofetada había sido recia, certera y cuando el verde trastabillaba perdiendo pie, otro golpe de Patricio lo remató y su cuerpo fue a dar en tierra. Quedó semi aturdido, mientras Patricio esperaba, aún con los puños apretados y los ojos furiosos.

“Las versiones de los compañeros a que me refiero coinciden en que Olga intervino con intención de libertar a Patricio de sus aprehensores. Esta idea en tales momentos era descabellada, producto sólo de la desesperación de Olga. Nuestros camaradas, así como otros manifestantes, lograron arrastrarla de allí, librándola de la furia policial. La compañera Olga fue conducida a una casa de la calle San Diego, donde se le dio agua y se la obligó a descansar. Más tarde, Ofelia y Olga se movilizaron para hacer averiguaciones sobre el paradero del compañero Patricio, pero no lograron saber dónde se encontraba ni cuál era el estado de su salud. (Los compañeros Olga y Patricio estaban comprometidos en matrimonio). Después Ofelia condujo a Olga a su casa, dejándola en manos de una hermana de ésta, persona ajena a nuestra organización”.

No se cómo puedo estar escribiendo este informe, hablando en él de Olga como de un ser remoto, como si ella no hubiera tenido para mí la significación que tuvo; como si fuera una persona a la que yo pudiera

referirme fríamente en un informe partidario. Dejo la pluma sobre la hoja a medio llenar, cierro los ojos y Olga se me aparece en los mejores días de nuestro trabajo común, en los días en que su corazón se derramaba entre los compañeros.

Cuando me eligieron secretario de la base, pensé proponerla como miembro de la dirección; Olga tenía sobrada capacidad para un cargo así... Pero la verdad es que tuve miedo. Habríamos tenido que hacer muchos trabajos juntos y yo sabía que ahora no era para mí solamente la chiquilla hermosa y tímida que había aparecido un tiempo atrás. Ahora había algo, inevitable y fuerte, que debía guardar en mi interior mientras durara, sin dejarlo aflorar jamás. Y me parece que ella lo sabía, no puede haber sido de otra manera, porque la comunicación en asuntos de esta naturaleza se produce por encima de las mayores censuras y de los más estrictos controles. Y no era porque yo no hacía lo posible por evitarlo. A veces notaba que la había estado mirando a los ojos más de lo necesario, como buscando algo en el fondo de su mirada. Entonces le decía alguna broma, alguna chirigota para deshacer cualquiera impresión que hubiera podido quedar en ella. Pero no puedo estar seguro de que esos trucos dieran resultado; más bien creo que eran vanos mis esfuerzos: mis sentimientos deben haberse transparentado para ella, aunque nunca hizo el menor gesto ni dijo la menor palabra significando que comprendía.

En las reuniones, Olga me escuchaba hablar con la atención con que se escucha a un sabio... Cuando hablo ante un grupo de compañeros no acostumbro a mirar a nadie en particular, pero a veces en esas reuniones de base descubría de pronto que estaba hablando para ella, que estaba mirándola directamente a los ojos. Esto se producía, por cierto, independientemente de mi voluntad y al darme cuenta daba un brusco golpe de timón, como el marino cuyo barco se precipita sobre un arrecife; desviaba la mirada, cambiaba el acento casi íntimo que mi voz había ido

adoptando, por un tono impersonal y frío, al mismo tiempo que maldecía mi propia debilidad.

No quiero decir que para Olga fuera más que un camarada, más que cualquier otro camarada. Pero tenía una confianza profunda en mí, en mis consejos, en mis juicios políticos, como los niños en sus hermanos mayores o en sus padres. A veces íbamos conversando en plena calle, a la salida de una reunión, y de pronto se cogía de mi brazo y empezaba a hablarme de cosas alegres, con una fe que me parecía, más que producto de sus convicciones políticas, fruto de su exuberante juventud. Ella no lo imaginaba siquiera, pero detrás de la sonrisa despreocupada con que yo la escuchaba, iba temblando entero, con el juicio peligrosamente conturbado.

Me propuse ser más severo conmigo mismo y evitar todo contacto con Olga que no fuera absolutamente indispensable. Ángel querido, tú no sabías nada de esto. ¡Y ahora no lo sabrás jamás, porque ya no estás entre nosotros!

“Paso ahora a referirme al día que murió nuestra compañera, es decir el primero de abril. Como los camaradas saben, fue uno de los más activos en la lucha por la rebaja de las tarifas, antes del 2 de abril, naturalmente, en que la represión llegó a su etapa más salvaje y desvergonzada; la opinión general coincide en calificar como provocaciones policiales los desmanes callejeros que dieron pretexto para la matanza desatada ese día.

“En la mañana traté de ponerme en contacto con la compañera Olga, pero no había ido a la fuente de soda en que trabajaba. Entonces le pedí a la compañera Ofelia que le llevara a su casa un recado, o mejor dicho una instrucción de Partido: no acudir ese día a los focos de lucha. Me basaba en su estado físico, pero sobre todo en su depresión nerviosa, producto del

ataque de que fuera objeto el día anterior y de lo ocurrido al compañero Patricio. (Todas las gestiones que realizamos en la mañana del primero de abril para localizar el paradero de éste fueron inútiles. Llamamos a hospitales y a la Asistencia Pública y yo fui en persona a su casa. No había sido llevado allí ni se tenía noticia alguna de él. Su familia pasaba momentos de angustia).

“Olga (me remito a la versión de la compañera Ofelia) se negó a escuchar mi recomendación. A los ruegos de Ofelia se unieron las lágrimas de la hermana de Olga, pero todo fue inútil. Olga dijo que como no podía mentirle al Partido, no prometía quedarse en casa y agregó que cumpliría su deber con el pueblo saliendo a la calle como todos los días”.

¡Ángel querido, por qué no me escuchaste!. Era yo el que te hablaba por boca de Ofelia, era tu Partido el que te decía que tomaras un día de descanso, al que tenías sobrado derecho. Otros compañeros te habrían relevado; tu puesto en el combate no habría quedado descubierto... ¡Y tú estarías hoy con nosotros!

En cambio ahora no serás más que un recuerdo. En estos días de encierro forzoso no puedo librarme de tu imagen, pero de tu vieja imagen, la de los días de trabajo en nuestra base. ¿Quién te dio el valor temerario de ahora? ¿Fue el Partido? ¿Fue la presencia de Patricio junto a ti? ¿Fue el ejemplo del pueblo exaltado, desafiando a las balas en la Alameda? Porque antes no eras así, antes sabías templarte, pero sabías también temer y hasta temblar. ¿Te acuerdas de la Operación M?...

Pero entonces también temblaba yo cuando estaba a su lado. Las cosas estuvieron a punto de volverse muy difíciles para mí una tarde, durante esa acción política que llamamos humorísticamente la Operación M. Fue un día domingo. Olga, Esteban y yo nos introdujimos en un fundo del famoso senador Maury, con la intención de conocer de cerca las

condiciones de vida de los campesinos. Era un trabajo difícil, que se hizo a base de voluntarios. Cuando el camarada que presidía la reunión preguntó quiénes se ofrecían para participar en la Operación M, prácticamente todos los militantes pidieron ser incluidos. No era posible y tuvimos que hacer una selección. Esteban fue elegido porque conocía la región y era quien mantenía contacto con un inquilino del fundo. A Olga la dejamos dentro, con mi oposición, cuando ella amenazó con hacer “filibusterismo” en la reunión... Hizo una intervención que duró treinta y cinco minutos y que se basó en la igualdad de sexos que existe en el Partido... ¡La chiquilla loca!... Habló y habló, dijo que en la base había tres mujeres y que una de ellas debía estar en la Operación M, pues en caso contrario las tres compañeras tendrían que considerar que se subestimaba su valor y que existía un vicio que ella llamó “chovinismo sexual”... Yo insistí en mi negativa, pero Olga simplemente venció. En cuánto a mí, los camaradas ni siquiera discutieron mi postulación, lo que no dejó de enorgullecirme: tenían confianza en mí y en mi juicio político.

La Operación M fue, en realidad, bastante feliz, aunque pudo haberse tornado peligrosa. El senador Maury, que parece haber tomado vitaliciamente su asiento en el Senado, desde donde ha dirigido sus vastos negocios agrícolas por espacio de treinta años, es un hombre chapado a la antigua, con arrestos de señor feudal. Aferrado a los más añejos conceptos sociales y económicos, no transige ni siquiera con las escasas concesiones que los terratenientes no han tenido más remedio que hacer, forzados por las nuevas condiciones, por la época, por el tiempo en que vivimos. Para él no existen las leyes sociales, rechaza en sus tierras todo control del Estado y en el Senado vota sistemáticamente contra toda idea de reforma. La vida agrícola del país está en un plano de franco retraso si se la compara con la actividad industrial o minera. Pero algunos avances se han logrado, aunque a costa de enormes trabajos, y existen

campesinos que conocen sus derechos y luchan por ellos. Pero en las haciendas de Maury, distribuidas entre Santiago y Ñuble, parece que el tiempo se hubiera detenido; los campesinos siguen viviendo entre las brumas más oscuras del siglo XIX. Allí no hay escuelas ni entran diarios o libros; ningún control se ejerce y los funcionarios del Seguro Social encargados de verificar el cumplimiento de ciertas disposiciones legales, cuando no se dejan sobornar son trasladados en menos de quince días. No hay ministro ni gobierno capaz de negar al senador Maury un favor tan insignificante.

¡Y qué decir de las elecciones! No se guarda recato alguno para hacer votar en masa a los inquilinos, por su patrón o por los candidatos a quienes éste favorece. En otros lugares del campo, después del acto del sufragio se ve a los campesinos disfrutar de la dorada empanada y la botella de vino tinto. Maury no les niega esta pequeña recompensa, pero la merienda no se hace en el pueblo, en las inmediaciones de las mesas electorales, sino en el fundo. No bien terminan de votar, los capataces pasan lista y los inquilinos suben a los camiones que emprenden el viaje de regreso en medio de una nube de polvo que se aleja...

Otros compañeros habían fracasado en operaciones como la que nosotros nos proponíamos cumplir; pero nuestra gente logró trabar contacto con un inquilino que simpatizaba con el Partido y éste se comprometió a facilitarnos la entrada. Conseguimos un talonario de órdenes de un taller fotográfico especializado en ampliaciones y provistos de una muestra, — el retrato de un anciano de grandes bigotes, encuadrado por un marco dorado, muy recargado y muy feo—, emprendimos la aventura, porque esa Operación M, aunque nosotros le atribuíamos importancia política era al mismo tiempo una aventura y quizás una aventura peligrosa.

Penetramos en el sagrado recinto del senador Maury, después de una hora y media de viaje en el micro que va a Melipilla. Nuestro amigo el inquilino nos guio a través de inmensos campos donde las espigas de trigo ondeaban como un mar de oro pálido; pasamos por arboledas cargadas de frutas, por potreros donde pastaban bestias de pelaje reluciente y llegamos por fin al lugar en que nuestro amigo había reunido a un grupo de campesinos que se arriesgaban a escucharnos. Vimos caras viejas, morenas, surcadas de arrugas como tajos, manos que parecían de cuero, pies de dedos oscuros protegidos por ojotas de goma, ojos que nos miraban interrogantes.

Esteban comenzó a hablar de las ampliaciones que nuestro taller podía confeccionar con sólo pequeñas y borrosas fotografías de parientes, de padres muertos, de hijos desaparecidos en edad temprana; ampliaciones que conservan el recuerdo y que pueden ser pagadas en cómodas cuotas mensuales...

Miré a Jeria, el inquilino que nos había introducido, y sus ojos me dijeron que esa farsa podía ya terminar. Entonces comencé a hablar a aquellos rostros atentos, que se esforzaban por comprender. Hablé rápido y claro. La organización: he ahí, les dije, la única herramienta capaz de cambiar sus vidas, de aumentar su pan, de darles un poco de libertad, porvenir para sus hijos, mejores condiciones. Preguntaron cómo se constituía un sindicato y les indiqué la manera práctica de hacerlo. Les prometí ayuda y una campaña de publicaciones en la prensa, que mostrara al desnudo su miseria y su falta de perspectiva.

Algunas mujeres, con las cuales Olga parecía haber hecho buena amistad, nos trajeron tortillas, porotos y un vaso de vino. Nos sentamos en el suelo y comimos con ellos bajo una ramada, sin dejar de hablar. Había que aprovechar cada minuto de nuestra permanencia en el feudo de Maury.

Olga les había dado algunas revistas ilustradas, que las mujeres hojeaban. Me sorprendí cuando una de ellas le preguntó:

—¿Y cómo las vamos a leer, Olguita, si nadie sabe leer aquí?

Tuve que hacer un esfuerzo para sacudirme la emoción que me sobrecogió. ¡Ángel querido! En unos pocos minutos, no más de una hora, había sabido inspirar amistad a esas mujeres tan distintas de ella, tan lejanas, tan hurañas y rehacías a la convivencia con “afuerinos”. ¡Y la llamaban Olguita, como a una vieja amiga!

—Yo sé leer —dijo Jeria—. Nos podemos juntar por las noches y yo les leo estas revistas y también estos diarios y folletos que nos han traído los amigos de Santiago... ¿Qué les parece?

—Buenazo, Jeria —dijo un viejo recio y moreno, con espesas cejas grises—. Buenazo sería, amigo Jeria.

La parte peligrosa de la Operación M vino unos minutos más tarde. Acaso por alguna infidencia, el patrón estaba ya enterado de la existencia de intrusos en sus tierras y había salido a buscarnos. Nos escondimos en un pajar semi abandonado, un lugar estrecho, donde apenas cabíamos los tres, bajo los haces de paja que Jeria distribuyó sobre nosotros, cubriéndonos casi del todo. ¿Cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí? La recomendación de nuestro amigo había sido clara.

—No se muevan por ningún motivo, hasta que yo venga a sacarlos... Puede ser peligroso si los pilla don Maury...

Le prometimos hacerlo así y nos armamos de paciencia. A mi espalda sentía moverse a Esteban, inquieto, respirando el polvillo picante de la paja. Frente a mí estaba Olga, nerviosa, mirándome con muda interrogación.

—Green...

—Cállate, Esteban— dije.

Hay veces que los minutos tienen más de sesenta segundos. Vi brillar unas gotas de sudor en la frente de Olga, que estaba muy cerca de mí, casi rozándome.

Estaría inquieta, como yo, pero por distintos motivos. El olor penetrante de la paja había desaparecido para mí. Me invadía el olor de los cabellos negros que caían sobre la sombra del pómulo y era una sensación que a pesar del placer que me producía, habría querido con todas mis fuerzas alejar.

Estaba oscureciendo, pero pude ver sus ojos y me pareció que expresaban temor. Moví mi mano unos centímetros y la puse sobre su brazo desnudo, con el ánimo de comunicarle valor. Me pareció que su mirada expresaba gratitud.

De su cuerpo, que nunca había tenido tan cerca de mí, parecía brotar una ola de calor que me invadió y amenazaba ahogarme. Aflojé la presión sobre su brazo y retiré mi mano. Pero unos minutos más tarde (¿o serían horas?) sentí sobre la mía su mano fina y caliente. No era un movimiento casual, no, era la suya como la mano de un náufrago que busca asidero. Tenía miedo (me confesó después) y necesitaba aliento. Cogí esa mano en la mía, la apreté y la guardé mucho tiempo como un tesoro cálido y maravilloso. Quizás en el curso de nuestras relaciones ese fue el momento de debilidad más claro que tuve, el único en que los controles dejaron de funcionar. Yo sabía que estaba dando ánimo, pero esos instantes no eran para mí de dar sino de recibir. En realidad yo vivía el único deleite que obtuve en toda esa larga y dolorosa etapa.

“Ese día la compañera Olga no acudió a su trabajo y en cambio se la vio toda la tarde participando en las acciones callejeras. Yo mismo la divisé hacia las seis de la tarde, en la Alameda, cerca de la calle San Antonio, formando parte de un grupo de estudiantes que volcaban un micro, cuyos pasajeros habían sido previamente evacuados. Quise acercarme a la compañera Olga para reiterarle mi petición de que se retirara a descansar; pero no me fue posible hacerlo, porque se produjo en esos instantes una carga de los carabineros y el grupo huyó por la calle San Antonio. Intenté seguirla, parapetándome detrás de algunos automóviles estacionados, para eludir las balas de los carabineros; luego, cuando la calma se restableció un tanto en la calle, no encontré ni rastros de la compañera Olga”.

Su rostro parecía encendido por la fe revolucionaria, sus cabellos flotaban detrás de ella durante esa carrera loca que había emprendido para salvar su vida. ¿Qué pensaría en ese instante? ¿Evocaría al Pato, sumido en lo profundo de un calabozo, agónico quizás en un cochino camastro carcelario? Tal vez no imaginaría presentarse ante él sino para decirle: “Pato, mientras tú estabas preso, yo no me quedé en casa, sino que estuve luchando”.

Luchando con una alta fe, con la misma fe con que murió, ángel querido, en plena calle y con los zapatos puestos.

Cuando el Pato entró a formar parte de su vida, yo experimenté mi propia y secreta desgarradura. Sentí como que ella se apartaba de mí, aun cuando lo único que nos unía, fuera de nuestra amistad y nuestra condición de camaradas, eran lazos tan tenues, tan invisibles, tan inconfesos e imponderables. Pero se me alejaba, frecuentemente su pensamiento estaba en otra parte, en el muchachón sencillito de quien nos

habló una noche en casa de Ofelia, mientras tomábamos una taza de té, después de la reunión.

—He estado trabajando en reclutamiento —dijo con tono incidental—. Un futuro compañero. He conversado mucho con él y quiero invitarlo a incorporarse a nuestra base... ¿Qué les parece?

Por su modo de enrojecer y de presentar el asunto en forma casi impersonal, como si el futuro compañero no le importara sino desde el punto de vista político, sentí que había algo íntimo, como si Olga hubiera ocultado una carta bajo la manga. Todos comprendimos simultáneamente de qué se trataba y cuando Sonia Torrealba, que a veces solía ser indiscreta, le preguntó sonriendo si era un hombre buenmozo, Olga enrojeció más aún y no contestó.

—¿Te interesa en especial?— insistió Sonia.

—Pues bien, sí, me interesa mucho en la forma que tú te imaginas —dijo—. Por eso quiero que entre al Partido. .

Yo puntualicé las cosas políticamente. Inquirí datos sobre el muchacho, su oficio, su carácter, su grado de preparación política y ofrecí a Olga algunos libros para que le prestara.

A partir de entonces ella empezó a habernos frecuentemente de Patricio —lo llamaba Pato— y de sus progresos. Un día que fui a verla a su trabajo, para entregarle algunos documentos, me dijo, junto al mesón, en voz baja:

—No te des vuelta ahora. Pero cuando te vayas, fíjate en él. Es el que está solo en aquella mesa, con camisa abierta. Ese es él.

Ese era él. Un muchacho robusto, varonil, de relucientes cabellos negros, muy bien peinados. Ese era él... Estaba leyendo “El Siglo” o fingiendo leer. Cuando salí, bajó precipitadamente los ojos hacia el diario y no me miró. Yo lo observé al pasar con una sola mirada. Vi los brazos musculosos, la boca firme, el mentón bien afeitado, los zapatos de gruesas suelas de goma, la despreocupada camisa blanca. Junto a él había una taza vacía y un libro que reconocí, pues era uno de los que yo le había prestado por intermedio de Olga.

Un día Olga dijo en una reunión que pensaba que su candidato se hallaba maduro para la incorporación. Un camarada preguntó, con mucha seriedad, si Patricio estaba en posesión de las bases del marxismo-leninismo. Olga respondió que no se podía ser tan exigente, que el Partido se quedaría sin crecer, como un enano, si se exigía a los nuevos militantes una elevada preparación teórica que por otra parte podían adquirir después, al calor del trabajo partidario y con la ayuda de los camaradas. Defendió con ardor la postulación de Patricio de los obstáculos que le tendía aquel compañero, que solía pecar de sectario. Se acordó que Patricio se incorporara y a la semana siguiente lo vimos llegar, vestido de gala, como para asistir a un matrimonio, tímido y nervioso como un chiquillo.

Desde el principio fue un buen camarada. Me dijo que quería estudiar y yo me encargué de ayudar a su formación política. Hablé mucho con él, le presté libros sencillos y busqué en los organismos superiores del Partido la manera de hacerlo asistir a algún curso elemental sobre los fundamentos del marxismo-leninismo. Se me encargó dictar un cursillo sobre esta materia destinado precisamente a compañeros nuevos, recién ingresados, de distintas bases, en el cual me apresuré a inscribir a Patricio; pero los acontecimientos políticos se precipitaron y nos vimos obligados a

suspender todas las reuniones partidarias para lanzarnos a la calle a la batalla contra las alzas de las tarifas de movilización.

Yo los veía partir juntos, llegar juntos; los encontraba en las fiestas y en las calles, en los mitines y también en los incidentes de la lucha callejera. Me di cuenta de que se querían con verdadero amor. No había más que ver brillar los ojos de Olga, el orgullo con que marchaba al lado del muchacho; y la ternura con que el Pato, que al parecer era de temperamento rudo, le hablaba. La voz parecía dulcificársele y sus ojos tenían un fulgor húmedo para mirarla.

Olga era la misma y objetivamente no había nada que decir, ni se podía señalar el menor cambio en sus relaciones conmigo. Sólo para mí las cosas no eran iguales, como si esos lazos sutiles e indefinibles que tanto tiempo nos habían unido se hubieran roto con la llegada de Patricio.

“La muerte de la compañera Olga se produjo ese día alrededor de las nueve de la noche, en la Alameda, junto a la escalinata de la Biblioteca Nacional. Cayó víctima de una bala perdida, durante un tiroteo de los carabineros, a una cuadra de distancia. La bala le perforó el pecho, atravesó el corazón y fue a alojarse en un pulmón, según el informe de la autopsia practicada esa misma noche. Me enteré de su muerte tres cuartos de hora después de ocurrida y conversé con cuatro personas que fueron testigos de ella: dos estudiantes, un funcionario de la Biblioteca Nacional y un camarada del Partido que se hallaba en ese sitio. Los cuatro coincidieron en que en ese momento no había allí lucha con los carabineros; él foco de pelea más cercano estaba en la Alameda junto a la iglesia de San Francisco. En el instante de su muerte, la compañera Olga estaba leyendo una proclama que un estudiante le había dado (más adelante los camaradas verán por qué insisto en esto), en un lugar que se

hallaba en relativa calma. De modo que no puede quedar duda alguna de que nuestra infortunada compañera fue víctima de una bala loca.

“El cadáver de Olga fue escamoteado por la policía. El camarada que estaba presente (Rafael Hevia, maestro primario), le cubrió la cara con su pañuelo. Luego los carabineros se posesionaron del lugar, expulsaron violentamente a los transeúntes así como a los testigos de la muerte de la compañera Olga e hicieron ir una ambulancia. Fue imposible saber a dónde la condujeron.

“Al día siguiente el Instituto Médico Legal dio a conocer el informe de la autopsia, pero cuando nos presentamos a reclamar su cadáver, se nos dijo que había sido recogido por los carabineros. No fue posible averiguar dónde se había sepultado a nuestra compañera, pero tenemos informaciones de que muchos cadáveres han sido enterrados en improvisadas fosas comunes, sin siquiera inscribirlos, para que no se conozca el número, al parecer muy crecido, de las víctimas de esta criminal represión.

“En la madrugada siguiente, dos compañeros del Partido (uno de ellos militante de nuestra base de calle) fueron a mostrarme un documento con una versión de la muerte de Olga, que habían redactado para entregarlo a la prensa y a las emisoras de radio. Esta versión no correspondía a la verdad de los hechos y me opuse a que se le diera publicidad. En ella se presentaba a la compañera Olga en el momento de su muerte luchando a brazo partido con los carabineros, quienes le disparaban a quemarropa; se hacía, en fin, una descripción tan exagerada de esta inexistente pelea, que nuestra compañera aparecía, más que como una heroína política, como la protagonista de una película de aventuras en el Far West.

“Estos compañeros no comprendieron mis argumentos y lejos de ver la posición de sobriedad en que me colocaba, dijeron que el Partido no podía

deshacer a una heroína que la lucha nos había dado. Les repliqué que de todos modos la compañera Olga es una heroína, aunque la haya matado una bala loca. Les dije que el Partido no puede mentir al pueblo ni tampoco distorsionar la verdad”.

¡Deshacer una heroína, como si el hecho de no serlo desde el punto de vista cinematográfico que esos compañeros pretendían, le quitara algo, una piedra, un trozo de mármol a la estatua de Olga que se alza en todos nuestros corazones! Absurda posición la de estos amigos. Me hizo recordar el drama de Sartre “Las manos sucias”, que precisamente nos pinta como no somos, llenos de recovecos mentales y de ideas laberínticas.

¡Deshacer una heroína! Iba a ser yo, precisamente yo, capaz de rebajar algún mérito a Olga, el ángel de nuestra base de calle, la criatura más perfecta que he conocido, la que ha tocado con dedos más finos a la puerta de mi corazón, la más suave, la más dulce, la más hermosa, la más querida. Si unas horas antes los compañeros me hubieran visto llorar como un niño por su muerte, por su pérdida, seguramente no habrían emitido tal juicio. ¡Si me hubieran visto correr enloquecido por las calles y llegar a la Morgue para arrebatar su cuerpo querido de manos de sus verdugos!... Pero Olga ya no estaba allí; sobre la loza blanca donde el médico había practicado la autopsia, apenas si quedaban unas cuantas manchas de sangre, de su sangre.

"Les dije que en él Partido existe un precedente claro, que ha sentado jurisprudencia y nos marca el único camino justo: la verdad. Este es el caso de la muerte de Recabarren. Todo el mundo la atribuyó a un crimen perpetrado por la reacción; las masas populares lo creyeron así y los políticos burgueses propusieron que se hiciera una declaración pública en tal sentido; esta declaración constituiría un arma formidable en manos de

la oposición para combatir y quizás dar un golpe de muerte al gobierno militar. ¿Qué hizo el Partido, que había investigado el suceso y tenía un concepto formado? No aceptó otro camino que el de la verdad; no mintió, para ganar circunstanciales ventajas políticas; dijo, en fin, que Recabarren se había suicidado.

“Los camaradas no parecieron satisfechos y se retiraron visiblemente defraudados. Pero yo asumo la responsabilidad, sobre la base de que la compañera Olga, por el hecho de haber caído herida por una bala loca, no es menos heroína de las luchas del pueblo.

“La compañera Olga sacrificó su vida a la clase trabajadora y es preciso considerarla como a una mártir más de nuestras filas. Una tarea que tendremos que enfrentar más adelante será la de buscar sus restos mortales para darles sepultura digna, junto a los de Ramona Parra y a los de tantos y tantos luchadores que entregaron hasta su último aliento a la causa de la justicia y del pan.

“Finalmente quiero comunicar a los camaradas que ayer, con la ayuda del doctor Plaza, pude visitar al compañero Patricio en el lugar donde se encuentra hospitalizado. Reiteró su firme adhesión al Partido y señaló que su experiencia en las luchas recientes y el ejemplo de la compañera Olga constituyen para él un fuerte estímulo. Se propone —me dijo— convertirse en un buen militante, en un luchador de quien la compañera Olga, si viviera, podría sentirse orgullosa

Me dijo además otras cosas.

Yo he recibido instrucciones de trabajar en la casa en que estoy “fondeado”, en lo posible sin abandonarla. Pero tenía que verlo, pobre muchacho, herido no sólo por los salvajes culatazos de los carabineros, sino mucho más hondo, por la muerte de Olga. Un carabinero custodiaba

la puerta de la sala del hospital donde se hallaba el Pato, que seguía detenido y sometido a proceso. Pero el doctor Plaza me hizo quitarme la chaqueta, me puso un delantal de trabajo de los que usan los médicos y me acompañó hasta esa sala.

—Es aquel, el número cuatro.

En un ángulo de la sala se hallaba Patricio, con la cabeza vendada y los ojos cerrados. La patilla oscura le sombreaba la cara enflaquecida y pálida. Me acerqué a su cama y me senté en un costado de ella. Abrió los ojos y sin reconocermme, murmuró:

—Doctor...

—Pato, soy yo... Green.

Trató de incorporarse, con los ojos muy abiertos.

—Tú...

—No te muevas, Pato, puede hacerte daño. Habla en voz baja, el carabinero está en la puerta. No te olvides de que estás incomunicado...

—Sí, ya lo sé.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora me siento bien. A ratos me duele un poco la cabeza... También me duelen los riñones... No sólo me pegaron en la Alameda, Green... En el cuartel volvieron a golpearme con sus carabinas. Me revolcaba por el suelo, de dolor, y ellos seguían pateándome y dándome culatazos...

—¡Se vuelven bestias, pierden toda relación con el ser humano!... Hay que cuidarse de cualquiera provocación, Pato.

No sabía cómo comenzar a hablarle de Olga. Buscaba la fórmula para hacerlo, el camino menos doloroso, cuando él mismo abordó la cuestión.

—¿Ya encontraron su cuerpo, Green?

Lo sabía, ya lo sabía. Y si era capaz de conversar conmigo, de mirarme por debajo de su venda y escuchar con atención lo que yo le decía, era porque la etapa más negra ya había pasado, la de la desesperación, aquella en que los amantes huyen de su mundo habitual o se quitan la vida.

—No, Pato, todavía no. Pero lo encontraremos y le daremos sepultura digna de ella. —Permaneció callado—. ¿Cómo lo supiste, Pato?

—Una enfermera me prestó el diario. Al principio no quería creerlo... Después he llorado días enteros... Quería morirme también... ¡No sé que voy a hacer sin ella!...

—Todos hemos sufrido, Pato. Para nosotros era... como un ángel. Todos hemos llorado.

Bajo su venda blanca, apretada a la frente, me clavó sus ojos negros.

—Tú también la querías, ¿verdad, Green?

No contesté.

—El mejor homenaje, el mejor recuerdo de ella —dije después precipitadamente— es seguir luchando por su causa y la nuestra.

—Por supuesto —contestó—; no creas que no he pensado todos estos días, en esta cama... Ese es el único camino, el que ella señaló: la lucha... Al principio entré al Partido sin saber bien por qué, quizás para estar con ella, quizás para complacerla... Pero luego los compañeros, tú mismo, tú más que nadie, me ganaron y empecé a ver al Partido de otra manera,

con otros ojos... Ahora, solamente ahora, me siento uno de ustedes y quiero que me consideren así, Green... Estudiaré, tú tienes que ayudarme, trabajaré para reemplazarla, para ocupar el lugar que ella dejó vacío... ¿Crees que seré capaz de llegar a convertirme en un buen militante, Green, como los que el Partido necesita?

—¡Por supuesto que lo creo!

—¿No lo dices... sólo para consolarme?

—No, lo digo porque lo creo sinceramente, Pato. Tienes valor, decisión, sangre fría y voluntad de luchar. Eso es lo esencial. Si todos los compañeros del Partido tuvieran esas cualidades, otro gallo nos cantaría, Pato.

—Gracias.

Se llevó la mano a la frente como para ahuyentar un vago dolor.

—Claro que primero tengo que cumplir la pena que me den... ¿Me condenarán a... un año?

—Nada de eso, Pato. Sácate esa idea de la cabeza —dije con el tono más seguro que pude—. El Partido pondrá un abogado para que te defienda. No te darán un año ni un mes. Tú obraste en defensa propia o para defender a tu novia, que es casi lo mismo. Ningún juez te castigará por eso y si hubiera penas para ti y para los otros detenidos, nos pondremos inmediatamente a trabajar por una amnistía...

—Así que tú crees que puedo estar fuera pronto...

—Quizás dentro de unos veinte días. Hoy mismo hablaré con el abogado para saber lo que hay. El ambiente afuera está muy agitado, pero la justicia todavía sigue funcionando...

—¡Qué bueno! —dijo como si pudiera haber algo bueno para él—. ¡Qué bueno estar libre, ir a las reuniones, recordarla allí, hablar de ella con los compañeros, con Esteban, con la Ofelia... ¿Castillo sigue preso?

—Sí, Pato. Y Miguel y Martínez y Esteban también. Pero los sacaremos, como a ti.

—Y tú, ¿cómo te has librado?

—Estoy en casa de un amigo.

—¿Y cómo pudiste entrar aquí?

—Gracias a otro amigo, Pato. Estamos rodeados de gentes que nos ayudan, que nunca nos niegan su mano, porque saben que luchamos por ellos y por todos; saben que somos fuertes, porque somos muchos y estamos unidos, pero al mismo tiempo somos humildes, porque conocemos nuestros defectos y porque estamos siempre con los pobres; saben que somos constantes y duros, que siempre terminamos por levantarnos, por reponernos de los golpes y que nunca podrán abatirnos...

Lo vi abrir los ojos y, por primera vez quizás en cuántos días, sonreír, como si al lado mío, sentada junto a mi y mirando hacia el lecho del herido, hubiera estado Olga escuchando nuestra conversación.

Cartagena, febrero de 1958.